



Alonso Vicente Zamora

Sin levantar cabeza

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Vicente Zamora

Sin levantar cabeza

Prólogo

Alonso Zamora Vicente y yo somos del mismo reemplazo, la bien zurrada quinta del 37. Alonso Zamora Vicente y yo fuimos compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras, antes de la guerra, y lo somos ahora en la Academia: él, con absoluta dedicación y muy ejemplar entusiasmo, y yo un poco a mi aire y a la que saltare; a nadie se puede pedir más de lo que da de sí y el que ignore este elemental supuesto, ya va listo. Alonso Zamora Vicente y yo tenemos una afición común, la literatura, y una servidumbre gozosamente aceptada: la amistad. Alonso Zamora Vicente y yo somos muy viejos amigos; de su amistad me nutro y con ella me reconforto. Cualquiera que me conozca sabe que es cierto y verdadero cuanto digo aquí. En elEclesiástico se lee: no abandones al amigo antiguo porque el nuevo no valdrá lo que él. Alonso Zamora Vicente, en mi ánimo, hace buenas las palabras de la Biblia. Yo tengo muchos amigos, gracias sean dadas a Dios, y esta realidad es uno de mis orgullos. Baltasar Gracián pensaba que uno es definido por los amigos que tiene. En este supuesto, yo salgo ganador de muy ricos premios no merecidos (o sí merecidos, que esto es lo de menos). Alonso Zamora Vicente es buena prueba de mi verdad.

Alonso Zamora Vicente reúne ahora algunas narraciones en un volumen en cuya portada se lee: Sin levantar cabeza. Yo creo que no hay títulos gratuitos y que, incluso tras la casualidad, reside siempre la verdad, esa criatura que jamás se muere de frío. Alonso Zamora Vicente, en su lengua literaria, en -10- su castellano escrito, maneja la frase proverbial de mano maestra y con muy sutil eficacia. La frase fija entra en el raro juego de la lengua hablada, de la lengua coloquial que, cuando la literatura gana y se hace eficaz, se confunde con la lengua literaria, con la lengua escrita. Es grave que un hombre hable como un libro, pero es gozoso -aunque raro- que un hombre escriba con la llana lengua con la que habla. El caso de Alonso Zamora Vicente -filólogo, dialectólogo y sabio que, de repente, se siente escritor y acierta- no deja de ser ejemplar y curioso, quizá por insólito.

Los preceptivistas distinguen con muy prolijas razones no siempre razonables, entre poema en prosa, cuento, relato, narración, novela breve y novela, quizá entre otras especies todavía cuyos nombres no me vienen ahora a los puntos de la pluma. A mí me parece que esto no son sino ganas de hablar y de querer buscarle los tres pies al gato, y que la clarificación - que tampoco importa demasiado- no discurre por esos senderos no más que administrativos sino por otros, más huidizos y poéticos y menos dóciles y procesales. Alonso Zamora Vicente, que escribe en prosa y además lo sabe, nos ofrece ahora unas páginas rebosantes de hermosura y reunidas bajo un título no poco agobiador por las que discurren, sin levantar cabeza, sus criaturas literarias que muy bien pudieran haber sido ente reales y dolientes

títeres -o marcados héroes anónimos- del padrón de vecinos. Si la literatura tiene un único encanto, ése es el de fundir, confundiéndolas, las fronteras de lo soñado y lo vivido, de lo imaginado y lo real. Contar -en literatura- es desnudar la verdad y la mentira para que nadie pueda reconocerlas por su ropaje. Se cuenta lo creíble, al margen de que sea o no sea cierto, y no se admite el subterfugio de querer dar gato por liebre o de intentar el cuento de la mentira mojando los pinceles en la -12- -13- confusa paleta de la verdad que no lo es del todo y sin lugar a dudas.

-11-

Alonso Zamora Vicente nos cuenta sus verdades y sus mentiras literarias con arte verdadero, que es la condición que se requiere para que el tingladillo funcione. El lector está siempre dispuesto a dejarse engañar aunque se niegue, tozudamente, a comulgar con ruedas de molino. Y en este juego de titanes en el que tantos jadean y tantos otros se descuernan, es donde reside el talento del escritor, que se tiene o no se tiene pero que no se puede fingir porque la literatura es bastión inexpugnable y que jamás se deja sorprender ni corromper. La lengua, como el león, puede domarse y amaestrarse, y salta por el aro de fuego, sí, pero se niega a que no se la tome en serio.

Alonso Zamora Vicente, en su literatura, doma la lengua -y hasta domeña sus inclinaciones insurrectas- y nos ofrece un paisaje de equilibradas proporciones y horizontes abiertos más allá del balcón de la página. Quizá ahí estribe su eficacia, que es la primera condición a exigir.

Sin levantar cabeza es el acta notarial de un tiempo de desgracia habitado por corazones desgraciados. Ni la literatura ni el hombre se hacen de mármol solemne sino de barro humilde, y un botijo de pueblo está más cerca de la vida -y de la literatura- que el más lujoso y pulido panteón, esa orgullosa y huera residencia de la muerte. Nadie olvide que la literatura, aunque narre la muerte, es el habitáculo y la imagen misma de la vida.

Son aleccionadoras las páginas que Alonso Zamora Vicente, sin levantar cabeza, nos pone ahora delante, ignoro si para espantarnos, para escarmentarnos o para deleitarnos; quizá cumplen las tres funciones al tiempo, poco importa si queriéndolo o sin quererlo, que el resultado -en esto de la literatura- no siempre marcha por el buen sendero del propósito.

-14-

Produce alegría poder decir, en voz alta, que el amigo acierta. El fenómeno no es inusual, aunque sí lo sea el proclamarlo a los cuatro vientos y disparando cohetes, para que se oiga mejor. El libro de Alonso Zamora Vicente nutre una celdilla del panal de la literatura en el que no son demasiados los que se atreven a entrar. La literatura es agradecida esquina del saber que jamás defrauda aunque, quizá por tímida, a veces se resista. A algunas mujeres les pasa lo mismo y no por eso desmerecen.

Camilo José Cela

-15- -16- -17-

... reanudaron entonces sus penas inconclusas,

acabaron de llorar, acabaron
de esperar, acabaron de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales!

(C. Vallejo, España, aparta de mí este cáliz).

-18-

-19-

Soltero, soltero

Pues, sí, soltero, ya lo ve usted. Y ya estoy algo viejo para casarme. No vale la pena a estas alturas cargar con una mujer de mi edad, cuando son todo alifafes y mandangas. Que si el pulso, que si la tensión, que si la orina, que si tal que si cual. Quite usted allá, hombre. Casarme ahora. Un poco de formalidad. Eso se queda para los periódicos, que siempre tienen que decir alguna que otra tontada, como si no hubiese bastante con los precios, las listas de las recomendaciones, la polución esa del aire. Que no, hombre, que no. Yo, solterito. Aquí me tiene usted, a mis setenta y cinco, y hecho un brazo de mar, hay que verme cuando bajo por las tardes a la Armería a tomar el sol, ese sol de marzo, de abril, cuando ya los niños comienzan a quedarse hasta tarde y joroban que se las pelan. Todos los de mi tertulia, ya ve usted, hechos un asquito. Quejumbrosos, tosones, babosos, legañosos, sin hablar de otra cosa que de la pensión, de la fe de vida, del alquiler, del maltrato de las nueras. ¡Si viese usted cómo recuerdan el racionamiento del tabaco! Aquello se pone bueno, como si la guerra, una guerra de liberación, no hubiese sido una cosa seria, sino la falta de tabaco y nada más. Se me está antojando a mí que la gente está tomando ya la guerra a pitorreo, con el natural demérito del patriotismo, hombre, no hay derecho, sobre todo aquí, que no hay mayor paz, usted me contará, y con la -20- de heroísmos de tamaño natural que hubo, no me diga, hombre, y que ahora... Es que en este país no tenemos remedio, se lo digo yo. Sí, aquí todo el mundo se casa, pero la patria, que la mancuernen. Así nos va todo. Y los jóvenes, pues no crea usted que los jóvenes van mucho más allá. Ahí tiene usted a Polito, que ya empezando por eso de Polito, ¿eh?, no me irá usted a decir que eso viene en el alma, qué va a venir, hombre, qué va. Si lo sabré yo. Pues ese Polito es el chico del señor Vicente, el carnicero, que se ha hecho rico quitando retalitos en el peso, o estraperleando a base de bien cuando el hambre, que vaya cositas que se vieron, Santo Nombre de Dios, vaya cositas, y todo por ir tirando, si seremos, claro que, eso sí, era con cierta honradez, que lo que el fulano Vicentito camanduleaba lo había pagado antes, y eran sólo las raciones que no se vendían, que él no podía remediar el que la gente no se las pudiese comprar por falta de posibles, a ver, toma, pero, a cada uno lo suyo, trabaja como un negro, que también hay que reconocer la verdad. Pues Polito, con sus melenas, se pasa la vida en la discoteca, una como tasca que han puesto ahí, a la vuelta de

la costanilla, se llama La mano zurda, que cuesta un dineral entrar, pero, a ver, se lo saca a su madre, la Blasa Valdilecha, que una vez tuvo un premio de peinado y le ha quedado la simiente de la frivolidad, a ver, quien tuvo y retuvo, ya lo dice el refrán. Estaba de criada en casa de un general jubilado, que iba a todas las procesiones atiborrado de bandas, medallas, requilorios, mientras ella, hala, a meter al Vicente en su cuarto. No sé por qué coño se ríe, eso estaba muy mal visto en esa clase, no se disculpaba nunca. Si, por lo menos, hubiese sido una mujer, cómo le diría yo, una mujer, vamos, así, de más apariencias, pero ¡una chacha! Bueno, es que, a veces me alegro de no haberme casado, se lo aseguro. No crea usted que me quedé así sin más ni más. Ya lo creo que intenté -21- el matrimonio. Y por el buen camino, como Dios nos enseña. Lo que pasa es que nunca me vinieron las cosas de cara, qué me van a venir. Y yo era siempre un buen partido, aunque me esté mal el decirlo, usted disculpe. En mi clase, se entiende, en mi clase, tampoco voy a sacar las cosas de quicio. Pero ya ve usted, no cuajó nunca, a ver. No por falta de ganas. La primera vez que yo hice un esfuercillo fue con la Mercedes. Qué linda chica. Pizpireta, rubita, con unos ojos claros, enormes, que estaban siempre como asustados... Yo andaba por los diecisiete... La había conocido en un baile, en las Vistillas, junto al cine al aire libre, echaban aquella noche un episodio de Los misterios de la selva, que era lo que había que ver, caray con los misterios, un baile de esos nocturnos que se acababan temprano, que resultaba un buen indicio familiar, a ver, eso de que tuviera que recogerse temprano... Entonces eso se cotizaba mucho, era una buena cualidad en las mujeres. La acompañé hasta cerca de su casa, que no me dejó ir hasta la puerta por aquello del qué dirán. Recuerdo que hacía una noche muy buena, olía el aire a verano, a frutas maduras, a algo muy raro y turbador... Andábamos por la acera, teniendo que salirnos de cuando en cuando, porque había gentes tomando el fresco, ya sabe usted, esas gentes que sacan la silla a la puerta y, en mangas de camisa y un botijo, veranean como si fuese San Sebastián y sus playas, a ver, la falta de parné, ya se sabe. Pues nos teníamos que salir, y yo le cogía un poquito el codo para que bajase la acera, no se fuese a caer, y andábamos sin hablar nada, solamente de vez en cuando nos mirábamos, y me sonreía. Aún me acuerdo de su sonrisa, tan limpia, tan avergonzada, a ver, apenas me conocía, ya me comprende usted... Cuando la dejé en aquella esquina, aún se volvió un par de veces para decir adiós con la mano. Era de noche cerrada, y el sereno gritaba por allá «¡Vaaaaa!». Para qué le voy a contar -22- con qué ilusión fui yo a buscarla al domingo siguiente donde ella me dijo... Me afeité, y eso que apenas tenía barba, me limpié los zapatos, y me puse una corbata de mi cuñado con un alfiler de mi padre, y me compré un paquetito de canarios de veinte céntimos, de aquéllos, usted qué se va a acordar, de aquéllos que tenían en la tapa un canario con chistera y todo, y un bastoncito bajo el ala, y decía: Labores de Canarias. Una verdadera tosiguera, que yo no había fumado nunca, pero pensaba que así quedaría como más mayor, como hombre que ya trae los papeles dispuestos. Y no me faltaba nada ni nada, figúrese. Si yo andaba por los diecisiete, ya se lo he dicho. Bueno, pues allí fue el lío. Yo me paseaba calle arriba, calle abajo, un poco intranquilo, que, la verdad, yo no sabía por dónde iría a salir ella, que ya le he referido a usted que por aquello del qué dirán, no la había llevado a su puerta, como debía de haber hecho todo tío que se estimara en algo. Bueno, pues que yo venga esperar y esperar. La cosa quizá fue no muy larga, pero la impaciencia, usted me entiende. Vueltas y vueltas en la sesera a qué haríamos aquella tarde, dónde iríamos, yo tenía tres pesetas, lo que no estaba nada mal, había cines de cincuenta céntimos, quizá los mejorcitos, a ver, no la iba a llevar a un barracón de mala muerte, y quizá podríamos tomar un bocadillo de calamares fritos en el descanso, o comprar avellanas tostadas y acarameladas, o una bolsa

de patatas fritas, en el cine Doré yo conocía a Santiaguín, el chico que las vendía, y siempre me daba alguna cosilla más por el mismo precio, hay que tener amigos hasta en el infierno. También pensaba que quizá le gustase pasear, iríamos por Rosales, o por la Moncloa, por esos sitios de por ahí afuera, donde todos los novios se iban haciendo el remolón cuando caía la tardecita, y los hombros se arrugan un poco, y parece que los ruidos suenan más. A lo mejor ella tenía ya un plan, y habría que seguirle, -23- qué sé yo, ir a una visita, entonces las chicas se visitaban mucho, que si una compañera de colegio, que si la encargada de tal cosa, que si la modista del teatro tal o cual, que siempre les sobraba tela y eran buenas amigas, Dios sepa qué cosa se le puede haber venido hoy en gana hacer a la Mercedes, a lo mejor ir al cementerio donde está enterrada su madre, porque a lo mejor se ha muerto su madre y quiere llevarme allí para que la quiera más, como en el folletín de El Heraldito, por compasión de verse tan solita. Mi madre, qué gilipueteces se piensan, y todo porque hay una muchachita linda esperando, bueno, porque espero a una muchachita linda, de carne sonrosada y tibia, que se deja acariciar el codo con la yema de los dedos cuando va a bajar de la acera, y tiene unos ojos claros, grandotes, asustados. En fin, ya veremos cuando salga, quizá demos un paseo largo, y haremos proyectos para más adelante, que si muebles, que si ropa, que si viajes, me iré empapando de qué le gusta para regalárselo el día de su santo, que ya me había enterado que cae a fines de setiembre. Debe ser un santo importante, hacen fiesta en Barcelona. Fíjese cuánta niñería, amigo. Sí, hombre, sí, ríase con ganas, fuerte. Así. ¡La verdad es que se nos ocurre cada majadería! ¿No cree usted que la vida es eso sin más, una retahíla de sueños ñoños, que nunca hacemos, y llegamos a creernos que son importante? Ya ve usted, ahora, hoy, dónde estará esa tarde de la espera, allí, en aquella esquina. Tanto cavilar, tanto quebradero de cabeza, que me parece que todo el que pasaba se volvía a mirarme, vaya usted a saber si no estaba ridículo con mi corbata, o si entonces aquella esquinita de marras no era un cantón de mala fama, porque en este Madrid... Y se reirían de mí, del rapazuelo que sacaba el pecho para parecer algo mayor y tosía al fumar. Quizá me ponía bizco al chupar el cigarrillo, por mirar a la punta encendida y comprobar que el fuego avanzaba, -24- avanzaba... Al cabo de un rato que a mí me pareció más largo que un funeral de lujo, la veo aparecer por allá arriba, por la calle en cuesta (¿por qué me acuerdo ahora que estaba en cuesta la calle?), acompañada de un señor con gafas que me parecía conocido... Yo venga a mirar su falda amarilla, y su abanico, que lo movía mucho, se notaba que venía acaloradilla. Cuando se fueron acercando, me di cuenta de quién era el fulano aquél: era el dueño del negocio donde yo trabajaba, de fontanería... ¡Era su padre! Y hasta me lo quiso presentar. Y yo, que por esas cosas de la juventud, le había contado que mi padre era médico, y que estaba a mitad de carrera de aparejador... A ver, lo que era el hijo de la señora Casiana, la viuda del quinto derecha de mi casa, que estaba estudiando eso, que debía de ser entonces una cosa muy apropiada para gente así, vamos, como la doña Casiana... No se puede usted figurar la vergüenza, la cara que me ardía, y el señor fontanero que se rascaba la barbilla y me decía claro, claro, sí, ya me lo parecía a mí. Con que aparejador, ¿eh? Hasta se quitó el sombrero para decirme: Vaya usted mucho con Dios, don tal, que mi hija no se peina para un aparejador cualquiera. Ella, Mercedes, no sabía de qué iba, bien que se le notaba en la cara, asustadilla, desconcertada, viendo mi mal rato y la burla de su padre, que no podía disimularlo, y que venga recochineito, y por fin: «O te largas o te deslomo». Llevaba un bastón, ¿no se lo he dicho? Para qué le voy a contar, me parece que aún no he parado de correr. Cuando alguna vez he pasado cerca de allí, le aseguro que doy un rodeo, y que se me pone carne de gallina, y me parece ver al señor Pablo, don Pablo, como le decían en el taller, que me levantaba el

bastón amenazando. Allí, en aquella esquina donde me dijo que me iba a deslomar, y que era capaz de ello, ya lo creo, los patronos de entonces tenían muy malas pulgas y peor entraña, qué -25- me va usted a contar a mí. Yo he sido mejor patrón, luego, a ver, es que yo pasé por todos los grados, y, además, no tuve nunca bastón. Además, había que tener ojo, que con las huelgas, a patrón por día a la Almudena, o sea, la necrópolis, y yo no estaba por la razón. Bueno, total: Así se acabó lo de la Mercedes. Ella no me miró más a la cara, y me consta que le dolió. Una vez la sorprendí en una parada del tranvía, el 18, San Francisco-Sol-Obelisco, mirándome con curiosidad, con pena, con interés, casi tristecilla, y yo me iba a atrever a decirle algo que tenía muy ensayado y me sabía de memoria, pero llegó el tranvía y... punto final. La Mercedes se subió, y yo en la otra plataforma, y ni volvió la cabeza cuando bajó en la Red de San Luis, y yo, que no iba a ninguna parte, pues seguí hasta el final. Ya ve usted, toda Hortaleza, y Almagro, hasta la estatua de Castelar, y sin enterarme de nada, sin ver los cines, ni los coches, ni las casas, ni los árboles, ni nada. Como un leño. A ver qué demonios iba a hacer si ya estaba todo perdido, figúrese, por una tontería de chiquillo, pero la Mercedes, qué bonita era, y qué chica educada, y con posibles, que la fontanería daba, ya lo creo que daba. Con qué salero se recogía su falda amarilla la tarde de marras, cómo sonaba su abanico. Se casó más tarde, les faltó tiempo a los amigos para venir a contármelo, ya sabe usted, la gente buena que es, buena. Yo había tenido que dejar el taller, usted comprenderá que después de aquello, y me había ido a otro muy lejos, pero era difícil en aquel Madrid tan pequeño pasar desapercibido, y mi suegro bien que sabía de mí. Mi suegro, hombre, el padre de la Mercedes, a ver quién va a ser. Vi la boda de lejos, vestido de soldado, yo serví en el Inmemorial del Rey Número Uno. Creo que nadie me reconoció. A ver, con el kaki y el pelo al cero, quién me iba a reconocer. ¡Iba tan bonita...! Yo pensaba que podría haber sido yo el novio, y que la Mercedes habría sido feliz conmigo, y que habríamos -26- podido prosperar, y pasar de todo, juntos, lo que vino, la Dictadura, y la República, y la guerra, juntitos, bien entendidos, con algunos chicos, a ver, dicen que son la alegría de los padres, pero eso está por ver, que ahí tiene usted al Polito ese... Bueno, ése. Total, que, años después, me la encontré un día, ya muchos años después, en La Guindalera, y me pareció verla desorientada. El corazón me daba tumbos. ¡Anda, mi madre, si es la Mercedes! ¡Qué bien plantada está todavía! Luego, de cerca, ya se le notaban los años, las arrugas, los ojos apagados un poco. Me acerqué a ella con la idea de saludarla, y tardé un poquito. La seguí. Ella leía los nombres de las calles en las esquinas, se veía que buscaba algo, y yo me hice el encontradizo... Me preguntó por una calle que yo tampoco conocía, donde, al parecer, había un sanatorio. Iría a ver a un enfermo. No quiero decirle la pena mía, tan honda, tan dura, casi estuve a punto de qué sé yo qué. Me tuve que apoyar en la pared, en la puerta de un estanco. No me reconoció siquiera. No, no me diga que he cambiado mucho, no, no vale la pena. Que no me reconoció y nada más. Es natural. Qué iba a ser yo para ella después de tantos años, ella que había tenido cuatro chicos, uno se lo mataron los blancos en la guerra, y otro los rojos, para que no hubiese diferencias, y su marido, un funcionario de Hacienda, se murió del tifus después de la guerra, que, anda, que no se morían ni nada. Y ella estuvo muy mal, pasó hambre, los obreros se incautaron de lo de su padre, que ella tenía, y se quedó con una mano atrás y otra adelante, así es la vida, hoy mucho y mañana nada, a ver, y no hay más remedio que aguantarse. Que no me reconoció. Anduve un rato por la calle abajo, no sé dónde era, ya no recuerdo la esquina. Primero, iba pensando en ella, en lo que le diría, en lo que me contestaría, y luego ya no pensaba en nada. Desencanto y nada más. Me encontré de repente en el metro, solo, triste, -27- un amargor indecible en la boca y algo más agachado. Créame que desde esa tarde

ando con chepa, así, como usted me ve, yo que era tan tieso, tan terne, presumidillo, a ver, cada uno tiene sus defectos. En ese instante, arrastrando algo los pies camino de casa, me di clara cuenta de que los años de la guerra nos habían separado a las gentes mucho más de lo que pensábamos. Que los sustos, las venganzas, los rencores no habían servido más que para... Bueno, es mejor no hablar de esos temas, usted sabe que por menos le meten un buen paquete a cualquiera, pero, créame, qué larga pena, qué larga y qué honda, pasar lo que pasó y no valer ni para tendernos la mano abierta...

Así que estoy soltero de la Mercedes, ya se ve. Y también lo estoy de la señorita Ruiz del Vallespinar de las Hoces y no sé cuántas cosas más. Esto fue más tarde. En casa, en el taller, que ya era mío, porque no se me dio mal, después de poner servicios en unas cuantas casas baratas en Canillejas y en Vicálvaro y en dos o tres sitios más, que, como todo aquí, las conseguí por influencias, ya se sabe, el que no tiene padrinos, pues eso... Pues que todos estaban diciéndome siempre que me casara, que ya iba para machuchito, que luego iba a tener mal de esto y de lo otro, y que una buena mujer al lado, que lo peor es ir a parar al hospital, y que si el asilo, y patatín y patatán. Pasaba por el portal, y la señora Ramona, la portera, que había conocido a mis padres, empezaba cada lunes y cada martes: «¡Que un hombre así viva tan solo! ¡Esto no puede ser! ¡Hay que casarse, Raimundo, y nada de salir tanto de noche!». Venía Frasquito, el cobrador de la luz, y: «¡A ver cuándo nos das un buen día!». Y aparecía la Rosa, la lavandera, y venga a darle a lo mismo: «¡Ay, Señor, con ese tipo, y que tenga que lavarle las sábanas una pagada. ¡Usted necesita una buena mujer que le caliente la cama, y déjese de andar de picos pardos!». Y así todo el mundo, -28- Lucio, el sereno, y Ramonín, el municipal que acabó atropellado al comenzar estos líos de los discos, o sea, vamos, los semáforos. Pues, ¿y don Juan, el párroco? Ése la tenía tomada conmigo. Según él, todas las noches de mi vida se me iban a duplicar en el infierno, vamos que si se iban a duplicar, y sin las compañías que aquí él se sabía que yo me gastaba. Y le aseguro que no había compañía ni narices, que, alguna vez, en fin, para qué mentir, pero todas las noches... Pero qué se habrían creído, pues sí que estaba barato el género. Y es que la gente necesita estar pendiente de los demás, porque, si no, revientan, vaya, se lo digo yo. Aquí parece mentira que hayamos tenido tantas guerras, y que seamos tan atravesados los unos para los otros. Y luego venga a hablar de las Navas de Tolosa, y del Gran Capitán, y de la conquista de América. Aquí la verdad es que somos todos unos pequeños canallas, mejorando lo presente, ¿eh?, no se vaya usted a picar, pero usted estará de acuerdo, a ver si no, las cosas que, sin ir más lejos, hemos visto nosotros, ¿eh?, y ya ve usted, nadie se acuerda ya, y, total, fue anteayer, anteayer como quien dice. Y es que somos... Bueno, a lo que estábamos, tanto insistir, tanto amenazar, desde la próstata hasta el infierno, que me metieron un miedo de no te menees. Oiga, yo ya me veía con todos los males habidos y por haber, y todo por estar soltero. También me hacían desconfiar de las criadas. A todas las tenía que despedir. Ésa te roba. Ésa te quiere cazar. Ésa es una tal. Ésa es una cual. Y las tuve de lo más variopinto. Y me cuidaban, las pobres, y lloriqueaban que era un contento cuando se marchaban, y eso que siempre les daba una regularcilla indemnización. A una, la Desamparados, que era valenciana y gorda, tuve que regalarle hasta algunos muebles, porque me armó un escándalo terrible, diciéndome que a ella no le hacían eso, que qué me había creído, que ella era decente, y tal y tal. Un basilisco. Y luego vino -29- a verme un novio que tenía o había tenido a pedirme explicaciones. Tuve que darle también unas pesetas, para calmarlos, hasta que salieron en los periódicos por una estafilla o algo así. Menuda pareja. Total, que con esto me convencieron, y leí los anuncios. ¡Ah, pero, ¿no

sabe usted la historia esa de los anuncios? Pues sí, hombre. En El Liberal, en La Libertad, en El Imparcial, en todos los periódicos había anuncios: «Joven agraciada, necesita protección de caballero honrado y digno». Algunas veces se anunciaban con mamá y dos hermanitos y todo. «Señorita decente, madre impedida, aceptaría protección caballero honrado». Esto de las madres impedidas, no debía ser malo. Y parece que había muchas mamás con impedimentos, pero, al parecer, ninguna muda, que no es moco de pavo. A veces se anunciaba él, el hombre, o sea, el caballero honrado. Poco más o menos: «Caballero digno, buena posición, dispensaría protección señorita decente en apuros. Soportaría algún familiar». Bueno, lo de soportaría era algo más suave, pero era. Son cosas que pasan. Casos desastrados que acaecen. No me va a decir que no conoce usted esa frase. Es de unos versos famosos, hombre, usted que es tan leído. De Cervantes o algo así. Aquí, todo lo famoso es de Cervantes, a ver de quién, si no. Pues leí el anuncio de doña Angelita Ruiz del Vallespinar de las Hoces, que se ofrecía sola. Hombre, había que tener cuidado, mi negocio no iba mal, pero si la tal señorita me sale con un pariente por cada apellido, es que la pringamos, caramba. Así que busqué un anuncio de a mujer por barba. La escribí. Lista de correos. Datos personales. Nos citamos en un café. Era abril, ya sabe usted, en Madrid llueve en abril que es un gozo. Y la cité en el café donde yo solía ir. Me parecía que así, conociéndome los divanes, la cajera, el limpia, la gitana de la lotería, los espejos, pues que así tenía menos miedo. La cosa no era para menos. Trascendental, como decía el Sebas, seminarista -30- rebotado y socialista que vendía tabaco, recordatorios, gomas para los paraguas y aspirinas, imperdibles y demás triquiñuelas así. Habíamos convenido en que, para conocernos, yo llevaría un pañuelo blanco al cuello, y ella una blusita encarnada sin escote. Mire por dónde el diablo la enreda. Aquella tarde había no sé qué festejo popular en el barrio de Maldonadas, y más de cuatro chulapos aparecieron allí con pañuelito blanco de crespón al cuello, muy bien plegadito. La cosa ya empezó mal. Después pensé que era mejor. Yo me quité el mío, y pensé que así podría observarla a gusto, desde el anonimato, y quizá darme cuenta de si me convenía o no. A los pocos minutos, y eso que entonces las mujeres consideraban elegante no ser puntuales, qué va, les gustaba mucho hacerse esperar, pero a ésta del anuncio se veía que le corría prisa el bodorrio, pues que me aparece la tal doña Angelita. Ya era algo machucha. Me pareció que cojeaba. Me dio pena su abrigo raído, con claras necesidades de unas mangas y unos bajos nuevos, el manguito pelechón. Pero, pensé: «¿Y si lo hace para conmovier, y está nadando en dinero, y es una lagartona? Observa, Raimundo. Observa y calla. Hay que tener pesquis». Se sentó en un diván, debajo de una pintura que representaba a un aguador del siglo XIX, la mar de gitano y lleno de prendas extrañas, inútiles, pero que en su tiempo se ve que las llevaban. Había humo, mucho humo, porque al café todo el mundo se iba a fumar el puro que no les dejaban fumar en su casa, estaba visto. Ella parecía impaciente, yo venga a observarla. Me gustaba. Parecía fina, modosa, recatada. Preguntó al camarero por la hora, no tenía reloj, con tantos apellidos, y yo: «No te fíes, Raimundo, a lo mejor tiene más de uno, y lo que quiere es disimular». Se tomó un café con leche de aquellos de recuelo, una verdadera porquería, qué le voy a contar. Y miraba ansiosamente a todos los pañuelitos blancos que había por allí, abriéndose mucho el -31- abrigo para que se le viera la blusita encarnada. Cuando ya había pasado un rato, pareció impacientarse. Se miró en un espejo, se dio polvos un par de veces, leyó la carta mía, que la sacó del bolso muy plegadita, y hasta me pareció que suspiraba y que se le llenaban los ojos de agua... Me disponía a ir a su lado, sombrero en mano, yo había ensayado entretanto cómo diría las primeras palabras, cuando Gervasio, el camarero, se me acercó, todo alborotado: «¿Ha leído usted el crimen del Paseo de las

Acacias? Hombre, qué tíos más brutos. Dos personas, lo que se dice hechas fosfatina, fosfatina y nada más que fosfatina. Un cobrador del gas, por robarle, y un amigo que le acompañaba. Un escándalo. Las cosas que están pasando en España, no se han visto nunca». Y dale, y dale. Yo me quedé cortado, escuchándole, daba miedo lo que los periódicos decían, un pobre cobrador del gas, que había muerto asesinado y robado, hasta el reloj le birlaron, y menos mal que estaba soltero, que si no. «Horroriza pensar que eso nos pasara a uno de nosotros, con mujer y con hijos, figúrese usted, don Raimundo». Y el pobre Gervasio que necesitaba que yo le aconsejase, porque, a ver, también él iba alguna noche con la recaudación a casa del dueño, un fulano muy atravesado que vivía en la calle Imperial, y la calle Imperial, ya sabe usted, tiene una de revueltas... «No, por favor, no, lo mejor es estar soltero como usted, don Raimundo, aparte de que, ande, no me sea guindón, que bien que se echará usted sus canitas al aire. ¡Qué poca lacha, quitarle el reloj! Eso es ya lo último. A mí que me quiten todo, lo que quieran, la vida, pero el reloj...! Yo tengo que legar mi reloj a mi chico mayor, al Gervasín. ¡Es el símbolo del mayorazgo! Vea, don Raimundo, qué esfera, Remontoir, de París, France». Y así, un rato, y yo intentando mirar a la mesa del diván por detrás de Gervasio, o por debajo de sus brazos cuando los levantaba al cielo pidiendo justicia contra un asesino -32- que se atrevía a atacar a un pobre cobrador del gas, indefenso. Y seguramente memo, pensaba yo... Cuando unas palmadas me quitaron de encima a Gervasio, la doña Angelita de los tantos y cuantos, se había marchado. Impaciente, ¿eh?, porque en total no había pasado media hora. Cuando salí a la calle corriendo (Gervasio creía que le gastaba la broma de no querer pagar aquella tarde, lo que era inútil: «Usted tiene aquí mucho crédito, pero que mucho, mucho». Era una broma tonta), ya no la vi. Estaba todo lleno de gente, yendo, viniendo, esas madres gordinflonas y grifadas que arrastran a los niños, los viejos caducos que arrastran el bastón y los pies, las chicas que arrastran los paquetes y las miradas, los tranvías que arrastran su ruido y su lentitud... ¿No se ha dado usted cuenta de que hay días en que parece que todo va a rastras, a rastras, poco a poco, muriéndose en una salsa arrastrada de cansancio, de aburrimiento? Hasta salí al centro de la calle, que por poco me lleva por delante el carro de la limpieza, un carro de aquellos que tenían una campana, ¿se acuerda? «A ver, tío jindama, ahueque, que no está el día para suicidios, si será el tío mamón éste...». Y no la vi. Como si se la hubiese tragado la tierra. De ésa sí que recuerdo aquella esquina. Volví al café, a que Gervasio me contara otra vez lo del crimen por el Paseo de las Acacias. Quién sabe si yo había desperdiciado mi felicidad, allí, en un diván rojo, ante un café de recuelo. Me amargó pensar que a lo mejor apenas tuviese ya la tal Angelita con qué pagar su café, su tranvía, su anuncio. Me propuse girarle algún dinero, pero después pensé que a lo mejor se ofendía. Los españoles somos tan orgullosos... Y así me volví a quedar soltero, bueno, es un decir, o sea, que perdí a doña Angelita Ruiz del Vallespinar de las Hoces, soltera, educada, buena presencia, pequeña renta... Recuerdo aún con una escondida punzada su gesto al darse los polvos, la pena infinita con que desplegab -33- mi carta para releerla, como para asegurarse de que era en aquel café y no en el de enfrente... Había tantos... No volví a leer el anuncio de ella. A lo mejor, otro lector, quién sabe. Si será feliz, o lo habrá sido, o estará como yo, desguazada y gruñona, harta de cuidar niños ajenos, sin cinco, sin arrimo. Quizá supiese tocar el piano, o alguna zarandajilla así, como hacían las de sus humos... Habríamos pasado algunas veladas de familia muy seriecitos, oyéndola tocar Danubio Azul, o El Huésped del Sevillano, o alguna quisicosa de iglesia... No, no se me ría, pero se me mojan los ojos, ya ve, pensando en que ahora, esta noche misma, podríamos oír juntos la televisión, la película de turno, los viajes del Kissinger ese, o ver, sintiéndonos cerca, un

terremoto lejos. En fin, usted me entiende... Ya al final, de viejos quietecitos y sentados, aguantamos lo que nos echen y con buena cara, qué le vamos a hacer, ¡jea! Hay que irse a la cama con buen genio, confiando en el amanecer que se duda, que está, ya, acercándose. ¿No le parece a usted que a veces la vida es algo muy triste y muy imbécil, sin sentido? Pero, ¿quién es el guapo que pone un anuncio: Vendo mi vida o la traspaso?

Pues aún me volví a quedar soltero. Y esta vez ya del todo, sin remedio. Y gracias sean dadas a Dios, porque lo que no viene por sus pasos, malo es, malo. A mí, además, me picaba por dentro la Mercedes. ¿Sabe que yo seguí enterándome de todo lo de ella, de lo que fue de sus chicos, del que sobrevivió, de una chica que le nació algo después de que se muriera el marido, y no hago cuentas, y, en fin, de todo? Pero siempre tan cobardón, tan apocado, sin atreverme a buscarla directamente, sobre todo dolido de que aquel día no me reconociera, a ver, dígame usted si a un hombre le puede sentar bien eso. En fin, le voy a contar mi tercera soltería. Pues, ya ve, que me la prepararon. Vaya encerrona. Mi tía Hortensia, que vino de su pueblo a ver no sé -34- qué historias de la familia de su difunto, y vino aprovechando las rebajas de San Isidro, que la pobre era más tacaña que tacaña, bien lo sabe Dios, no daba una sed de agua, y, eso sí, presumir, un rato largo. Casi todas las beatas que he conocido eran parecidas a mi tía Hortensia. No, qué va, no era mi tía ni era nada, era amiga de los míos, y como ya no me quedaba ninguno, que todos fueron espichando, cada cual a su tiempo y lugar, y ninguno de mala manera, ¿eh?, ninguno, a no ser aquel ceporro de Ricardón, que le tuvieron que dar para el pelo en La Coruña, a ver, se empeñaba en unas cosas, que si el reparto, que si nada de curas, en fin, que se la ganó. A cada cual lo suyo, ¿no verdad?, su obligación era callarse, como hicieron otros muchos, y han prosperado luego a base de bien. Ya lo dice el refrán: «no hay mal que cien años dure»... Sí, lleva usted razón, el Ricardo era un boceras, seguramente creía en los indultos, las amnistías, las elecciones, en fin, una buena serie de cosas que, bueno, usted me entiende. Mi tía Hortensia, que era una mujer muy piadosa, se oponía a todas esas cosas, sus razones tendría, a ver, además de beata era mujer muy instruida. Si Ricardón la hubiese hecho caso, ahora estaría muy bien colocado, y a lo mejor hasta se pondría chaqué algunas tardes para ir a la boda de los parientes, o a las procesiones y así... Pues, como le digo, la viuda Hortensia se erigió en mi parentela, de una vez y por todos los muertos conocidos o por conocer. Y que me preparó una encerrona, de acuerdo con aquel badulaque de Varillas, mi escribiente. Porque yo, para que usted lo sepa, tenía un escribiente, el Varillas, que era de Ronda, y de vez en cuando toreaba en las capeas, y me venía lisiado de las muñecas: «Don Raimundo, hágame usted esta suma, que yo no me tengo del revolcón». «Don Raimundo, no me haga barrer el establecimiento, que tengo esta muñeca esbaratá». Lo peor era cómo hablaba, que no le entendía ni -35- su padre. Y bien que se aprovechaba de eso, no crea. Bueno, el Varillas. Otro día le contaré cosas del Varillas, que lo merece. Era muy gracioso, pero muy sinvergonzón. ¡Huy, que si era! Pues de acuerdo con él, me quisieron encasquetar a la Felipa, que era gilí de todas todas, pero aprovechada, eso sí. Ah, eso sí que no se me olvida. Vino a verme una mañana, yo estaba algo averiado de los bronquios. Pero, vamos, nada mortal, ¿eh?, no se vaya usted a creer. Y la sujeta apareció con su madre, una señora de mucho trapío, envuelta en un mantón de flecos, con pañuelo a la cabeza para disimular los lobanillos. Ella hablaba de que había tenido unos veinte años que para qué. Que ya los querría su hija. La verdad, las dos parecían, del brazo, un tranvía y su jardinera, o sea, vamos, el remolque. ¡Qué tías! La hija se reía por nada, y daba vueltas a las cosas entre las manos, y se le quedaba un ojo algo retrasadillo, y, además, se limpiaba la baba con

el revés de la manga. Después, se rascaba de vez en cuando, se sacaba algo de caspa y la dejaba caer muy cuidadosamente sobre el suelo, diciendo: «¡Ya está!» Bueno, una joya, a la vista está, y eso que seguro seguro que no digo todo hoy, porque, a ver, esta memoria mía. La madre llevaba la voz cantante, y yo presentía al Varillas detrás de la cortina que daba al pasillo. Y la tonta del bote aquella, con los dientes más amarillos que la bandera nacional, también se oía al Varillas, porque, de vez en cuando, le daba a la madre con el codo, y le decía: «¡Él, que es él, madre!» Yo adiviné que había gato encerrado. Y el Varillas lo sabía. Vaya si lo sabía. Yo me hice el longuis porque la cosa tenía gracia. Ya le he dicho que yo acababa de pasar una ligera bronquitis, y la cosa se puso ya algo, algo... cómo diré... algo sospechosa, cuando la madre se levantó solemne, un brazo al aire, el mantón se le cayó sobre un hombro, parecía una estampa de aquellas que vendían con la República, y me espetó: «Usted se casa hoy -36- mismo con mi Felipa desartículusmortis». Yo no sé si aquella tarasca sabía lo que era eso, pero a mí, que tampoco lo sabía, pues que me sentó muy mal. Aquello debía significar algo muy así, muy, vamos, muy jodido, ¿me entiende? Sin embargo, y ya de vuelta, porque, eso sí, yo he tenido siempre mucha presencia de ánimo, pues que me puse a examinarla, a la Felipa. Me enteré de cuánto dormía, si roncaba o no, si le gustaba Charlot o Cantinflas, que ya andaba Cantinflas por el mundo, si cantaba tangos o zarzuela (podía estar encaprichada con Gardel o con Marcos Redondo), si tenía o no cosquillas, si le gustaba o no el cocido o las patatas fritas. Le hice ver que en política, en mi casa se hablaba solamente del partido del orden, o del gubernamental, como usted quiera... ¿Cómo que por qué le pregunté eso? Anda, Dios. Le he dicho que era algo bizcarra, y además, pelirroja, lo que es siempre un peligro. Además, yo no quería líos con nadie, y siempre es muy sano saber con quién se trata. Supóngase que me hubiese resultado del Frente Popular, y que yo, por aquello de tener mujer... ¿eh?... ¿Que no lo entiende...? Vamos, hombre, que después de cornudo, contento, hijo, está más claro que el agua. Ande, ande, salga usted a la calle ahora diciendo que usted es del Frente Popular, ande, a ver qué pasa... No deje de avisarme, eso no me lo pierdo. Ah, claro, ¡ahora cae!... Pues sí que. Bueno, ahora dígame: ¿estaría yo aquí tan tranquilo, ahora, contándole a usted todo esto? Venga, hombre, venga, a otro perro con ese hueso. Pues sí que no. A mí que me registren. Aparte de que yo, salvo que no me gustan los recaudadores ni las comadronas, yo no me meto en lo que piense nadie. Cada quien puede creer lo que le dé la gana y Santas Pascuas. A todo, aquella chica no decía más que jolines, que, la verdad, no es mucho decir, pero la madre contestaba siempre. Se las sabía todas, y a tuertas y a derechas. Se conoce que el Varillas las había aleccionado bien. De pronto, -37- se me ocurrió una idea. Como lo sabían todo, y al parecer, de mano maestra, decidí preguntarle algo que no supiera, para tener un pretexto y echarlas a la calle, o algo que supieran y no me conviniera a mí. Me quedé un rato pensando. Se pusieron muy nerviosas. La Felipa daba codazos cada vez más fuertes a su madre o lo que fuera, que no les pedí la documentación, y no habría estado de más hacerlo. El Varillas estaba a punto de ahogarse y hasta se asomó por la cortina a ver si es que me ocurría algo. Y la madre empezó a sentirse vacía, le temblaba el bigotillo. «Verás, ahora le da un patatús para asustarme», me decía yo. Y seguía callado. «Pero cuidado que tienes mala uva, Raimundo, hacerles pasar este rato». La Felipa trasudaba y decía apocadilla: «Señor Raimundo, yo voy a cuidarle a usted muy bien, que me enseñó mi madre a hacerlo». Y yo, nada: calladito, pensando: «Con qué mandria habrás ensayado, grandísimo pendón». No hay nada mejor que pensar un poco de tarde en tarde. Salen las cosas mucho mejor. La Felipa, ayudada por su madre, venga a cantar virtudes y heroísmos: «Yo me acuesto muy temprano, jolines, señor Raimundo. A mí no me gusta hablar con las

vecindonas, jolines. Yo soy muy bien mandada y muy calladita, jolines. A mí, de los hombres, nada, eso del Varillas se acabó ya para siempre, es un pelanas, yo, la verdad, le prefiero a usted, una casa bonita y comer caliente, ya ve, le sacrifique mi juventud, jolines, no sé qué más quiere». Y la madre empujaba: «Anda, hija, dile que tú sabes planchar muy bien las camisas, y hacer torrijas, y que te pirras por quedarte en casa los domingos, a oír la novela de la radio, nada de ir por ahí a lugares malos a gastar dinero». «Esta hija mía, señor Raimundo, es un cielo, se lo digo yo, mis trabajos me ha costado sacarla derecha, pero ahí está». La Felipa paseó delante de mí varias veces -¡un-dos-un-dos-un-dos-tres-aro!- le pregunté si tenía juanetes, y ella no supo qué contestar porque -38- no adivinaba si yo quería o no que los tuviera. También le pregunté si el rojizo de su pelo era propio o teñido, y mil cosas así. No me importaban sus torrijas, ni sus zurcidos, ni su plancha. Ni nada. Estaba deseando perderla de vista. Fue entonces cuando se me ocurrió preguntarle el Credo. «Sí, hombre, sí, el Credo, qué pasa». Se quedaron pálidas. Ella empezó a bisbisear algo, pero no era el Credo, y yo: que no. Que no te lo sabes. ¿No te da vergüenza? No, nada de promesas de aprenderlo, no lo sabes y ya está. Ea, que no puede ser. ¿Tienen ustedes certificado de la Guardia Civil de ser personas responsables y sindicadas? ¿No? Pues a la calle. En esta casa no se permite este público. Qué genticica lleva la Virgen». Yo exageraba, claro, pero me dio resultado. Ésta fue mi tercera y última soltería. No, por favor, no, no me pida que le diga lo que las dos buenas tiples iban vomitando por la escalera, yo soy una persona educada, tengo algunas letras, yo no suelo decir esas cosas, ya ve, ni siquiera jolines. Y menos a un prójimo. Hay que amar al prójimo. Si no... La noche caída, remaneció el Varillas, tembloroso, intranquilo, preguntando por mis bronquios, que si, bueno, que si aquella chica, ¿eh?, menuda chica, la Felipa, un tesoro... Entonces yo le dije unas cuantas cosas trabucadas aposta, mezclando palabras sin sentido, tartajosas, y el Varillas se asustó, pensó que andaba aguado de la mollera, y empezó a dar voces de socorro, muy alborotado. Me gustó verle descompuesto, qué demonio. Y también se despidió al día siguiente. Por cierto, tampoco él cargó con la Felipa, ¿eh? ¿Qué le parece, si me llego a ablandar? Ahora, aquí me tiene usted, sin familia alguna, como se llamaba una película que de niño veíamos por episodios, sin perrito que me ladre. Me he comprado una televisión, y espero que un día de estos haya una emisión especial dedicada a los que se van a morir pronto, para que vayamos ensayando y no hagamos escenitas, ni pataleos desagradables, -39- ni molestemos a los que aparezcan por allí, y mucho menos salir con frasecitas, hasta ahí podíamos llegar. No está bien eso. Hay que morirse tranquilo, como Dios manda, dando media vuelta en la cama, poniendo la cara a la pared y diciendo «Hasta luego». Pues ya ve, me ahorré de dar disgustos al quedarme soltero. No se pegarán los hijos, cosa tan fea, por mis cosas, ni las nueras dirán «Ya era hora, tan baboso como estaba y tan rezongón». O los yernos: Anda, que no era roñica ni nada el andaba, y otros mimos así. Hay que ver cómo es la gente. A veces pienso en cómo habría sido todo con la Mercedes, ya le dije a usted, tan apañadita, con sus ojos pasmados, tantas cosas como han pasado en este país, y tan gordas, vaya si han pasado. Seguramente nos habría ido bien, porque los dos nos habíamos encontrado sin buscarnos, a la buena de Dios, en un baile, con la misma luz para los dos, y el mismo tiempo, la misma edad más o menos, y el mismo afán de vivir. El fontanerón padre o sea Don Pablo, fue un bruto que no supo entender el asunto. Los padres no suelen entender las cosas, se lo digo yo. Ahí tiene usted otra pega de la que me he librado. De ese problema de los niños, siempre trayendo a los padres a mal traer, desde las primeras anginas hasta la primera bronca con la mujer. Quite usted allá, hombre de Dios. Doña Angelita de todo aquello, como se llamase, habría sido muy oportuna para

estos días, tan cursis, de tanta fachada y tan poco meollo. ¿Usted no huele la importancia que se atribuyen estos tipejos que rebullen a nuestro alrededor? Títulos, venga medallas, estatuas, coñas de todo tipo... Cualquiera diría que no van a palmar nunca, joder con nuestros paisanos. Figúrese si, al fin de cuentas, a aquella Angelita le da por rehabilitar su ascendencia hasta llegar al Viriato ese del principio de la Historia de España, con los siglos de gazuza y de bilis que deben llevar a cuestras. Ya, ya... Y de la otra... Lo único cierto es que, cuando los bombardeos, -40- me habría gustado sufrirlos con Mercedes al lado, abrazados, sintiendo latir su miedo entre mis manos... Vea, vea cómo me tiemblan, dicen que es de la edad, pero qué va a ser de la edad... Estoy seguro que, lo contrario que ha pasado con otras muchas gentes, a nosotros nos habría hecho más próximos, ese pasar las calamidades apoyándonos el uno en el otro, sintiendo nuestro calor en las noches frías y largas, compadeciéndonos a la vez de tirios y troyanos, y pidiéndole a Dios que disculpara tanta y tanta maldad desatada. Y es que cuando algo nos cala hondo, muy hondo, ay, Señor, cómo cambia todo... Bueno, no le digo ya más. Cada una era cada una, y yo estoy aquí solito, cansado ya, sin darle la lata a ningún pariente, porque no los tengo. Me voy a meter en una residencia de ancianos, las hay estupendas, calentitas, con cine y todo, con mucha gente más para charlar de los recuerdos, y nada más que de los recuerdos, y luego... Ya se sabe lo que va a pasar. Lo único que pediré cuando les ceda todo lo que tengo es que no me casen, no vaya a ser que, por salir en los periódicos, la manía de siempre de los tontos, y, anda, que no tenemos ni nada, vayan a liarme con alguna vejistoria de las recogidas allí, y entonces... No, no, solterito, solterito. Figúrese usted, chica broma, si al llegar a la residencia, la viejería esa, me encuentro allí recogidas, acoquinadas todas, a las tres, la Mercedes, la Angelita, la Felipa, cada una con sus manías, quizá con cataratas, y me hacen que tome el sol con las tres... ¿Se lo imagina? Quiá, hombre... El buey suelto...

-41-

Todo puede lograrse

Usted no habrá estado nunca, es seguro, en mi pueblo, uno de tantos. ¡Qué cosas tiene usted, cómo no voy a acordarme de su nombre!... Pero es que, créame, no le hace mucho al caso decírselo, el nombre. Abriría llagas si algunos se enterasen de que estoy aquí, viva, y hasta contenta, eso les dolería más aún, ya para qué. Por otro lado, usted se lo imagina: un poblachón grande, oloroso a trigo y a paja quemada en el verano, rezumante la agrura del mosto en el otoño, y el humo de los sarmientos quemados en el invierno. Un pueblo grandullón, claro, con unas autoridades que, según el viento, iban o no iban a misa, que pagaban el voto según el viento, que daban y quitaban empleos, trabajos, aguinaldos y disgustos también según el viento. En fin, unos pocos, que eran siempre don fulano, don mengano, con un don así de grande, y, luego, los demás, el rebús, una pobre gente triste, que cantaba de vez en cuando, que jugaba a la lotería, y, así, jugando, espantaba la congoja amontonada de no saber qué hacer, dónde mirar, asombrados de su infinito aguante... Y así, se lo digo yo, año tras año, y otro, y otro, nieves, calores, nieves y calores otra vez... Apenas se notaban las muertes, hoy en una casa, mañana en otra, pasado en la de más allá... Los señores seguían yendo a misa, presidiendo las fiestas, las cucañas y las inauguraciones,

y los demás, puntualmente, a cumplir con los renovados deberes, si se podía... Fue -42- por allá, por el 35, cuando llegó Chucho al pueblo. Ya se puede usted figurar el revuelo entre las muchachas jovencillas. Las más no podíamos pensar en el secretario, en el registrador, en el juez, muchísimo menos en el notario. Ésos se traían ya su pareja de Madrid o de donde fuere, y, todo lo más, se podía dar una viudez rápida y un braguetazo después. Ya ve, hasta se ponían velas a algunos santos para que eso ocurriese: «¡Santa Lutgarda, atízale una mala hora a esa bruja!» «¡San Antonio, achucha y cárgatela!». Muy piadoso, ¿no le parece? Pues, ya ve, alguna vez los santos se ponían de cara y daban lo pedido, quién lo diría. Pero, por lo general, no ocurría, los recién venidos se quedaban muy distantes, llevaban ternos vistosos, ponían calefacción en casa, tenían gramófono y radio. Don Hortensio, un notario joven que estaba siempre vigilado por su madre, una señora muy tiesa que le acompañaba a todas partes, disponía de una pianola, de esas que tienen unos rollos picados, ¿no se acuerda?, y se pasaba las horas muertas haciendo que tocaba... Pero Chucho era maestro, nada más que maestro nacional, y a eso sí que podíamos atrevernos las mocitas casaderas. A ver, ni siquiera a los catedráticos del Instituto podíamos aspirar, se daban mucha importancia, qué barbaridad, nos miraban así, de costadillo, y luego resultó que la mayor parte no eran ni siquiera catedráticos, sino algo menos, los llamaban cursillistas de no sé qué, y, claro, ya sabe, si a un catedrático, aunque se haya tragado la vara de medir, me lo ponen al fresco o a la sombra, figúrese qué pasaría con uno que era bastante menos... Alguna que se casó así, bien lo pagó después, bien. En cambio, Chucho era maestro, solamente maestro, jovencillo, silbaba, daba patadas a las piedras, y le gustaba tomarse un tintorro con aceitunas o moje, en la taberna, al atardecer, cuando los obreros volvían cansados, a charlar, a jugar al dominó o al parchís... Todavía me hace gracia recordar el mosconeo, -43- las tontunas que hacíamos al cruzarnos con él en el paseo, el hielo que cayó sobre muchas cuando supieron que había sido inútil en el ejército, ya sabe usted, hay muchas familias aún que, en cuanto oyen hablar de eso, piensan lo peor, como si en vez de un hombre entero necesitaran garañones de buena raza... Chucho era un buen chico, alto, muy pálido, los ojos claros se le deshacían en una luz indecisa, como una alegría escondida, clandestina casi, un clamor silencioso, así, cómo le diré yo, pasmado, ¿me comprende? Y sonreía, sonreía siempre, un rictus desencantado en la comisura de los labios...

Chucho olía a buen hombre a la legua. Era uno de esos tipos que despiertan la confianza más hundida, confianza, confianza y entrega. Y ya ve usted, cayó mal... Empezó a organizar una bibliotequita en los bajos de la rectoral, y eso no gustó a los de los bares, a los del cine, que veían que la gente se les iba. Aún les hizo menos tilín la organización de las clases de adultos, eso fue ya la puntilla, pareció mal a casi todo el mundo, a unos por lo que era, y a las familias porque se distraían, no estaban tanto los hombres en casa, como si se pudiese estar en aquellas casas, usted me contará... ¡Qué mal fermento, mal fermento y peor entraña, molestarse por aquello, que no llegó a pasar de la b con la a, ba, y a garrapatear una firma! Chucho traía de vez en cuando, de aquí, de Madrid, unas gentes en unos camiones, decían que eran estudiantes, armaban un tablado en la plaza y representaban cositas cortas, muy divertidas, que si los alcaldes de no sé dónde, que si Sancho Panza haciéndose el hombre importante y luchando con su médico... También llevaban unos cuadros grandotes, copias de otros del Museo, y los colgaban en los soportales, en los calabozos, en los saloncillos resudados del Ayuntamiento, donde estaba la oficina de los reclutas, vamos, de los quintos, de los soldados nuevos. -44- Acudíamos

llevando tiestos, geranios, prímulas, albahaca, rododendros, cinerarias, para decorar todo aquello, las habitaciones, la entrada, la escalera, y mantones de Manila, o colchas hechas a mano, o pieles grandes de vaca para lo mismo, para tapar los desconchones y que aquello pareciese de veras un museo... Así conocí yo a Chucho, mire, aún me tiemblan las manos cuando recuerdo sus ojos tan limpios, verdes, bueno, algo verdes, a lo mejor eran más bien grises, usted me entiende, a fuerza de pensar en ello... ¿A usted no le pasa que piensa y piensa usted en algo, mucho, así, apretándose, y nada, sólo unas sombras, una saliva amarga y placentera, y luego nada, nada, que no hay manera...? A aquellos ojos no se les veía el fondo... Sí, mire, tiemblo todavía, parece que me está quitando ahora mismo el tiestecillo de claveles que yo le llevaba... Se nos rozaron las manos, ¿sabe? Yo quería mucho aquel tiesto, mucho, me lo habrían regalado un veinticinco de marzo, yo me llamo Encarnación. Encarnación López Doradillo, para servirle, eso es. Le aseguro que nunca nunca unas pobres flores han valido para tanto... Y hacían tan bonitas allí, delante de unos Fusilamientos de la Moncloa... Quién iba a presentir entonces lo que vino.

Nos casamos, ya se lo habrá supuesto usted. Febrero, 1936. Víspera de unas elecciones, el pueblo ardía de reclamos, pregones, discursos, alarmas... Nosotros no nos enteramos de nada, figúrese qué ocasión para dedicarse a pensar en arreglar el mundo. Nosotros, por la tarde, entre la salida de la escuela y las lecciones de adultos, que aquellos días, además, no se daban, que la gente acudía inquieta a la Casa del Pueblo, al pilar de la plaza, o se apelonaban bajo la radio del Casino (de todas partes contaban malos tragos), nosotros, le digo, aprovechando los ratillos libres, nos dedicábamos a armar los muebles, tan bonitos, los compramos a plazos, que nunca acabé de pagarlos, por unos vinieron luego, -45- y por otros no, vaya usted a saber qué diablos pasaría... Una alcoba con coqueta y todo, un espejo grandote, sí, ya sé que no se estilan ya esas cosas, pero ¡era tan precioso entonces!... Y pasábamos revista a los regalos de boda, siempre tan sosos, tan repetidos, tan inútiles, los desenvolvíamos una y otra vez, los mirábamos cerca de la luz, dándoles vueltecillas despaciosas, y volvíamos a envolverlos con mimo, pensando en futuras bodas de amigos, de otros amigos a los que pudiéramos colocarles aquella larga ristra de paletas de postre, de candelabros de porcelana, de ceniceros de metal reluciente o de cristal tallado... Aquellos cacharros que tenían el sello en papel dorado de tiendas que se llamaban El siglo XX, Bazar de la Unión, El astro rey, ya había algunos de Sepu... Y nos reíamos, nos reíamos, beso va caricia viene, mientras la casita, allá lejos, a la bajada del Cristo, cerca del río, iba poco a poco entonándose, brotaban los cuadritos hechos con reproducciones o grabados de libros, fotos de Estampa, labores de frivolidé, alfombras caseras, barro populares con cardos o avena loca... Una desenvuelta alegría, vaya si lo era. Cuando llegó lo que llegó, aún estábamos lo que se dice pasmados, flotando en nuestro propio ensueño, bobalicones y ausentes... Fuimos los primeros asustados, se lo juro, aquella mañana ardorosa, cuajada de gritos enloquecidos, de algunos tiros al buen tuntún...

No voy a contarle ahora todo lo que ocurrió después, tres años largos, trescientos años largos de desazón, de penas agravadas, de pasajeros entusiasmos. Hubo que hacer mucho, figúrese, el pueblo estaba abandonado de sus dueños y de la mano de Dios. Tiene gracia esa acusación de haber asesinado, todos los del pueblo culpables, a una gente que nunca habíamos visto, vamos, es que ni por el forro. Los dueños de las tierras, de casi todas las tierras, sí señor, vivían aquí, en Madrid, o en otras ciudades, no aportaban por allí nunca, como no fuese a presidir -46- una procesión, o un funeral por el Rey no sé cuántos...

Vaya usted a saber por qué los matarían, y quién. Pero en el pueblo... Allí se pensó en otras cosas: en acudir las mujeres a recoger lo que el campo tenía en sementera, y a cuidar las bestias ya sin hombres que las llevaran y trajeran, y a hacer de albañiles, y a cuidar los niños de las familias destrozadas por el frente o por los bombardeos, y a andar escondiendo por turno al cura, que se lo querían merendar y venían de los otros pueblos a buscarle, algunas veces de muy lejos, hasta que, al fin, pudo andar suelto por el pueblo, y labraba la tierra, repartía el correo y ayudaba a bien morir a algunos vejestorios que iban largándose con esa infinita pena de no ver a los suyos cerca... Y hubo que hacer el censo para el racionamiento, y escribir cartas, muchas cartas a los que estaban movilizados, a ver, ya le he dicho que Chucho era inútil para las armas, y hasta aprendió a poner inyecciones, y le gustaba oír por las noches el parte de la otra zona, en una radio sucia, ronca, que habían retirado unos amigos que se fueron. Cosas, cosas, qué ajeteo, había que hacer cosas, amanecía y oscurecía lo mismo, implacablemente, teníamos que vivir... Quién se atrevería a quedarse con los brazos cruzados, quién, adónde, dígamelo. Pues, entonces... Se nos podía pedir mucho, mucho, pero lo que no se podía exigir a la gente era sensatez, yo lo comprendo, en aquellos momentos era difícilillo, y, además, para qué pretenderlo, si nunca, ningunos, hemos sido sensatos, a la vista está, aquí todo lo que haga falta nos lo creemos, todo, la suerte, la protección divina, la sequía, todo, todo, pero no nos explicamos nunca nada, ay, si hiciésemos siquiera además de explicárnoslo. No, no le voy a repetir lo que fue aquello, usted debe estar harto de saberlo, han sido muchos y muy largos años repitiéndolo, recordándose a todo el mundo, y lo que es peor, recordándose sin matices, incluso con falsía, cuando lo oportuno habría -47- sido hacer lo posible y lo imposible por cicatrizar tan honda herida...

A usted lo que le preocupa ahora es que yo le diga qué ha sido de mi hijo. He vivido solamente para que mi hijo supiera por mí, solamente por mí, sé muy bien que nadie me habría sustituido, por miedo, por cobardía, por necedad, sí, por todo eso junto, para que supiera, le digo, que su padre fue un hombre cabal, honrado y bueno. ¡Ah!, qué larga lucha, señor mío, qué enconada gusanera, abierta porque sí, todas las mañanas, en la cola de la churrería, en la escuela luego, en la iglesia cuando llegó el trance de la primera comunión, en el despacho de las cartillas de abastos, en la radio, que, también era casualidad, siempre hablaba de lo mismo al encenderla... Durante los diez años primeros de su vida, diez, doce, nadie más que yo podía decirle a gritos o bajito, qué más tiene, que su padre, fusilado por tal y por cual, fue un hombre cabal y generoso, ya se lo vengo diciendo. Salíamos a la calle y nos señalaban, y entrábamos en una tienda y, a la vez que nos reclamaban el dinero de antemano, nos miraban con asco, y las mujeres enmudecían o se volvían de espaldas, y siempre lo mismo, aquí y allá, durante tantos años, una quemadura inapagable, una violación secreta y prolongada, deshecha en salados rubores... Y el Jesusín iba creciendo, creciendo dentro de un viento que enceguece, que anula, al borde mismo -¡Dios mío, cuánto, cuánto lo temí!- de que llegara un día de la escuela y, al pedirme la merienda, me dijera que su padre fue un asesino, un incendiario malvado, con toda esa sangre de los discursos parlanchines encima, con todo el oprobio vertido día tras día, revuelto, de pronto, hambre y furia, contra mí misma... Por eso, en cuanto pude, le hice marcharse, lejos, poner la mar por medio, un viaje ancho de varias lunas y, me lo temía, tanto duele el desencanto, sin regreso...

Porque la vuelta, así, sin más ni más, qué sentido tiene. Ha crecido y ha tomado ya sus decisiones más importantes en otro aire, entre otra gente. Tendría, de volver, que empezar por aprender a saludar, familiarizarse con los hábitos, quizá con los nombres de la ropa, de las comidas. Inevitablemente caeríamos de nuevo en aquello cuando viese u oyese lo que se ve y se oye, desde la solapada voz apenas entreabierta, hasta los cartelones de los solares, de las fachadas pintarrajeadas. Cualquiera frasecilla dicha a medias, nada, un relámpago, una media voz, un gesto de ojos o de manos puede despertar, avivándoselos, esos años malos, porque están ahí, emperrados en seguir, en dejar, quieras o no, el ronchón de su paso. Yo sé, ya ve usted hasta dónde le llevan a una las manías, que no entendería, en absoluto, vamos, pondría una mano en la lumbre, no entendería que yo, noche de los Santos adentro, aún deje una mariposa encendida, en la cazuela con aceite, hasta el día siguiente, una, una sola, así, ¿me entiende?, como testimonio... Una lamparilla por Chucho, por su padre, que nunca tuvo un funeral solemne, con público elegante y compungidas gesticulaciones en voz alta al acabar... La miro un poco, la mariposa..., casi no rezo, a ver, no me vienen las palabras a los labios, y sonrío, y me acuesto tranquila, y hasta me duermo enseguidita, hay que ir mañana al trabajo. ¿Tonterías, no verdad? Y cuando me voy, arropada en la niebla de las ocho, y el autobús suele tardar, me alegro mucho por dentro, al saber que allí está bien y sin frío, que a lo mejor, tal día como hoy, si estuviera aquí, se reiría mucho viendo a todas aquellas buenas piezas que no nos saludaban, que torcían el morro al vernos, y a sus hijas, repletas de ringorringos, venga a hacer gimnasia a los gritos de la radio, un-dos-un-dos-un-dos, izquierda-derecha-izquierda-derecha, respire hondo, izquierda-derecha... para ver si se les bajan los humores. A buenas horas mangas verdes, me digo yo. -49- Y el autobús llega y hay que apretujarse, y oigo los comentarios sobre la última película de la tele, y pienso que él habla ya algo así, como en esas películas, y dirá esas palabras extrañas, y está al tanto, a la vez que yo, de lo que pasa por el mundo, y me siento feliz de ir guardando el dinerito que me manda, multiplicando una vez y otra por tanto, y me sale tanto y cuanto, luego llega el verano y nos juntamos un par de meses por ahí, por algún lado, que si Francia, que si Portugal, que si Italia, me envía el cuadernillo de los boletos, todo tan explicado, mire, mire, aquí guardo algunos, los de Italia no pude, me los recogieron en la estación de Barcelona al volver, que me quedé allí un par de días con unos parientes... Y yo me acurruco aquí, contenta, sí, he logrado lo que me proponía, he conseguido que no sepa lo que es el rencor, qué torcedor estéril, por eso no me entero de cómo habla, ni de qué, sólo hago comprobar, satisfecha, que vive, que anda, que sonrío, que los pasados agrosos están, eso, pasados, el corazón limpio y las manos tendidas, y yo creo que la vida no sirve para nada, lo que se dice para nada, si no se logra lo que uno se propone, y, dese cuenta, repare, estamos lejos, separados y contentos, mientras que aquí... Tan cerquita y siempre tristes, malhumorados, encogidos, sólo nos unió la pena, y, así, usted me contará... Se acabaron los días de la feria sin dinero, contemplando todo con una nube turbia delante de los ojos, y espantándonos de todo. Ahora es todo tan distinto... Nadie debe morir sin haber llenado bien bien llena su vida, y la vida puede rebosar con una sola cosa, créame usted. Una sola, y basta y sobra. Ahora, él, allá, repetirá lo de siempre, las primeras anginas, se ha casado el año pasado, o sea, le acabo de perder del todo, el sarampión, se leerá con avaricia los prospectos de las medicinas porque creerá que así se le pone bueno antes el chico, quiere que me vaya yo con él, aunque... ¿Dónde voy a ir que más valga? - 50- Tanta espera, tanta agonía me han agujereado la vida, ya lo creo, tanto verano con sed, tanto invierno sola en la cama, frío, frío y más frío, tanta noche con los ojos abiertos me han dejado sin ganas de ver nada, ya no me queda sitio en la mirada... Yo estoy aquí, siento

que se me pegan las suelas a la tierra, me amordaza un recuerdo, uno nada más, me sostiene una tapia, una pared que no conozco, con viruela de balazos, pero, ¿sabe usted?, se me figura verla tantas veces, acerco tantas veces los dedos a la ilusoria y horrible piquera... Él, allí, quizá hasta intervenga en los asuntos del colegio... Hará sus cosas, claro, y las hará bien, y luego se volverá por las tardecitas a casa, al calor de los suyos, verá la televisión o leerá el periódico, y no le quedará resquicio para el recelo, la oscura rabia contra los que no supieron legarle una patria mejor... ¿Ha pensado usted alguna vez en lo que vale eso, hacer tus cosas y volverte a casa contenta, sin sentir enemigos cerca, esa gruesa, volcada gana de ser buena con todos, de abrazar al que va solo, de notar, sonriendo, que hay cabezas que están pidiendo una mano en la frente, y que tú puedes ponerla y sentirte tú misma aliviada a la vez? Sí, todo puede lograrse, es cuestión de empezar, pero, créame, se lo digo yo, cuesta, cuesta mucho, sobre todo decidirse... ¿Ve cómo no hacía falta alguna decirle el nombre de mi pueblo? Claro, hombre, claro, qué necesidad teníamos de... En fin, Señor, qué le vamos a hacer, yo ya no quepo allí, volver, qué desatino. Estamos ya en noviembre. Ya ni siquiera olerá a leña quemada al anochecer, se ve que no es mi sitio...

-51-

Me gustaba cantar

No sé por qué, pero le juro por lo más sagrado que no puedo cantar ya, qué va, ya ve, yo, que se me escurría la vida cantando, una cosa para cada situación, bien oportuna, que si una zarzuela, que si una canción vieja o un cuplé que yo mismo improvisada... Me levantaba cantando, disfrazando apostaba la voz, gritando a lo burro para despertar a todos los rezagados y poner de mal humor a mi madre, por oírla, «Cállate, pelmazo, ¿No ves que tienen que descansar, que ayer se han acostado tarde?», y yo: Pues por eso mismo, entre risas y bufidos, y reclamos zalameros del desayuno, y ella me perseguía por el pasillo, yo chillaba en la puerta de todas las habitaciones, le tapaba la boca con besos, la despeinaba a manotazos mimosos, fingíamos pelea... Y, al poquito, todos, todos cantábamos juntos, una alocada alegría contagiosa, golpeábamos con la cuchara en la mesa, en los platos, chundachundatachunda, nos contestábamos unos a otros, torpe aleluya ocasional repentizada, tango va flamenco viene, cada cual a lo suyo, esa alegría sin bordes ni frontera, la de la tarea bien hecha, crecientes los frutos en la palma de la mano, Morucha, morucha divina, o Era Simón en el pueblo el único enterrador...

No, no se lo puede usted figurar, se lo aseguro. Por mucho que le hayan contado, le digo que no se lo puede usted figurar ni por asomo. Íbamos de cara a la vida, al porvenir entrevisto, al que soñábamos -52- a solas cada día, y en las sobremesas, y en las charlas con los amigos. Estaba ahí, al alcance de la mano. Y ya ve usted en qué vino a parar todo... Unos murieron, bueno, murieron, es un decir, ya me entiende, nunca en casa, en su cama, ni siquiera en el zaguán, sino vaya usted a saber dónde, en qué curva de qué camino, al amanecer, o a otra luz cualquiera, qué más tiene, ni en qué patio de qué cárcel

improvisada... Y solos, que es lo que más duele, solos, de pronto todo el mundo de acuerdo en la licitud de esas muertes estúpidas... Porque uno debe morir de su muerte, igual que uno ha hecho su vida, y no tienen por qué imponértela en nombre de cualquier arrebatada palabrería... Otros desaparecieron, estarán también muertos, a ver, no hay mal que cien años dure, y, si no se murieron, así, con certificado del forense y todo, estarán como muertos, por ahí, seguramente idiotas de puro susto, escondiendo su inacabable agonía... Y yo, pues ya me ve, no soy lo que se dice un cadáver, respiro, como, mal, muy mal, pero voy comiendo, y hasta voy alguna vez al teatro, y encuentro mi nombre en el casillero del correo y, si me aprieta usted, en la lista electoral, no me diga, también es regodeo, ¿no?, y entro en un cine de continua de esos baratitos, Maciste, Capitán apache, para qué más, y hasta me asomo al mar alguna vez que otra, pienso que allá lejos, en la otra ribera, quizá quede todavía alguna isla no dibujada, rincón de dicha y de sosiego, rodeada de viento y soledades... Pero, créame, estoy muerto, muerto y remuerto, es una pena que no me haga caso esa gran repajolera que todo el mundo teme tanto, pero le digo que la llamo, la llamo y nada... Estará escondida, agazapada, dispuesta a saltar sobre mí cuando yo tenga un instante de gozo, porque, agárrese, lo malo es que aún tengo una sutil, una invisible esperanza de unas horas buenas, dos, tres, cuatro todo lo más, dese cuenta si pido poco... Sí, sí, estoy muerto. Me la encontraré cualquier día, -53- sin aviso, me tiene bien amarrado y por eso no se apresura, ya me apuntó en sus listas hace más de treinta años, lo hizo al quitarme la risa, las ganas del canto, ya ve, me las arrancaron tan fuerte tan fuerte, que aún me está doliendo el tirón...

No, no, en eso se cuela usted de todas todas. Los años de encierro no me pesan. ¿Por qué me van a pesar? ¿Que no me escribía nadie? Bueno, después, al verlos, he comprendido que fue mucho mejor así. Hombre, quite usted allá. Supóngase. Me habrían mandado unas cartitas preciosas, animadoras... «Paciencia, hay muchas amnistías...». «Trabaja, que así lo acortarás...». Quizá me hubieran puesto una tarjeta por Navidades, con un motivo de la vida de Cristo, a ver, son días de fraternidad, de entendimiento, y en ella me habrían deseado Feliz Año Nuevo en varios idiomas... ¿Qué le parece? En el chiquero sobra tiempo para aprender algo con las novelas bilingües y cosas así... También habría estado dentro de lo posible que me hubiesen llevado alguna vez, especialmente al principio y los valientes, algo de tabaco, o cuatro pedazucos de embutido, o la inevitable libra de chocolate... Y ¿qué? Ahora habría tenido que estar dando las gracias, imprescriptibles gracias, y, quizá, para no sentar plaza de descastado o incivil, tener que seguir dándolas a horas fijas: Lunes, miércoles y viernes: de cinco a siete, gratitudes. Tendría que ir de cuando en cuando a sus tertulias, a recordar los malos ratos, repetirlos, desenterrarlos al crepitar de una acogedora lumbre, la radio alta, la radio que machaconea las cotizaciones de Bolsa, la cultura muy a distancia, felicidades que nos rodean y que, no tendré que declamárselo, a mí maldito lo que me dicen... Habrían tenido ellos que descuidar la película de la tele para escucharme durante mi visita, o desentenderse del partido redentor, el gran sostén de nuestro prestigio en el mundo, y escuchar, halagados, una vez más, cuán hondo es mi reconocimiento... «Te estoy en deuda -54- por aquellos pantalones que me mandaste al campo la primavera del cincuenta y tantos, me estaban un poco cantinflas, pero no tenía importancia, me daba mucho postín diciendo dónde los habías gastado tú»... ¿Sabe?, allí dentro eso daba cartel a más no poder, si viera qué chistecitos a su costa... «Me sentaba tan rebién que me llamaban don burgués...». En fin, qué cosas, ¿no verdad, usted? Y seguro seguro que el tal amigo ni se enteraría de mi fervor gratulatorio, porque la selección nacional, el alirón o la quiniela le

tendrían en ese momento sorbida la mollera... No, puede usted estar convencido de que no me pesan esos años, créame, a ver, gritan tanto por aquí al lado, que los echo de menos casi. Me han quedado algunos resabios, hombre, a quién no... Por ejemplo, muchas mañanas, el melón ese fachendoso del quinto, al irse, golpea la puerta del ascensor como un terremoto, talmente un cataclismo, y yo me creo que es otra cosa. Y me siguen molestando, ¡y cómo!, los petardos infantiles, éstos que estallan al atardecer, pim, pam, pim, por puro placer de asustar, de que no se nos olvide, esos niños son unos mandados. Sí, sí, ya lo sé, todo lo que usted quiera, pero aún se me pone carne de gallina, ¡y me entra un sudor!...

Lo que sí siento de veras es lo que han hecho esos años por arrinconarme. No hay manera de entenderse con nadie, a ver, usted me contará, la de vueltas que ha dado todo esto... El corazón me golpeaba, me dolía, eso es, le juro que me dolía, cuando salí, papeleo, buenos consejos, me metí en el tren, y cuando comencé a reconocer los nombres de las estaciones... Eran otra música aquella mañana, los nombres. Reinosa, Aguilar, Frómista, Palencia... Cuatro horas todavía... Valladolid... Empecé a sentir miedo de la gente que subía y bajaba. Me miraban de una manera esquinadilla, y todos clavaban los ojos en el macuto. Yo le echaba la culpa a mi cabeza monda y lironda, a mis botazas malolientes -55- y un sí es no es cuartelera. Recuerdo que en Medina del Campo subió una chiquilla morenucha, de unos dos o tres años, bueno, yo qué sé, tantos años sin fijarme en un niño así, tan de cerca... Me curioseaba mucho aquella cosa menuda que iba y venía entre los asientos, media lengua, risas... Ya estaba yo a punto de volver a reír otra vez, y hasta de cantar, al verla brezar a su muñeca, una pelechona de trapos que traía... Se acercó a enseñármela, toda ufana, y su madre, entonces, de un empujón, la alejó de mí, a la vez que me miraba amenazadora. Le aseguro que ya he tenido muy buen cuidado de no reír, no cantar, no de todo en lo sucesivo, tanto me penetró el hielo de aquella mirada. Me pregunté si no se me notaría en la cara todo, los años duros, el proceso, las acusaciones en serie y sin documentar, la atrocidad entusiasta, las imaginarias de castigo, quizá se me percibían los ratos de desesperación y de afrenta, sí, eso, un sarpullido en la frente, ha acertado usted. Era una chiquilla bonita, la primera cosa pequeña, vivaracha y alegre que yo veía a mi lado en muchos años, fue entre Medina del Campo y Ávila, qué se me va a olvidar, si se me saltaron unos lagrimones como los tachos del rancho... Perdóneme, sólo quiero decir que eran muy grandes, los lagrimones, muy grandes y muy salados, muy salados, ¿sabe?... Ni siquiera me atrevía a recordar, tantas veces como lo había hecho antes, regaladamente, que en Ávila, yo, una vez, cosas de rapaces... Enamorado, jovencillo, ¡cómo se atropella por todo!... En fin, ya se lo imagina, eso, cosas de jóvenes, un hotelito modesto, una noche muy fría, unos brazos calientes, ¡bah!, ya le digo que bobadas de mozuelo, entonces tan importantes... Pues ni me acordé al pasar por allí, lo que son las cosas, después me dio vergüenza, ya ve, si aún la tengo presente, muy presente, esa noche, no hay madrugada arriba que, solo en la cama, no oiga su clamor, me lanzaría a lo oscuro sin vacilar, oigo - 56- que me llama, que me hiere aún, por encima del tiempo y de la pena, esa aguda nostalgia clandestina... Que no me acordé, no, qué le parece...

Pues llegué, sí, tenga usted un poco de paciencia, no me corte el resuello. Iba a mi casa, la casa donde había nacido, ya sabe, en mi tiempo nacían los chicos en casa, jaleo de vecinas, comadronas, los hombres arrinconados y bebiendo en alguna habitación, en la portería, o en la taberna de la esquina, apostando los tintos a chico o chica... Iba a mi casa, eso es, donde había muerto mi madre cuando fui movilizado, enero del 37, cómo nevaba... La casa donde

un pepinazo se llevó a mi padre, junio del 38, y, de paso, a Linda, la perra, y a Currito, el canario que trinaba enloquecido al sol mañanero y admiraba a todos los vecinos con su gorjeo delirante, los vecinos que, ya ve, nos tenían por buena gente, teníamos fama de saber echar una mano sin griterío cuantas veces Dios quería... La portera era nueva, muy redicha ella y con cara de viernes, y se empeñó en decirme una y otra vez, menudo disco, que ella sabía muy bien de dónde venía yo, que a ella no se la daba ningún piernas, por mucho pico que se gastara, y que, la verdad, la casa, aquella casa, era casa de gente muy bien, sin tacha... Allí no se podía decir nada de nadie, estaría bueno. Y mi casa, pues que ya no era mi casa, qué iba a ser, cómo podía pensarse semejante insensatez, mi casa era de otras personas muy dignas, unas gentes estupendas, que, eso sí, habían cuidado muy bien de todo, por algo lo habían pagado cuando echaron a todos los que quedaron por aquello de las responsabilidades y tal, y, a ver, usted me entiende, ¿no?... Total, que las reclamaciones al maestro armero, y a agachar las orejas y a la calle, que ahora es tarde. En fin, que yo estaba de sobra. Estas gentecillas de tres al cuarto, ¿eh?... ¿No le llama a usted la atención que sean peores que el endiosadote que se saca la ley de la manga? Con poner al tonto un taburete, que se -57- suba... Y a mandar más que el Rey. Claro que me marché. ¿Qué iba a hacer, me quiere explicar? No lo sentí mucho, la verdad, todo era diferente, y no me había hecho yo muchas ilusiones. Las tiendas eran otras, no quedaba ni rastro de unos días que ya no sé poner en claro si fueron o no, si son memoria o presentimiento. Todo debió andar manga por hombro, y a río revuelto... Al salir del portal me crucé con la vieja, viejísima Inés, una cocinera de no me acordaba yo qué gente, una viuda de un general o cosa así, que tenía la casa llena de santos, desde luego gente ricachona... Al reconocerme, por poco se muere del soponcio, de los sollozos que se le atragantaban, de tanto como me quería contar, a borbotones, una infinita zozobra que debía tener amordazada y entonces reventó. Mucho hipo, mucho Hijo, cómo has cambiado, y nervios. Si no lo veo no lo creo... Más vale que fuese así y me ahorrarse los detalles la porterona, que intervino para echarme y decir que era un abuso excitar así a una pobre anciana... Dijo «anciana», ya ve qué finolis. Le temblaba el bigote cuando me amenazaba con llamar al ceronoventayuno si no me largaba con viento fresco y aprisita. «Sinvergüenza, no haber escarmentado. Deberían volverles a poner en chirona. Tengo yo un paisano en la Comi que como me lo eche a la cara me va a oír. A quién se le ocurre soltar estas fieras...». Bueno, bueno, que ella me tenía tañado en cuanto me echó los ojos encima, menudo pesquis se gastaba ella... Dígame, ¿qué habría hecho usted? ¿Es que se puede contestar a eso? ¿Cómo puede pervivir tan desmesurada burricie? Al llegar a la esquina, noté que lloviznaba, me senté en un portal, enfrente... Casi me quedé dormido, mirando y mirando a mis viejos balcones. ¿Sabe usted? Desde aquellos balcones yo veía la verbena del barrio, cuando chavalillo, que no nos dejaban dormir, desde aquellos balcones me vigilaban cuando me subía al tranvía, solito, al empezar -58- a ir al Instituto, me tendían allí a tomar el sol en la pierna, que la tuve hecha una lástima con no sé qué porquería sanguinolenta... Ya ve, desde allí, yo he tirado claveles y pétalos de rosa al paso de la Custodia, los días de Corpus. Quizá por eso he estado tantos años a la sombra, usted me contará.

Yo no sé nada de nada, no valgo para nada, no se me ocurre nada. Me cortaron al ras todo intento de arrogancia o de empuje, vaya si supieron hacerlo. Yo era joyero, ¿sabe?, y trabajaba mucho. Pero las clientas han desaparecido, era una parroquia más bien de medio pasar, viudas pensionistas, señoronas de la monarquía, quizá las nuevas damas importantes de la República. Total: viento, viento, mucho viento. Peor que las galernas que oíamos

desde el hotel, cuando los centinelas, calados y ateridos, blasfemaban que era un gusto, y las olas se oían casi debajo del catre. Bueno, le estaba diciendo que yo era joyero. No se puede usted figurar lo que vestía aquello, yo tenía 28, 29 años, y se me daba como las propias rosas el engarzar las perlas en el oro limpito, batir el metal para hacer un aderezo, arreglar las piezas de familia. Casi casi me medio sonrío, percátense, yo tenía renombre en el barrio por eso. Yo creo que muchas chicas pensaban que yo debía ganar en oro, en oro de verdad, en diamantes, y se extrañaban de que no tuviera auto, trajes, querida, perros lujosos, y no la pobre Linda, una podenquejuela cruzada, o un chalé en Cercedilla, les pasmaba que no me fuera a París a disfrutar la Noche Vieja... Tuve fama de honrado, claro, manipular y manipular con el oro y ser así... Honrado, entre nosotros, quiere decir imbécil, imbécil del todo. Ser honrado está mal visto. En eso no hemos cambiado apenas en estos largos años, ea, genio y figura... Ande, para que vea, ahí tiene usted otro refrán, tan rotundo que no está mal decirlo en posición de ¡firmes! Quizá ahora yo lo -59- note más, debe ser que, con tantos años de encierro, y de encierro por malo, acabé por hacerme a la idea de que, afuera, todo era bueno, bueno. Sí, sí, cómo no, morena... Sí, le digo y le repito que está pero que muy mal visto ser honrado. Hay que pasar por vivo, poner la familia en escaparate, venga pieles, trapos, joyas, pirotecnia, aunque luego rebuzne, y saber darse importancia, mucha importancia. Y engañar al amigo y al enemigo. Cómo voy a hablar yo de nada, si al toparme con algún viejo camarada, de los que andan por ahí muy empinadillos ellos, alguno que, por ejercer la caridad, me lleva en su coche un ratito, hasta Las Rozas o hasta Aranjuez, o a donde no me conozca nadie, y se cree el muy hijo de su madre que no me doy cuenta, me dice de buenas a primeras: «Cuando yo estuve la última vez en Roma...». «Una vez en Soho, yo...». «Ah, yo, la sensación increíble de Venecia...». Oiga, habla con mayúsculas. Y yo, como no he estado en esos sitios... Estos años, ellos se han aprovechado bien, vamos que si se han aprovechado, y yo, en fin, ya se lo vengo contando, no me haga repetírselo... A veces, ¿sabe?, a veces me rezuma una tristeza, una pesadumbre, un asco... Un infierno de amargores. Roma, Londres, Venecia... Ni siquiera en... Bueno, si no había malas noticias de la calle, y si se tenía algún enchufillo con los vampiros, que hay algunos buenos, créame, no todos son tan fieros como los pintan, nos dejaban ir, en escrupuloso turno, con la camioneta que salía a buscar el suministro, o a llevar a algún casi fiambre al hospital, que ya se sabía que no volvería más... Que espichaba, hombre, que espichaba, también con usted. Pues en esos casos... Era un ratito de nada, por la mañana, una ilusoria brisa, suave, palabra de consuelo apenas pronunciada, de ésas que acarician la memoria desde antes de decirse. Ya adivina usted dónde se largaba la gente, si es que tenían algunas perras, a ver, a pesar del encierro -60- y la quietud y la avitaminosis y todas esas garambainas, el cuerpo sigue pidiendo lo que es del cuerpo, si estaremos mal hechos, dígame... También comprábamos periódicos y revistas, al final ya nos las regalaba el hombre del quiosco, y postales. Postales para mirarlas a escondidas, y soñar, que cuesta poco. No, no tengo nada de qué hablar, ya se lo vengo repitiendo. Así que chitón y a esperar.

¿Que si no he encontrado nadie de antes? No, de mi familia, nadie. Está tan dispersa la que queda, tan rota... No nos reconoceríamos y, además, quizá al encontrarnos nos vencerían los prejuicios, somos así de bestias, que sí, hombre, que sí, y no sabríamos disculpar lo que haya podido acaecer, que, desde luego, habrá sido mucho y poco bueno, figúrese. Y para qué insistir en contarle a usted mi pésima estrella. Hombre, ¿sabe que a ver si se remediaba algo me compré un librejito de astrología? Me parecía que estaría... que estaría... vamos,

vamos, protegido. Mire, lo llevo aquí, déjeme, está muy sobado y no va a encontrar usted nada. A ver, yo soy Acuario y aquí dice... dice... ¿Qué es hoy? ¿Uno de febrero? A ver, no me quite la luz. Dice: Ojito con la gente de Leo y con la de Escorpión. ¡Qué casualidad! Hoy será para mí un día feliz con todo el mundo. No volverá a producirse esa coyuntura hasta dentro de 150 años. Hay una página con ciertas advertencias de cautela, pero después de esto será mejor que no la leamos siquiera. Es un buen día. Aunque... Un día que me predijo también algo pasable o aún mejor, me atreví a buscar a doña Julia, la hermana del párroco de nuestro barrio, que nos quería mucho, yo me había enterado que vivía con una sobrina en la Dehesa de la Villa... Anda, que no tuve que andar ni nada para llegar hasta allí, todo trabucado, todo atestado de casas enormes, de autobuses, de humo, de barullo... Todo ese pitote me marea, me produce un zumbido de oídos atroz, me he hecho a las largas horas calladas, ¿me comprende? -61- Allí dentro, sucio redil y todo, se trasoía el quejido de la tarde rayada de vencejos, el tumultuoso vocerío de un suspiro entrecortado, ¿se percata?... Le decía que yo iba contentísimo en busca de la vieja doña Julia, no habría allí porteras con paisanos de uniforme y pistola, yo sabía que me reconocería, que podríamos charlar, estaba seguro de que recordaría enseguidita mi manía de cantar a todas horas, ella me escuchaba muchas veces detrás de la ventana entreabierta, y me decía bobadas, me gastaba bromas con las letras, tenía que traducirle aquello de Decime, percanta, por qué te amuraste... y sospechaba que eran contraseñas para las chicas de la vecindad... Y, ya ve usted, cuando llegué a aquella casa, un barrio popular, de los míos, ropas al sol, música en alta voz, niños tirando tierra al alto, doña Julia estaba sentada en la puerta, junto a un farol, en una sillita baja, al sol de la tarde inverniza, tan quieta, dorada, rebosante... Doña Julia está ciega, sorda, babosa, sí, eso, una cosa cerebral, no, no le ponga nombre, para qué, caramba con el librito, ¡si llega a equivocarse! Me volví andando despacito, me dolía la tarde desangrandose, y canturreé para mis adentros algo de entonces, Las pruebas de la infamia las traigo en la maleta, canturreé, sí, por si, Dios por medio, se le acerca mi voz por algún atajo que yo no conozco. Tiene que existir, dígame que sí, que existe, el atajo. Ahora déjeme, por favor, ahueque, me escuecen mucho los ojos, ¿sabe?, es el humo, la polución esa de mierda, quizá ahora me doy cuenta de que no sé qué voy a hacer mañana...

-62-

La ramitas

Sí, ya ve usted, me llaman de muchas maneras, sobre todo la Ramitas, Niña Ramitas arriba, Niña Ramitas abajo, es lo que tiene esta gente de mi tierra, siempre pendiente de los demás, y nunca atinando en lo que dicen, purititos disparates. Cuidado que se han atizado hambres, y fríos, y enfermedades de órdago, y revoluciones, y, nada, siempre van a caer sobre el vecino, afilándose las uñas, dispuestos a no disculpar, a no entender. Buenos, buenos son ellos. Bestias, le digo que lo son un rato largo. Cuando se dan, como se dan, esos tipejos incapaces de rumiar el olvido, la ausencia... Le aseguro que nada marcha en esos casos, qué va a marchar. Aquí me tiene usted, para qué ir por ahí fuera a buscar otro ejemplo, no voy a caer en lo que estoy censurando, no. Yo, yo misma le puedo servir: sola, completamente sola, ya sin una lágrima siquiera, consumida, agobiada, aburrida de continuo, y, sin

embargo, reincidiendo cada lunes y cada martes, bueno, esto es un decir, la verdad es que no se me va de la cabeza, qué se me va a ir, constantemente ahogándome en la misma manía, allí, donde una acacia vulgarota se obstina, feliz ella, en florecer todos los mayos...

Pues, sí, ya ve usted, ahora que estoy hecha más bien un vejestorio que otra cosa, y ahora que parece que por fas o por nefas se ponen otra vez las cosas de mal cariz, se lo voy a contar. Lo voy -63- a contar por vez primera. No, no lo he comentado nunca, y ha sido, créame, por no malgastar el recuerdo, el asombro, fue tan repentino todo... Además, ¿qué le importaba a nadie? Usted no me conoce de nada, no trabaja donde yo, no me va a ver nunca medio lela, súbitamente lejana, caída la cabeza sobre la máquina de escribir, allí, en la oficina... ¡Me pasa tantas veces...! Por eso, porque estamos muy apartados, le puedo hablar de lo más escondido y doloroso que tengo. En mi oficina... El jefe, un bonachón que hace quinielas, es del Atlético y es feliz dejando a la mujer que se largue con quien quiera los fines de semana, mientras él va al cementerio, a poner unas florecillas en la tumba de una cuñada, que no le quiero contar las juerguecitas que se zampan en el negociado con las florecitas... La cuñada, sí, la planchó un autobús de esos grandotes, un oruga, en el cruce de... Bueno, qué más da. Por lo menos, vino en los periódicos, percátese, es muy duro eso de no volver a casa... Y si encima le tenía ley... Sé que regresa del cementerio andando, arrastrando los pies, dejando que anochezca gota a gota, oyendo su transistor bajito, tararea a trompicones las tonadas de Camilo Sesto, de Serrat, de Massiel, lo que salga, todo lo sigue silbandillo, luego se mete en el cine de su barrio, un local pequeño, suciote, de continua, le gustan las películas de Alfredo Landa, y las del Oeste, se va a la cama sin cenar, sin preguntar siquiera si ha vuelto la mujer... Si yo le contara esas triquiñuelas de mi jefe, pobrecillo... Es la única persona que no se pasma de que yo me quede, de pronto, embebida, sonriente, con sol o con lluvia, qué más tiene... Y él me sonrío también, silenciosamente. Y no me ha preguntado nunca nada. Por eso, al contárselo a usted, mi único temor es que él se entere, que usted se vaya de la lengua y... Porque ahora todo es perfecto. Pero si lo supiera... No quiero lástimas concretas, pésames, gestos amables y caritativos. Sería echarlo todo a -64- perder, vestir de luto esa complicidad cariñosa, que se convertiría, no lo dude, en una punzada amarga, bien dirigida al más seguro daño... No pierda de vista que es el único humano con quien hablo, siquiera sea unos formularios saludos. Es más valiosa su comprensión difusa, estoy segura. Y yo ya no podría agradecerle tan de veras su mudez, su simulada despreocupación...

Se lo voy a contar, sí, hombre, sí, veo que está usted intrigadillo. Y no es para tanto. Lo más seguro es que haya muchas historias como la mía, o parecidas. Usted supóngase, tan rápido todo, tan anodino. Un matrimonio joven, quizá empezábamos a impacientarnos un poquillo, a ver, los hijos no llegaban... Y hacía cuatro años que nos habíamos casado, le juro que me daba reparo estar en un círculo de amigas, todas tenían niños chicos y discutían, con una seriedad que tenía sus ribetes de ridícula, sobre el peso, las marcas de la leche, los chupetes, los bragueros, los jerseys, los primeros dientes... Una lluvia de felicidades. Y yo allí, seca, como manantial agostado en el verano, pisoteado polvo, una desazón que escocía en los ojos y en el corazón, torcedor de una nostalgia no cumplida, la de padrear, aviejar y ennietecerse... Sufrí mucho por eso, ya ve usted, y luego fue mi mayor consuelo, no haber tenido el hijo anhelado, que, no vea, médicos, santos milagreros, curanderos, bebidas portentosas, echadoras de cartas... Y nada. No hubo chico, y menos mal, ya lo creo... Todo vino aquella tarde de abril, abril del treinta y ocho. Habíamos

comido lo poco que había, ¿sabe?, aquellas judías náufragas en aguachirle, complicadas además con otras cosas, que le habían echado de su trabajo por aquello de la política... No me diga, eso de las razones políticas, ¿no le parece bastante divertido, y eso que todavía hoy se chillotea por tres cuartos de lo mismo, y, ande, que no ha llovido ni nada que digamos, ni...? Es que no tenemos remedio, cómo -65- se lo contaré. Malos, malos, que somos malos y ya está. Sí, sí, ya vuelvo a mi camino. Hacía una tarde tranquila, desparramada, andábamos Recoletos adelante, hacia Colón, ya se da usted cuenta. Íbamos despacito, charlando, pasaba muy poca gente, y ésa aprisita y preocupada, entristecida, algún coche con soldados, un hálito de primavera en el aire, un aliento que hacía estornudar, sonreír bobamente, alzar la cabeza y buscar por el cielo impasible algo, algo, no sé, algo... ¡Anda, pues sí que es raro! ¿Usted no ha buscado nunca nada en el cielo? Pues yo, ahí tiene usted lo que son las cosas, lo he hecho hasta en la pared, en cualquier punto donde pueda apoyarse la mirada... Yo creo que es solamente la necesidad de ese algo, de no sentirnos tan solos lo que... Bueno, déjeme usted hablar. Ya que me he decidido... No, no se preocupe, ya no me entran llantinas, para qué. Pues sí que les he sacado mucho de provecho. Le decía que íbamos ya por donde está el monumento a Pepita Jiménez, bueno, eso, a Valera, también usted, qué más dará. Quizá Quique se puso, como siempre, algo pelmazo, insistía, insistía una y otra vez, venga y dale, en lo que se sabía él, todos se lo echaban en cara, yo misma se lo advertí varias veces: «Quique, siempre sales con lo mismo. Parece que no supieras otra cosa. Que si ya no se puede rehacer el bosque boreal, de lo estropeado que está el suelo. Que si los gobiernos no dan una en el clavo, éste hace los puentes muy pequeños, el otro no cesa de fabricar planes de estudios...». Pues con Juan Valera le pasaba igual: «Esa bobalicona de Pepita Jiménez, que tras muchos jipíos y muchos lagrimeos, se echa polvos de arroz y tan campante, tan rebonita... Venga, hombre, venga ya. Eso es una guarrería, y no se lo cree ni ella. Eso de los polvos sobre el lloriqueo es una guarrería, hombre que si lo es, a ver, Valera, diplomático él, finolis él, muy hombre de mundo él... Ese buen señor no sabía lo que se pescaba. -66- Pepita Jiménez es un ladrillo». Tantas veces me lo dijo que... En fin, eran las cuatro de la tarde, y ese palpito tibio... Quién lo iba a pensar. Tan súbitas las explosiones, tiraron a barullo, celebraban así el enemigo catorce de abril, empápese, la patria tiene sus exigencias. También es chocante, hombre, que las conmemoraciones patrias tengan que ir siempre escoltadas de cadáveres, ¿no verdad, usted? Cuanto más históricas, más muertos, está visto. En fin, esta vez, ni siquiera oímos el silbido, allí, en medio de la acera, a unos metros de nosotros. Debió ser un casco de metralla, en la cabeza. Un charco rojo y sucio, una rama quebrantada a los pies, un par de milicianos tapando el cuerpo con una manta y apartándome de allí, blandamente, amorosamente, sin decir una palabra, también asustados ellos, lo hacían con el aire curtido de recoger frutos maduros y caídos, una costumbre familiar, inaplazable y reiterada...

Ahora, ya puede usted ir rellenando el calendario desde entonces como le dé la realísima gana. Todo me sale por una friolera. Yo no sé más que una sola cosa: allí, en el muñón de la rama rota, a los pocos días, había unas hojitas nuevas. Tímidas, debiluchas, de un verde aprendiz. Parecían estremecerse boquiabiertas al llegar yo, por vez primera, mediado mayo, que hasta ese día no me atreví a cruzar la calle. Me quedaba en la esquina de Génova, o en la de Jorge Juan, seguía por la acera de las casas de Recoletos, pero no me entregaba a aquel remolino de viento negro que me sorbía, me sorbía, arrastrándome hacia el sitio concreto... Ya ve usted, y luego he pisado ese sitio, justito donde estuvo su espalda apoyada en el postrer reposo, su sangre calurosa tan vertida, su voz enmudecida, pisoteada. Me he

parado, fingiendo un súbito descanso, sobre la silueta de su cuerpo, que nadie veía, y, allí, tiesa, he contado, por ocupar en algo el pensamiento y la congoja, los coches que pasaban, primero todos, -67- hasta perderme en la cuenta; luego, los de determinado color, y me volvía a perder en la cuenta, y después los de una marca, y los que llevaban gente, y los que pasaban medio vacíos... Esperaba que algo o alguien se levantara del suelo, llevándome consigo, terminar, comentario inocente, un paseo comenzado, unos pasos que se quedaron en flecha desmochada. Era como estar con él en la cama, créame, sentir su calor, su peso, su respirar entrecortado, la zozobra de las caricias sorprendidas cuando novios... Allí, dese cuenta, con tanta gente... Es para reírse, ¿no le parece? Yo creo que nadie nadie ha barruntado ni pío de esta chochera, nadie, excepto la ramita nueva, cómo la he vigilado hora tras hora, ya está muy grandota, la han podado varias veces, pero sigue, cuando quiera vamos juntos y yo se la enseño, ya verá cómo la menea el aire cuando llego y la noche comienza a levantarse...

¿Sabía usted que me llaman en la oficina la Ramitas? Ah, sí, ya se lo he dicho hace una pizca. Si serán tontos. Claro, sí, ha acertado usted, es por eso. Yo estoy pendiente de esa rama... Bueno, de ésa, no, que ya no la alcanzo... Ella ha crecido, se ha hecho fortachona, y yo, en cambio, voy para abajo, mi espalda se inclina, pronto, si Dios no lo para, estaré petudona a base de bien... No me importa un pito. En absoluto, hombre, a ver, usted me dirá. En el fondo, el ir inclinándonos no es más que la llamada de la tierra, de la última postura. Eso todo el mundo lo repite, y cuando el río suena... Sí, le decía que he cuidado de esa rama a diario, con el mimo derramado sobre el hijo que no tuve. He dado enormes rodeos para pasar por allí, me he acercado al árbol de día y de noche, en cuanto se oían de manera diferente los gritos de los niños, febrero arriba, o en cuanto aparecían los primeros grupos de excursionistas domingueros en la calle, Asturias, patria querida a todo chillar; me he dejado caer por allí, como quien no quiere la cosa, -68- las mañanas de escarcha o de niebla... He escuchado miles de días el parte meteorológico temblando por un hielo tardío. Y he devorado las informaciones y las quejas de todo el mundo, en Ya, en ABC, en las revistas esas de los grandes y los tontilanes, las quejas, digo, por las talas estúpidas que el Ayuntamiento ha perpetrado. He coleccionado los folletos de la República sobre la Fiesta del Árbol, con poemas, fotos, explicaciones sobre la erosión y las plagas, la humedad, los injertos. He comprado en la Cuesta de Moyano muchos, muchísimos librecitos sobre plantas, jardines, clasificaciones vegetales... Año tras año, la acacia verdecía, cavaba su hueco entre el ruido y el humo, parecía aguardar mi visita... He apretado a correr, Génova adentro, más de una vez, cuando he visto que la yema estaba allí, crecía, se iba abriendo, boba de mí, figúrese, quién iba a creer que una tarde como aquella pudiera repetirse...

Ahora se explica usted lo de la Ramitas, la Niña Ramitas, venga y dale con la Ramitas. Yo iba llevando, poco a poco y mientras podía, ramitas nuevas a la oficina, nadie podía sospechar por qué. Las grandes secretarías tienen flores caras, lujosonas, de ésas que vienen engañosas con alambre y papel celofán, y lazos vistosos, descomunales mentiras... Yo llevaba algo muy diferente. Sobre mi mesa yo colocaba algo muy modesto, pobretón, sin brillo ni apellidos, incluso alguna vez no estaba sola la hoja, sino que llevaba unas diminutas lanzas, que herían, vaya si herían... Nadie adivinaba detrás de las dichosas hojuelas el ansia de vivir, de perpetuar aquella tarde lenta, de rosa y de perfume, una esperanza desenvuelta por la brisa. La sigo teniendo, esa esperanza. No, no puedo odiar a nadie. Qué iba a adelantar con eso. Tiraron allí a ciegas, allí y sobre toda la ciudad, pasaría

algo peor en otra esquina, en otro patio, vaya usted a saber dónde... No podían entrever que yo andaba por allí... ¿Por qué -69- les voy a odiar? ¿Ellos sí...? Sí, es verdad, algo se nota cuando se leen los periódicos, pero no me lo acabo de creer. Son palabras repetidas, desvaríos... Para ellos, esas palabras son como las hojitas nuevas para mí, un emblema, ilusión polvorienta, algo que, sí, es, pero que no es. Y si no les pasa eso, si no han logrado olvidar hasta el olvido mismo, es que son un atajo de... Bueno, de eso, déjelos. Con su pan se lo coman. Yo también he demostrado mi tontera más de una vez. Vaya, de muestra sobra con un botón. No se ría, pero yo le escribí al alcalde una larga carta, que no contestó. Ha habido gentes que han pedido retiros, sueldos, rehabilitaciones, jubilación, vivienda... Yo le escribí al alcalde cuando estaban haciendo la estación de Recoletos. El tren del Tubo de la Risa, ¿se acuerda? ¿Que por qué le escribí? Para pedirle por mi árbol. Habían puesto una tapia allí, para hacer la boca de una entrada nueva al subterráneo. Y encarcelaron el arbolito mío, que es mío y muy mío, dentro de la cerca. Pasé dos años largos temiendo por su vida, emocionándome al pasar, respirando con él la tufarrina del alquitrán de la hoguera... Aún recuerdo la cara de bobo que puso el tío de la obra cuando le pedí, un día, una ramita de aquellas, tan cobardes, y, al dármele, la besé... Se atornilló la frente con el dedo, lo sé, lo vi sin volverme, pero...

Ahora, ya salvado el árbol, sigue creciendo. A veces, subo despacito la escalera de la entrada nueva, la que lleva a la estación, entran y salen gentes de domingo, me rezago a la espera de que no quede nadie en la subida y, entonces, el árbol se me recorta allí fuera, bien colocado, enhiesto, pomposo y escuchándome, ha pasado el tiempo, sí, pero, mire, estoy segura, ya se está acabando febrero, ya hay tardes íntimas, acogedoras, el viento se pone pejiquera con las sienes, con la garganta, y, pronto, muy pronto, volverán a estallar los botones. Solamente la silueta, la sombra del suelo ya no está allí. Al -70- hacer el acceso nuevo se la llevaron, ya ve, ni siquiera eso me han dejado, tan poquito que yo les molestaba, ¿no verdad? Pues, sí, se la han llevado, seguramente en un camión con escombros, y, ahora, usted me dirá, qué voy a hacer yo, dónde iré a buscarla, cómo, cuándo, con quién... Ande, deme usted fuego, por favor, el humo ayuda, tapa, disimula... Quique siempre decía eso, o algo parecido. Gracias, muchas gracias. Es usted muy amable. Sí, es duro, ya se lo dije antes, eso de no volver a casa...

-71-

Un solo deseo

Sólo deseo jubilarme. Es cosa que la gente no atina a entender, no sé si por amor al trabajo o por figurar, porque la vean entrar todos los días lo más terne posible en el mismo sitio, una oficina, un comercio, en fin, ya sabe usted, el lugar donde va para no aburrirse del todo y plantificarse un carguito en la tarjeta de visita. La gente piensa, es un decir, que gano un buen sueldazo sin dar golpe, a ver, es lo que se lleva ahora, y, bueno, para qué le voy a decir más. Río de cuando en cuando o, si usted quiere, siempre que puedo, y cultivo la broma, dicen que tengo buen humor, en cuanto entro en un sitio están esperando mis salidas, y, en fin, que así va todo. Me llevan el apunte a base de bien, ya lo creo, no pierden

ripio. Que si hago tal o cual viaje, que si me compro tal o cual cosa, que si hago esto o lo otro o si voy o dejo de ir a tal y tal y tal... Puñeterías y armas al hombro. Sin embargo, nadie quiere ver el cansancio, la desgana, la incapacidad para fundar una vida diferente. Me he anegado en una ilusión vana que he alimentado durante muchos años, creyéndome, si será uno bobaina, que al día siguiente, al mes próximo, ¿eh?... Usted me entiende. Y llegaba el mes próximo, y le sucedía otro, y luego otro, y pasaban los años, y los años, y fue llegando la artrosis, y la vista caduca, y se fueron perdiendo las voces compañeras, y ya no podía aceptar bien lo que a mi alrededor iba cambiando: -72- Trenes nuevos, casas de muchos pisos, visitantes ilustres con calles enguinaldadas, inauguraciones, centenarios... La vida, me decían, la vida, que se pasa sin sentir... Tanto lo dicen, y con tan mema cara de circunstancias, que he llegado a creérmelo. Me miraba las manos, y veía escurrírseme entre los dedos el grito, la esperanza, la fe en el quehacer cotidiano. Sí, que me dejen jubilarme, no quiero ya otra cosa a mis años, ni condecoraciones, ni citas aquí o allá, sino tenderme, tenderme al sol o al aire, qué más tiene, y esperar ese día, ya se supone usted cuál. A ver si usted, que parece hombre importante, bien relacionado, seguramente conoce a los ministros, logra que ablanden las rigideces administrativas, para que yo pueda largarme a un pueblecito y ensayar la postura para aguardar a... Bueno, usted conocerá el texto: La que no faltará a la cita. ¡Necesitaré tan poco!... Un pueblecito, eso sí, callado, sin turistas, sin motos, sin transistores, sin gobernador civil, sin obispo, pero calentito, con calles blancas, olorosas a distancias y a sal, un pueblecito junto al mar, por el que pasarán las aves migratorias, puntuales, hacia el sur, en escuadrón, a mediados de setiembre, cuando quizá huelga a mosto en las plazuelas... Bueno, lleva usted razón, perdóneme, les dejaremos que tiren algún cohete en las ferias del verano, de alguna manera se tendrá que notar que aún estaremos en España... Perdóneme, es que ese pueblo, ya lo tengo pensado cuál, me he acostumbrado a curiosear las fotos, y, claro, así, el ruido... ¿Se da cuenta?

Lo malo es si también luego, ya en ese pueblo, se me plantean las mismas peguitas que hasta ahora me han venido acosando. Figúrese, acostumbrado a verme en un eterno reparto, tanto para éstos, tanto para aquéllos, tanto para los de más allá. Yo era un profesorcillo de nada, de éstos que no valen un pimiento por más que protesten, acababa de salir de la Universidad, me encontré de buenas a primeras -73- con aquello que dieron en llamar cursillos: se trataba de emplearnos, ya ve, brotaban por todas partes las escuelas, los institutos... Los saqué, los cursillos, porque aquellas gentes no pedían otra cosa que lectura, mucha lectura, venga lecturas. Es discutible, sí, hay tipos para todo, pero, digo yo, siempre será mejor saberse el Quijote a base de bien que pontificar sobre los días que ayunaba Cervantes, o le dolían las muelas, o si fue o dejó de ir a comprar amuletos a la romería de San Antolín de Teixido, ¿no cree? ¿Sí...? Pues, amigo mío, no lo diga muy alto por ahí, que puede resultar subversivo, si lo sabré yo. Total, que después de la que se armó, y eso que ya entonces yo fui inútil para las armas, a ver, cegato siempre, desde mi niñez he paseado unos ojos tiernos que para qué... Que me pusieron de patitas en la calle. Me limpiaron el pesebre dando razones tan serias que me las tuve que tragar, uno ha sido siempre así de bobaina, ya se lo he dicho... Me tocó esperar, esperar, largamente esperar y acarrear papeles, desde el certificado de bautismo hasta el de no barbotar malas palabras... Quite usted, hombre, quite usted, qué papeleo ridículo, una hinchazón de sellos, de pólizas, de avales, de gestos compasivos, y, en el fondo, un tremendo rencor... Una lástima, señor mío, y todo, todo, se lo puedo jurar por mis muertos, lo hice cantando, sonriendo, convencido de que, al final,

estaría la vida, abierta, encendida, generosa, un terco estreno por costumbre, inacabable sorpresa de alegría, a ver, dígame de qué otra manera podría ser la vida, usted me contará...

Hubo que buscarse los garbanzos como fuera. Todo lo que había sido mi trabajo se quedó encerrado en un ancho paréntesis amargo, figúrese, había sido fruto de una idea republicana, necesitaba, a ver dónde estaba el guapo que lo discutía, un riguroso lazareto. Me puse a trabajar. Me da risa cuando me acuerdo: me coloqué de listero en una -74- obra. Madrugaba mucho, que estaba lejos, y tenía que llegar el primero allí, por los altos de Fuencarral. ¿Se acuerda usted de cómo eran aquellos tranvías cojitrancos de la paz? Pues, ¿y las camionetas?... Allí me tiene usted. Me había colocado, claro, por una recomendación que me dio el señor Vicente, un carnicero que tenía su despacho en mi casa, un buen vivales que no dejó nunca vacía su tienda, vaya usted a saber qué vendería. El Sr. Vicente estaba casado, casado o lo que fuera, con una chica de Valdeperales, amiga de una señora prima de la viuda de un general, antiguo compañero de tertulia en el Círculo de un funcionario del Ayuntamiento, que, a su vez, era pariente de... Sí, claro, por ahí venía la recomendación, pero déjeme acabar... ¿Que no lo entiende? Caramba, pues hágame el favor de aclararse: por ese sistema se explica todo aquí, desde los puestos en la cola del autobús hasta los entierros... Bueno, oiga, usted me está resultando algo así, algo... Un poco fuguillas, qué bárbaro, qué genio... Continúo: Sí, yo trabajaba y llenaba mi cometido como Dios me daba a entender, no era tan difícil, no se recele que me vaya ahora a dar importancia, no. Entonces comencé a darme cuenta de que no hay en este mundo otra cosa que odio desenvuelto, unos a otros se odiaban o nos odiábamos, altos a bajos y al contrario, los empleados se pasaban las horas muertas jurando, blasfemando, deseándose el reventón a sí mismos y a los jefes, aludiendo a cada dos por tres a la vuelta de la tortilla y frotándose las manos ante la sola idea de aniquilarse cuidadosamente... Una bendición de Dios, vamos. Eso sí, de vez en cuando, los jefazos, rumbosos ellos, arreaban un tabaquillo extraordinario, mataquintos apollados, seguido de unos cuantos discursos solemnísimos, repletos de batallas victoriosas, insultos y buenas intenciones, y, como fin de fiesta, un concierto de la orquesta nacional. La gente escuchaba toda aquella fanfarria pensando -75- seguramente en el inmenso acíbar que llevaban dentro, sin acabarlo de tragar, dentro y a cuestras y de la mano, de todas las maneras imaginables, pena, mucha pena y mucha hambre y más afrenta, y diciendo, por lo bajines, algo que no puedo repetir... Usted se lo imagina. Si se lo digo, lo más seguro es que usted lo escriba igualito, achuchado por la juerga y la frescura, y, luego, al imprimirlo... Se lo tachan, hombre, se lo tachan, si lo sabré yo. Entre nosotros sólo se pone en letras de molde la lengua más almidonada posible...

Sí, claro, ascendí. Figúrese, un universitario, de los de antes, ¿eh?, de antes, tengamos la fiesta en paz... Yo no sabía ni torta de aquello, pero escribía sin mayores faltas de ortografía y hablaba pasablemente, así que, frente a toda aquella recua de palurdos que ocupó la ciudad, aureolados de propina con heroísmos, que si el Ebro, que si Talavera, que si Bilbao... Recórcholis, qué Napoleones. Bueno, también con usted, a ver si se imagina su señoría que yo no sé que recórcholis es una cursilería que enciende el pelo, hombre, hasta ahí podíamos llegar, pero, la verdad, recórcholis lo puede usted escribir sin miedo a la censura, ¿no?... Pues entonces... Venga, venga, póngalo... Le estaba diciendo que tuve que destacarme a la fuerza, a ver, mis condiciones. Además no le he dicho que yo era un rapaz muy simpático, cosa que también vale. Mi error estuvo en emperrarme en volver a mi carrera de profesorcillo modoso, que allí, donde estaba, yo habría hecho monises, se lo

aseguro, y no estaría ahora piando por el pueblecito ese de que le hablé. Comenzaban entonces las inmobiliarias, a ver, había que ir remendando lo que sus heroísmos habían tumbado, y había que hacer estraperlo a todo trapo para ir tirando. Y se hacía, vamos que si se hacía. Y se iba cebando la faltriquera. Aún hay muchos que no han dejado de hacerlo, a la vista está. Es lo que tiene de malo el dejarse llevar de la costumbre, luego -76- no sabe uno cómo escabullirse de la rutina, ¿no verdad, usted?

Decidí volver a lo mío, una metedura de pata, ya le digo, ay, si mi alma lo sabe. La primera vez que me fue posible intentarlo, me tropecé con que no pude acarrear los papeluchos suficientes, los avales, los certificados de limpieza de sangre y de lo otro, los de mil enfermedades del cuerpo y del bolsillo, y blablabla... Una letanía de humillaciones y papel timbrado y de colas interminables. Comencé a sentirme por dentro cohibido, desconfiaba de cualquier iniciativa que se me ocurriese, podía ser perjudicial para todos, a ver, un pobre hombre, yo, tan en entredicho, estigmatizado por una casual jugarreta del azar geográfico... Que me tocó, vamos, que me tocó... Llegaba uno a considerar normal que en la cola del cine, un cine de barrio, pidieran un salvoconducto para entrar, un certificado de depuración favorable con todos los carismas. Cuando a la segunda intentona pude competir, tampoco fue libremente, había que respetar unos turnos establecidos escrupulosamente. Yo estaba en el último apartado, el de los chinchorreros huérfanos de gloria o de martirio. Éramos el rebús, el revesino del gato, el postrer bichejo en la fila de la procesionaria, ¿se percata? Nada, nada, ni honor terreno ni aureola celestial. Encadenados a la miseria, qué me va usted a contar, allí estábamos, alicaídos, sentaditos en el borde de la silla o de la escalera, esperando a ver si sobraba algo de la universal rebatiña. Talmente gozquecillos al olor de un hueso. No habría tenido importancia mayor, lo malo es que el hueso era la convivencia, el derecho a reír, a cantar, a proclamar el gozo implacable de despertar por las mañanas, de acostarse sin frustraciones, en fin, perdóneme, a veces, ¿sabe?, a veces me irrito y... ¿Ha notado usted cuántas veces le he pedido ya perdón en este ratito de charla? Natural, si es lo único que se nos permitía... Perdón por respirar, perdón por -77- mirar al cielo, por cruzar una calle, no me diga, hay que jo... eso. Pasan cosas que no sé... Bueno, ya después de tanto tiempo, qué más dará. Aprobé, recité de memorieta no sé cuántas vulgaridades, y salí entre los últimos, toma, a ver, y a darse con un canto en los dientes y a procurar pasar disimuladito en el obligado rincón. Y fui a parar a uno de esos poblachones de nuestra tierra, desmantelados por la inquina y las trampas, todo el pueblo con un infinito pasmo a cuestras, rodeado de luto, receloso de cuanto llegaba de fuera... ¿Sí, eh? Póngase usted ahí, así, en esas circunstancias a hablar de poemitas, ande, ande, a ver qué tal se le da. Le digo que hace uno cada disparate... Constantemente andábamos de fiesta. Todo se volvía un perenne aniversario, leche, cuánta historia morrocotuda, que si la redención de esto y de lo otro, que si el recuerdo de los muertos de la feligresía tal o cual, o en la conquista de América, o la fundación de una Universidad en un suburbio de Cempoanga... Todas eran parecidas, las conmemoraciones quiero decir. Mucho desfile, venga charangas y gigantones bien tempranito, campanas al vuelo, gran comilona en el Parador local para unos cuantos... Y gran zambra pagada según y conforme. Y un día de haber para las víctimas de algún pitote. Todo ese jaleo se llamaba confraternizar. Ande, a ver si usted que es de la Academia esa que hace el Diccionario pone ese valor nuevo, que yo creo que es un matiz que no está, y seguro seguro que es muy fácil de perseguir en la literatura. Confraternizar: fue muy transitivo. Oiga, y a propósito, esa Academia, vaya meneos que le atiza todo cristo en los periódicos. Pero, dígame, ¿qué han hecho ustedes para que todos los insensatos graznen

desafortunadamente con ustedes? Vaya por Dios, una de las pocas cosas claras es que aquí nadie tiene normas claras, ni siquiera en gramática, qué vamos a tener. Y, así, cómo las vamos a exigir para el hecho de pensar -78- juntos en mañana, que venga Dios y lo vea... Bueno, le estaba contando... Sí, eso de la Academia no tiene importancia mayor, por lo menos no es original, siempre que el perro ladra a la luna, ya se sabe. Le decía que estábamos siempre en fiesta, y las aprovechábamos para estirarnos hasta la raya, mi pueblo estaba cerca de la frontera, a comprar de ocultis un pan grandote, mal cocido, requetecaro, que servía para engañar el hambre universal, también silenciosa, también encogida. Hombre, que si era fraudulenta, a ver quién es el valiente que le da un aval al hambre, también con usted, hasta ahí podíamos llegar... ¿Sabe que bautizábamos varias veces a niñitos huérfanos, abandonados, gitanillos, morazos, cosas así, tan sólo para aprovecharnos de las piadosas meriendas que con tal motivo organizaban las distinguidas madrinas...? ¿No lo sabía? Ah, pues va siendo hora de que se vaya sabiendo, que, no me lo discutirá usted, tiene su gracia. Confiteor unum baptisma... ¿no se dice así?

¡Qué días, mi madre, qué días! Pero el tiempo pasa, sí, señor, pasa. El almanaque va cambiando, sucesivo, imparable, y va cerrando los labios de la herida. Y lo que es mejor, va encalleciendo la memoria. Uno de los grandes aciertos en la fabricación de los repajoleros bípedos es que estamos dotados de una inabarcable capacidad de olvido. Por eso pienso que el que se empeña en recordar, recordar así, usted sabe cómo, es un desdichado pardillo... Más le valiera cortarse el pasapán muy finamente y sin ensuciar la alfombra. Sí, pasaron los años, se fueron muriendo los amigos, unos por sus propios medios, otros ayudados por ajenos, y los más se largaron donde les vino bien. Solamente unos pocos nos fuimos acurrucando en una esperanza cada día más frágil y tensa... Vinieron los traslados a otras ciudades... En todas, la misma tristeza indefinible, machaconamente repetida, sin visos de genio, una tristeza ordenancista y gregaria, racionada como la -79- parca cosecha de las cartillas de abastos. Se era feliz si se tenía el salvoconducto en el bolsillo, o un carné que tolerase esconderse tras los cristales de un tren. Para qué más. Tan amenazador todo, siempre las antenas vigilantes ante las posibles acusaciones, ese no poder contar triunfos ni glorias, no poder hacer otra cosa que agradecer veinticuatro horas al día la destrucción de aterradores peligros. Oiga, mire que tiene bemoles el asunto, no me venga ahora con cuentos. También usted, qué ocurrencia, sí, se salía, claro, era cuestión de ahorrar un poco o de saber pilotarse por el mundo adelante. París, Roma, Amsterdam... Pero también convenía ir un poco calladitos, no se fuera a notar dónde habíamos tomado el tren, que entonces... Andá, se ve que usted es muy joven y no sabe ni siquiera lo del piojo... ¿A que no?... Pues mire, que se lo cuenten en su casa, que también deben de saberlo, no voy a ser yo solito el que mosconee siempre con la historia del español piojoso, ¿no? Acabarán por tomarme tierra, o, menos mal si es así, por loco. Sí, sí señor, ahora yo también me río, pero, por aquellos días, que si los racionamientos, que si el presentarse en tal o cual sitio, que si los muertos de tifus... ¿cómo quería que nos considerasen por ahí afuera...? Como unas fieras greñudas, grifadas de virtudes mentirosas, a ver qué vida. Eso sí, muy autárquicas, que era la consigna. Menos mal, algo se afirmaba. En fin, ya lo sabe usted, que lo que falta para redondear mi cuento se lo puede usted suponer, aunque sea usted muy amigo de no querer enterarse de nada, que es lo que aquí priva, hombre. Dígame, por lo menos, que comprende mis deseos de jubilarme... A veces, pienso, solito por las aceras atestadas, que no podré nunca, porque nunca reuniré las condiciones exigidas por la ley. Veo con claridad que, durante muchos, muchos y muy largos años, yo no he vivido, he estado ausente,

flotando dentro de un monumental hiato, desprovista mi lengua -80- de verbos auxiliares, le aseguro que no me quedan ayerres, sino otra cosa, memoria de lo por venir, por llamarle de alguna manera, a ver, compréndame, he vivido siempre soñando con un amanecer distinto, más alegre y más digno, empinado en hombros despreocupados y ágiles... Ya, ya, que te has creído tú eso. Ya he llegado donde iba, no salí de pobre, no tengo condecoraciones ni aparezco en los periódicos... Como no sea la escuela cuando... Incluso los que han aguantado mis rollazos, como dicen ahora, me desprecian por inservible, por qué sé yo... No sé si le he dicho antes que algún amigo me recomienda hacer otra vida, alquilar un bungalow, medio monte medio playa, salir por las mañanas temprano a pisotear la arena y chapotear, ir a discotecar por las noches, vestirme de revista ilustrada, vamos, huir de una vida tonta, sin aquel alguno, repetida, repetida y repetida... Es una forma cordial de hacerme ver que no carburo, que no sirvo ya, que quizá estorbo. Hay uno, medio colega, que me recomienda procedimientos ortopédicos, y hasta quirúrgicos, para quitarme la chepa, la manía de leer, los modales de hombre mayor... ¿No te fastidia...? Si uno pudiese huir de uno mismo... No, no me quejo, sé que llevan razón, sí, pero reconozca usted, cuando menos... Póngase como ellos, del lado de todos ellos, no me importa un comino. A mí me enseñaron a respetar a todos, así que... Pero reconózcalo, por Dios, reconózcalo, qué largo y duro destierro, aquí dentro...

-81-

Si viera como cansa...

Hay vidas ricachonas, no digo que no, donde la gente se encuentra a gusto, le da aire al dinero, va aquí y allá, siempre trajinan contentos, fiestas, archiperres de cine, de retratar, cachivaches de música, venga a cambiar de coche, abonos a la ópera, a los toros, en fin, de todo, y de ropitas... Bueno, de ropitas... Que si el abrigo tal y el traje cual, especialmente ellas, las mujeres, que parece que les ha hecho la boca un fraile, visones, joyas, venga, venga lilailos y cascabeles... Y charloteo sobre imaginarios alifafes, y gimnasia a compás en el lugar elegante de las afueras, y el acomodo de los hijos, y salir en los periódicos... Sí, sí, hay gente que está contenta, ésa que no da abasto para llenar su tiempo, siempre la agenda en la mano y la secretaria en la boca, gente acosada de urgencias, de una desorientada prisa, atosigada por las reuniones, las citas, los compromisos... No, no, qué va, qué voy a ser yo de éstos. ¿Yo? Pues sí que. Pero, oiga, qué mal anda usted de pesquis. Yo no he sido nunca nada, bien lo sabe Dios, nada de nada, y, créame, se lo ruego, no me quejo. No quiero decir que no me habría gustado, no. A nadie le desagrada un bombón. Pensar así sería una majadería enciclopédica, pero, la verdad, me he sentido bien conmigo mismo, y con los míos mientras me han hecho compañía, ¿sabe?, algo así como una lluvia buena, charlando, mirando escaparates, contentándonos con una radio -82- a plazos y una casita en el arrabal, una casita que, después de muchos ahorros y veranos, broma va broma viene, logramos ponerle un cuartito de aseo, ya lo verá, ya, mire, la queríamos tanto, aquí llevo la fotografía. Le aseguro que ni Hernán Cortés, ni Amundsen, ni ningún tipo de esos de libro se han sentido tan huecos con sus cosas como nosotros con nuestro cuartito de

baño... Ande, vea... Ya sólo faltaba el agua cuando tuvimos que vender la casita, mejor dicho, el solar, que las expropiaciones... Ya me comprende.

Ya ve usted lo que se tiene ganado al nacer en una familia así, pobretona, un poco achuchadilla. Esto me hace ser tímido, alicorto, respetuoso con todo el mundo, por si las moscas... Llevamos siempre el brazo derecho en alto... No, hombre, no, no sea usted de su tierra, quiero decir que... que lo llevamos en alto para defendernos del golpetazo a que estamos habituados, así, ¿se da cuenta? ¡Mira que salir ahora con esas ocurrencias, también con usted! En nuestra familia, ciertas cosas... Sí, le decía que todo era muy vulgarito, haciendo siempre cábalas para estirar el sueldo paterno, yendo de un lado a otro para que la beca que me permitía estudiar no se finiquitase, a ver, éramos tantos a pedir... ¡Y que no hacían falta papeles ni nada...! El contrato de arrendamiento, para demostrar que el piso donde se vivía era una birria, una pocilgona, y el certificado de buena conducta, que, a ver, lo daba quien no te conocía ni por el forro, y venga informes de los profesores que, por lo general, no miraban a la cara al estudiante más que cuando se les largaban cuatro frescas... En fin, menos mal que no hacían politiquilla, con eso, digo, solamente se contaban escrupulosamente los agujeros del bolsillo. Luego, ya con todo el requilorio en la mano, venía la entrevista con el señor que la otorgaba... ¡La beca, hombre, la beca, le estoy hablando de la beca, qué...! Nos miraba de arriba a abajo, quizá -83- temiese que nos fuésemos a caer muertos allí mismo, extenuados de gazuza almacenada, mientras nos preguntaba la vida y milagros de papá... Solía parecerle mentira todo lo que allí se decía, no podía creer que en nuestras familias tuviésemos arrestos para mantenernos de pie, se echaba de ver en seguidita que habrían preferido encontrarse con un cadáver, a ver, pretender estudiar, traspellados de nosotros, y ser como ellos, que tenían no sé cuántos abuelos y que, nadie sabía bien cuándo, habían comido con el Rey... Hasta ahí podíamos llegar. Sí, claro, había otros tipos, naturalmente, pero éstos estaban postergados por razones que no son del caso ahora, figúrese, tanto tiempo ya, preguntaban mucho menos, a lo mejor les bastaba con mirarnos...

Pues, sí, señor, terminé mis estudios tan campante, nada de a trancas y barrancas, sino con brillo y todo, entre carreras ante los guardias, tiras y aflojas con la secretaría y trabajando en lo que caía, pero terminé. Y muy bien, ya le digo. ¿Que cómo recuerdo los años de estudiante? La verdad es que ni fu ni fa. ¡Pasó tanto, tanto y tan gordo después...! Además que, me parece a mí, esos años son muy parejos siempre, nos figuramos que nos estallan en las manos cosas muy importantes y luego... ¡Bah!... Fue mayor el zafarrancho que se enredó el treintayseis, bueno, usted me comprende, quiero decir que se recuerda más, a ver si no. Me liaron a base de bien con el dichoso servicio militar, que me duró una porrada de años, primero la guerra entera y, luego, como era de los vencidos, pues otra vez a cargar con el chopo cuatro añitos más... Le digo... Me timaron esos años inútiles, en los que se fueron colocando todos los que, aunque hubieran estudiado mal y peor que yo, se habían avivado y traían en la frente, azar ganancioso, la etiqueta de héroes. Total, para qué insistir en eso: que, cuando me vi con el canuto de la licencia en la mano, no tenía delante -84- de mí otra cosa que la calle para correr y una desesperación sorda y anchísima, un vacío enorme... Pero yo estaba hecho a pobre, a no tener un real, ya se lo he dicho, y me fue muy fácil volver a vivir, echar a andar, y hacerlo, de propi, casi cantando aquello de ¡Ay, vida, dónde me llevas, / cuesta arriba y todo arena...! La vuelta... Pues la vuelta fue como la de todo el mundo. Los que no pudimos contar situaciones de esas que suenan a fanfarria, nos

limitamos a desenterrar alguna anécdota. Todo quisque tenía alguna picardía que contar. Al principio, eso caía bien: trampantojos de la cárcel, pequeñas aventuras para lograr comida, sucedidos que nos parecían extraordinarios y ahora resultan chorraditas... Es lo que tiene el tiempo, ¿no verdad, usted? Quizá sobresale el pasmo por la tozudez en la maldad, dígame, sin ir más lejos, esas gentes que se escondían en la chimenea para que no las encontraran sus perseguidores, iban a cazarlos, y les hacían bajar del cañón quemando paja abajo, en el hogar, y, cuando salían, apenas un pie en el suelo, tosiendo a más y mejor, ¡zas!, a tiro limpio... Y, vea, cuentan que ya era igual en las guerras carlistas, qué falta de imaginación hasta para eso. Porque todo lo demás era también igualito: la venganza a posteriori y en frío de los otros, si no con el mismo procedimiento, sí con parejos resultados, parecidas condecoraciones, repetido dar y quitar nombres a callejones y plazuelas, idéntico deje entre lírico y borrachín en los discursos... Una pena, señor mío, le digo que una pena, que no tenemos remedio...

Ya se va usted percatando de que mi vida no tiene así, digamos, mayor interés. Poquito a poquito y sin darme cuenta, aquí me tiene usted al borde de la jubilación. He hecho lo que cualquier prójimo o, por lo menos, lo que hacen todos los que no han nacido para personajes. Pasé por los campos de concentración, en Francia, y luego, aquí, me juzgaron por no sé cuántas cosas, bandidaje, prevaricaciones, -85- rebeldías, conjuras, desacatos... Una escalofriante letanía. Le juro que ni me enteré de tan tremendas acciones, ni pude siquiera escucharlas: tan grande era el arrebato del acusador que no me daba tiempo ni a cerrar la boca, tan asombrosas eran. Me consolaba pensando que si el desenlace hubiera sido el contrario, habría pasado algo del mismo percal. Nada me extrañaba. Siempre he visto alrededor de mí una inexplicable saña vengativa, un ansia de machacar, duro y seguido, al de enfrente. Es que debe ser así, me digo para no pensar y no entristecerme más, que, vaya por Dios, no ha sido poco.

Sí, volví. A enfrentarme con lo que había. Anda, ¿por qué me pregunta eso...? ¿Acaso no seguía amaneciendo, y anocheciendo, y todo lo demás? No sea niño, esos parones no existen, y si te paras tú o te alejas, al ratito, si te he visto no me acuerdo. ¡Cómo no había de volver! ¿Dónde está nuestro hueco, dónde tenemos otra tierra, sino aquí? Ande, dígame, explíquese. Fue penoso el recuento, el notar los huecos de amigos y colegas, de personas que quizá había tenido presente muchas veces y de otras de las que quizá no me había vuelto a acordar nunca. Daba lo mismo, todas lejos, todas muertas, todas sin luz ni silueta precisas, ni siquiera presencia eficaz en las largas tardes solitarias, vacías, dedicadas al recuerdo. Se ve que la memoria no carbura... Ni colegas, ni familia... Nada. Parecía que todos querían estrenar nueva vida, con gustos nuevos, costumbres nuevas. No había sitio para lo anterior, qué iba a haber. Pero el recuento... Nombres y nombres con su cara y su voz, la otra lista, la media lista doliente que no salía en la que se incrustaba en las fachadas de las iglesias o las facultades... Una vez y otra esa bobadita de que siempre faltan los mejores. ¿Por qué ese lugar común, me lo quiere usted explicar? ¿No será una manera de disimular la alegría de que no nos haya -86- tocado la china a nosotros? Lo cierto es que no tuve sitio en mi trabajo, y eso que lo había ganado a pulso, en oposiciones, como está mandado aquí, turno libre y toda la pesca, pues de bien poco me sirvió. A la calle, de oficio y con mala cara, ya ve, si casi no había tenido tiempo de tomarle el gusto al destino... Mi plaza estaba ocupada, tendría usted que haberle visto a mi sustituto flamante, gran rezador, elegantísimo, usaba entonces flويد y zapatos italianos y se disfrutaba no sé cuántas

amistades en Zaragoza, y en Burgos, y en Vitoria, y en no sé qué cientos de universos más... Pobrete, en Madrid y en el gremio no lo conocía ni su sombra, pero ya fue entrando, ya. Cuestión de paciencia y acicalarse. Yo malgasté meses y meses yendo y viniendo, había que esperar una depuración que nunca llegaba. Tampoco me interesé más por ello y no sé qué demonios habrá pasado con aquel laberinto. Las pocas veces que fui a la conminatoria cita, me las tuve que ver con un fantasmón muy inflado, tartaja él, era de Navafáfila de no sé qué rey godo, y me preguntaba disparates y disparates en medio de digestiones laboriosísimas. Se notaba de prisita que el pobre se sobrealimentaba, a ver, tantos criminales como pasábamos por sus manos... «Y usted, el acusado, ¿era contertulio del Alcalde de Madrid...? ¿Por qué no dio su beneplácito a las santas disposiciones?»... y jeringazos así. Su mamaíta. A mí, fíjese, a mí, un desgraciado que apenas conocía por los periódicos los nombres de los grandes del momento... Vivir para ver, qué verdad más grande. No volví, para qué. Ah, se me olvidaba, al par de años o cosa así de desentenderme... No, qué van a depurarme, pues sí que. Lo que le iba a decir, que me ha cortado usted, es que me topé con la esquila del tal en un periódico. Todo sea por Dios. Sí, parece que se cayó un ascensor con él dentro, en un ministerio. Acto de servicio. O un fallo, usted me contará.

-87-

Pues, sí, claro, acierta usted. Es la fetén entre nosotros: los amigos de papá, la semideuda de aquella vez, cuando entonces, etcétera, etcétera, etcétera. La recomendación, vamos, la mangancia, el saltar por encima de lo normal. No sabemos hacer otra cosa. Y como muchas veces la cosa va y pita... Pues que vamos tirando. Mi pobre padre fue, sólo Dios sabe cuántas veces, con sus piernas a rastras, su tos de viejo bronquítico, los pantalones con las rodillas marcadas y las culeras brillantes, fue, le digo, a casa de un viejales famosillo, de esos que usan cuello duro y alma encallecida... A pedirle por mí, por este desventurado, esta oveja negra que tenía ideas equivocadas, ¿me comprende? No, mi padre no pensaba así de suyo, pero, oiga, resulta muy difícil no participar de lo que nos cuentan a todas horas, ¿no le parece? No tiene usted más que ver lo que sigue pasando, nos dan todo tan planchadito y, luego, vaya sustazos. En cuanto pasa algo... Bueno, los sustos se los arrean que lo que es yo... En cuanto pasa algo, y algo de cajón, ¡toma!, y tan de cajón. El vejestorio de marras se sintió magnánimo, alteró un poquillo su orden, su inflexible justicia (le debía a mi padre mucho) y me colocó. En una oficina. ¡Qué amargor en la garganta el primer día, llena de sol la ventana y todo el desencanto en carne viva, todas las penas en presente! Cuánta humedad repentina en la mirada, deshaciéndose en triste renuncia las ilusiones, los proyectos, la desnuda esperanza. Supe que ya, siempre, sería todo así, los mismos papeles en la mesa, el mismo aliento en la habitación, un olor trascordado a sudor, a polvo, a balduque viejo y bocadillo mordisqueado a escondidas. Vi, nada, un relámpago, verdecer y otoñar los árboles de la calle acumuladamente, todo un lento futuro reducido a un solo tic en el presente... Pero estaba allí, yo, dónde iba a ir, mi sitio estaba ocupado, no podía ni asomarme por allí... Aquella oficina, fórmulas comerciales, sumas inacabables, reverencias interesadas... -88- Yo era el primero empezando por abajo. Pero el calendario se fue deshojando, otros se murieron o los despacharon, y yo, que no soy tonto del todo y que nunca dije esta boca es mía, ascendí... A los cuatro o cinco años o antes, vete a saber, se me había olvidado mi antiguo quehacer, no leía jota, me parecía casi imposible que yo hubiese asistido a unos cursos, que tuviese un titulillo... Me casé y todo, sin gran ilusión, eso es verdad, los dos estábamos como deslumbrados de ver lo que pasaba, no acabábamos

de darnos cuenta de tanta y tanta desdicha almacenada, exhibida... Abría usted la radio, y lo mismo; agarrabas un periódico, ídem de lienzo; te asomabas al cine del barrio y, en el noticiero, para qué le voy a contar. Nos daba vergüenza casi haber convivido tres años de aquella manera. Aprendimos a andar mirando al suelo, a no abrir los labios, a pasear lejos de charangas y vítores. Cada vez más arrinconados, más secos. Talmente una rama a la que se ata fuerte por el arranque y acaba por irse chuchurriendo, por atabacarse y, al final, se cae, desprendida por un viento pasajero, equivocado, perdidizo... Así se me murió la mujer una mañana de fines de marzo, quince años por medio de la boda, los preparativos de un aniversario alegre por el aire. No, no me pida detalles, sólo sé que, al volver a pie del cementerio, por Las Ventas, llovía, sí, eso es, estaba lloviendo...

Desde entonces, todo se me ha reducido a la rutina más apretada. Y soy feliz. Probablemente, a usted le dé pena oírme, es natural, usted está fuera del juego, es más joven y todo esto le suena a conversaciones de Puerta de Tierra, qué le vamos a hacer. Me he identificado hasta donde me ha sido posible con el pandero que tocan. Me he comprado un departamento de juguete en la costa. Lo habito en mis vacaciones, que he traspasado al invierno, cuando nadie las quiere, y el resto del año lo alquilo. Vivoalquilovivoalquilo... Contribuyo de este modo -89- al mejoramiento socioeconómicoculturalartístico del país. Ande, para que vea. Al mediodía, como en el figón del jurdano, un buen rapaz que se las sabe todas, aquí, en la esquina de casa, donde, entre alubias, sopas de ajo, carnes de vaya usted a saber qué fieras y unas naranjas medio pochadas, voy tirando, y veo la televisión, me acostumbro a las caras famosas, a sus voces, a su ininterrumpido desvivirse por nuestro bienestar. Me siento protegido, de veras. Casi he llegado a temer una huelga de cualquier clase. Y nadie de entre los que van a comer allí, viejas pensionistas, camioneros, albañiles de las obras cercanas, algunos novios con los zapatos gastados, deberán estar buscando piso, nadie, le digo, se mete conmigo, nadie se pasma de mi soledad, ni de que no me importe la alineación de los equipos de fútbol. En confianza, le diré que me he aprendido uno, el Madrid, para justificar el bulto que esa sociedad me exige. ¡Si viera cómo lo luzco al declamarlo...! Pero allí todos somos ajenos aunque nos sentemos en la misma mesa, todos nos toleramos con una sonrisa, con una inclinación de la mirada, y pare usted de contar. Todos somos maestros en disimular el propio, escandaloso duelo. Algunas tardes me meto en el cine del barrio, ahora algo menos, ha subido mucho, y aguanto lo que me echen. Ni pasarme por la cabeza que hay un cine mejor, que yo sabía o dejaba de saber algo de directores, de artistas, para qué. Ya todo para qué. En cuanto se apaga la luz, allí están Gracita Morales, y Rafaela Aparicio, tan sala ellas. También Sofía Loren, despampanante, y Raquel Welhs tirando tiros a más no poder. No me hace gracia que larguen alguna película buena, algo de Bergman, o de Polansky, quite usted allá: entra poca gente y, entonces, hace frío. En cuanto se apaga la luz, le decía, yo me quedo a solas conmigo, repaso los ayeres, las caras ausentes, estoy en una inmensa isla acorralada, me siento bullir la vida por las muñecas, por las canillas, a veces por los ojos. Es un -90- ratito delicioso. Y me voy comiendo poco a poco algo, unos caramelos, unas patatas fritas, unas rositas de maíz. Me sirve de cena. Me he librado de herencias, de los problemas de la declaración de la renta, de la amenaza de muerte que parece acosar al mundo. Allí, a oscuras, me atrevo a mirar, cabeza levantada, a los vecinos, sin llamar la atención, claro, y los veo mejor con los reflejos de la pantalla, mejor, quiero decir: mejor que son, y veo que tienen miedo, mucho miedo a lo que suelta el documental, tantos y tantos exterminios como acarrear las centrales nucleares, que si los peces, que si las aves o las tortugas con los instintos

anulados, y que los ríos se han podrido, y que el aire va faltando, y que si patatín que si patatán. Y yo pienso entonces, créame, que eso no vale la pena, que todo ese horror organizado y cacareado no es nada si se le compara con esta tensa, duradera opresión continua, año tras año, una quemadura sin llaga ni remedio visibles, esta prolongada humillación. Y todo por no haberse despertado un día preciso en un lugar concreto, sino en otro, enfrente... ¿No cree que ya basta? Bueno, tengo que dejarle, voy a casa, mañana atizan un banquete a un antiguo compañero de carrera, me ha escrito para que vaya, se ha acordado de mí ahora, al cabo del tiempo... Se lo he agradecido mucho, él está muy arriba y yo, ya lo está usted viendo, he sido siempre un pobretón. Me hace un gran favor al convidarme... Lo que son las cosas. ¿Será que ante lo que vaya a pasar...? Voy a cepillarme bien la ropa. ¿Por qué supone usted que no estaré a gusto?... Sí, sí lo estaré: Era un mendrugo el pobrecillo, me alegro de que le haya ido bien, ya lo creo, algo como lo mío no se lo deseo a nadie, de verdad. Si viera cómo cansa...

-91-

Hemos ido creciendo

Mire, esto a mí me está resultando un petardo. Es que no se oye hablar de otra cosa en mi casa. ¿Te levantas un poco tarde? Pues ya se sabe: Esta juventud, esto es una vergüenza, qué va a ser de este país... Macho, que no se ponen trascendentes ni nada. Mi padre sale en seguidita con que él, en su tiempo, entonces... Se ve que no dormían, o que, con la electrificación a base de lamparillas y velones, se acostaban al atardecer. Dígame usted qué culpa tengo yo de esas alegrías. Bastante tendré que ver yo con su tiempo y sus madrugones. Pues, ¿y si, por esas cosas que pasan, no se acaba el curso? Arman un cacao... Levantan los ojos al cielo, y ponen un brazo como Cristóbal Colón, y citan a su abuela, que no vea qué plasta, y no se les ocurre pensar que ha habido huelgas, carreras, algún asesinato, represión, plataformas, pintadas, sentadas, torturas y tal y tal, en fin, lo que es inevitable que haya, a ver, el mundo se mueve, ¿no? Jobar, qué precisiones. «Cuando yo hice el Natural...». «Y no digamos el Civil segundo, que no lo pasábamos más que cuatro o seis sobre trescientos, menudo era don Felipe...». Ese don Felipe a mí me la trae no le digo cómo. En estos casos, además, suele estar reunida toda la familia («Vamos, tú, arrea, el señor va a hablar...») y, sentados en círculo, observan las idas y venidas del fáter, boquiabiertos, asintiendo a todo, no les falta más que aplaudir, y añaden, si -92- serán carotas, unas notas de pie de página muy oportunas: «Eso es. Llevas razón. Mal hijo. Vas a ser la perdición de tu padre. En nuestra familia...». Menos mal que la cosa se acaba en seguidita, suele desperezarse el teléfono, o le busca una comisión de fuerzas vivas, o a mamá le entra una jaqueca intolerable, o tiene urgencia de ir a probarse un vestido, y las niñas repiten lo que oyen hurgándose en las narices, quitándose las motas del uniforme monjil, y las chachas se ríen detrás de la puerta y le dicen algo a mi padre, las muy pelotas: «¡Ha estado usted fenómeno!». «¡Le ha regañado a base de bien al señorito!». «¡El pobre señorito es joven todavía!». El pobre señorito soy yo, ¿se empapa? Mucho me temo que esas funcionarias quieran decir algo especial con eso de joven tan, tan... Hay mucho recochineo, ¿no cree? Aquí hay que tener quinqué, si no... Si la llamada es para darle una

gran cruz, o su nombre a una escuelita, o un homenaje manducatorio, cualquier parida así, la cosa se complica, porque la esposa lloriquea y echa de menos, o eso dice, una vida familiar más estrecha, como, naturalmente, a ver, era la de su casa, tan ordenada y mimosa, tan armónica, que el abuelo Luis los formaba a todos para tomar la sopa, un-dos, un-dos, y los casó a todos por el mismo procedimiento, sí, el abuelo Luis fue oficial bizarro y tal en lo de Cavite... ¿Que no sabe usted lo de Cavite? Pues viene en el Espasa, léalo, no hace falta llevar armas, tampoco es subversivo. El Espasa es el novamás de la biblioteca de mi padre, debe ser muy útil porque lo enseña muy ancho a las visitas que recibe, que son unas pocas, monjas gordas, frailes flacos, administradores, gentes de los pueblos a los que saca los cuartos y pierde los pleitos... Mi padre es un caso, se lo digo yo. Menudo prohombre. Todo en su vida, lo mejor de lo mejor. Así, como suena: los profesores de entonces... ¡Ah, los profesores de entonces! Los bailes de entonces... ¡Ah, los bailes de entonces! Las gachís de entonces... -93- Diga, eso de las gachís debía traérselas, ¿eh, macho? Fíjese que aún le hacen chirivitas los ojillos cuando cuenta si se dejaban ayudar o no para bajar del tranvía... Mi padre está reviejo, no me cabe la menor duda. Y las gachís esas debían ser algo memas, usted me disculpe si las trató. Mi madre, tiene gracia, cuando el fáter se pone en ese trance nostálgico, siempre tiene algo que hacer en «sus habitaciones», y se larga con jaqueca súbita, la peor, haldeando, algo coloradilla, y susurra al pasar: «¡Alfredo, por Dios, no hables así al niño!»... Y se enjuga las sienes con un pañuelo de no sé qué antepasado ilustre. El niño, ¿sabe?, el niño soy yo. Estamos buenos. Puras macanas, amigo mío, que hay que ver las cosas que mi mamaíta parlotea con sus amigas, las señoras de tal y de tal... Debe ser por eso de la represión de que se habla tanto ahora, lo cierto es que a todo le encuentran punta. En esas reuniones con invitación y grupos folclóricos, comentan los últimos acontecimientos bibliográficos, andan ahora a vueltas con Eros en la Amazonía, debe ser un libro así, en fin, pues así, ya sabe, están horrorizadas, recortan las fotos y se las subastan entre ellas, para que no caigan en manos desprevenidas, y, desde que han entrado en tan eruditas tareas, parece que sienten cierto menosprecio por sus maridos... Yo adivino las ganas que se pasan de preguntarme así, corto y por derecho: «Tú y ésa, ¿eh?, ¿estamos?»... Pues se van a jo... eso, que yo no suelto prenda. Qué voy a soltar. No es por nada, sino por no alterar el estatus. Son así y deben seguir siendo así, y a mí que me dejen en paz. ¿No está de acuerdo conmigo? Don Alfredo, que en el fondo es un buen hombre, algo burgués, rutinario, poco inteligente, al que la historia -es frase suya, que conste, lo dice con mayúsculas- ha hecho un héroe, una gloria nacional, vamos, y sueña con la inmovilidad más pétrea en política y en moral y en hermenéutica (también es suyo, esto debe ponerse con hache, ¿no?)... -94- Mire, no fastidie y no me interrumpa: en religión, déjele el inmovilismo a mi madre. ¿Sabe...? Mi madre fue madrina de guerra de no sé cuántos grullos de por ahí, de la Lampreana, o de algo que suena parecido, a mí eso me la trae floja. Cuando hay huelgas, que no se puede salir a nada, se siente la mar de desgracia, y: Dios mío, qué caos, con la de cosas que yo tenía preparadas para hoy, que es el día pintiparado, y con estos líos... Y cuando hay sarampiones, o bronquitis, o muelas, o simplemente ganas de no ir al cole, mi madre saca las fotos de sus aguerridos ahijados y nos enrolla a base de bien: Curro Enlahiguera, le atinaron en el Garabitas; Sergio Beato del Golpe, cayó como un héroe, lo que era, un verdadero caballero cruzado, en el asalto del Naranco... Y venga, y venga, y venga y dale. Y se seca una lagrimita ilusoria al ir citándolos. A mí me da en la nariz que no tiene la menor idea de quiénes eran estos desventurados que, si no fuese por lo que fue, estarían ahora batiendo de veras el cobre por la patria, en una oficina, en un taller, en el campo con un tractor, etcéteraetcétera. La repanocha. Menos mal que duran poco esos

días de huelga o de fiebre, qué más da. También, para variar, esos días baña frenéticamente a sus dos o tres chuchos, y los peina y pone lazos, y vigila, ceño muy fruncido, el fregoteo de las jaulas... Se me había olvidado decirle que mami colecciona pajarracos. Ha habido que hacerles un pabelloncito especial en el jardín, algo apartado, no sabe la que arman cuando les da por cantar, a la vez, el himno nacional de su país de origen. Bueno, escúcheme. Si sigue cortándome, me sumerjo por el foro, su estudio sociopolíticogeneracional se va al garete, y usted a hacer puños para hoces, y aquí paz y después gloria. ¿Hace? Coño, no piensa usted más que en atosigarme con preguntitas, y esos saltos mentales me fatigan más que los heroísmos de mi padre. El compañero papá tiene los arrebatos patrióticos intermitentes y -95- conmemorativos, oiga, no vea. Se reúne una vez al año, el aniversario de la toma de no sé qué ciudad, medalla colectiva, así cualquiera... Hombre, usted también, en su tiempo no hicieron otra cosa que tomar ciudades, pues que se distraigan, qué más dará una que otra. La verdad es que no hacen daño a nadie y, por otra parte, con el banquete, la sociedad de consumo, pues que va y consume. A ver, la dinámica, usted me contará, la dinámica, a ver si no. Sí, se juntan y cenan, evocan y evocan, beben y beben, discursos, gritos, jipíos de patriotismo efusivo y al día, y suelen acabar a mamporros. Digo mamporros por aquello del bien decir, además, veo que usted lo está escribiendo y... Pues eso. Pero ya adivina usted que dicen otras cositas en lugar de mamporros, lo que para unos preconciarios está pero que muy requetemal. Machitos que son ellos. Si se me ocurriera a mí... Ya saldrían los abuelos, ya. ¿Se ha dado usted cuenta de lo mal hablados que resultan los señores mayores, o sea, vamos, los de cierta edad? Como sus chistes, igualito, no me diga, ¿por qué voy a reírme yo con ésas... ésas... bueno, con sus gracias? No entran ni con calzador. Pues le decía que en esas cenas, comienzan a despiezar el mapa de España, simulan las cotas y los pueblos con los mendrugos y los vasos, nosotros aquí, ellos allá, el río aquí, oye, tú, se te ha olvidado el remanso, ¿y dónde dejas la batería del Bizco? Pues, y... y... Blablablaba... Al rato, regañan todos, y, Dios, de qué manera. La tienen tomada con un fulano, jefe de no sé cuántas cosas, un cegato que huele a cadaverina y agua brava al dos por mil, al que llaman Brihuega, porque estuvo allá, bueno, eso es fácil suponérselo, y se empeña en que fue él solito quien hizo huir a no sé cuántos millones de siracusanos... El último año, se ve que el país ha cambiado mucho, le pusieron el mapa del revés, o sea, vamos, patas arriba, y el pobre agarró un cabreo de órdago, bromas nacionalistas del champán francés... -96- No hay derecho. Todos choteándose, carcajada va, carcajada viene, que hasta los camareros la gozaban, y el pobre cegatillo acojonado, jurando y perjurando que era la primera vez en su vida que le derrotaban. Ya ve usted, geniales que son. Cuando le dije al fáter que aquello me parecía una indecencia boba, casi un abuso de poder, me quiso deshijar, destripar, desheredar, deslomar, des... ¿Quiere que le demos un hurra nazi al prefijo des-? Tuve que aguantar un chaparrón de profecías sobre mis futuras desdichas. ¿Ve? Desdichas, otro des-la mar de prefijante. El desmadre, vamos. Callar es bueno en estos casos de tumulto histórico, no es prudente llevar las cosas al extremo de una guerra civil, ya está bien con la de ellos. Me tuve que ir a cenar a la cafetería de al lado, donde, también es potra, Rufino, el encargado, no se lo va usted a creer, me contó la misma batalla desde el otro bando. No, con champán, no. Con un martini y la voz de Massiel al fondo. Tampoco estaba mal. Me he jurado a mí mismo dar un rodeíto por Cartagena siempre que me estire a Barcelona, en el mini, para no pasar por Guadalajara, no vaya a ser que, en fin, usted me entiende.

Ya adivina usted que en mi casa cada cual hace su rancho aparte. Por libre, vamos. Y, claro, no es cuestión de monises, qué va. Don Alfredo, o sea, mi papaíto, gana, gana y regana. Que si en esto, que si en aquello, que si en lo de más allá. Es lo que se dice un prohombre, ya se lo he participado a usted. En cuestión de mangancias, dividendos y afirmaciones antimarxistas está pero que muy al día. Supongo que no querrá que se lo comunique por oficio, como las multas, ¿no? Mi padre resuelve los problemas con el talonario de cheques en la mano, y, cuando firma, evoca con suspiros de sangre las estrecheces que pasó en su tiempo: «¡En mis tiempos!» Pero firma y sonrío, y se frota las manos, y piensa en algún asuntillo más para recuperar lo firmado. Y para conseguir una condecoración más -97- que aportar a esa reunión anual de que le he hablado, donde, por lo visto, hacen arqueo de méritos y distinciones. Mi papá don Alfredo, de ascendencia muy goda, se emociona fácilmente con los pasodobles marciales, los discursos de las primeras piedras, las mascotas semovientes de las agrupaciones montañeras... Me consta que querría ser un samurai de esos que se abren la barriga en un jardín precioso de las afueras, pensando en flores de loto, el Fujiyama nevado como fondo, y protestando reciamente por la pésima calidad del té en saquitos. Mi padre, en los ratos de huelga, sarampiones, etcétera... bien, ya está usted al cabo de la calle, recita, reuniendo al servicio, las cacicadas del Benavente ese que incendió su palacio para limpiarlo de tufos traidores... La chachería también se emociona, y él acaba, redondo: «¡Ése era un tío de tamaño natural!». «¡Qué bien puestos los tenía!». Lo que no me gusta es que, a los loores domésticos, venda los ripios como propios. Me parece excesivo imperialismo. Yo sé quién era Rivas, ¿eh?, también tengo mis lecturitas. ¡Ah, esta memoria...! A cada cual lo suyo: Mi padre colecciona curiosidades importantes. Por ejemplo, vitolas. Tiene una que ya ha superado toda cotización, firmada por no sé qué Jefe de Estado en paro forzoso. ¿Eh, qué me dice usted? Frente a esto, la señora de don Alfredo, o sea, mi señora mamá, que sigue pensando que los maestros de la Universidad son maestros de ésos, vamos, maestros..., mamá, digo, discute de cuestaciones, de partys con brazo gitano, chinchón dulce y canasta, se deja fotografiar para las revistas ilustradas cada vez que estrena un trajecito, que, oiga, cuándo no es pascua, o paga retratos del siglo XIX con personajes muy propios, tablós que le coloca el marido de una amiga, que buen pájaro debe estar hecho, pero, claro, hace mono comprar cuadros, invertir. Y sale constantemente de tiendas y de visitas, amenaza de muerte a las criadas y lee furiosamente los prospectos de innumerables -98- medicinas, adelgazantes, analgésicos, antibióticos, estimulantes... Le digo que... Prefiero no oírla reclamar a gritos por la casa sus cremas de fondo, sus desodorantes, los pendientes aquellos... Mamá también firma cheques: a ver, la liberación de la mujer, ¿comprende? Hay una diferencia: mi padre llena siempre la matriz, y sabe cómo va el percal; mi madre, nunca. Y eso lleva de cuando en cuando a grescas que ponen en tela de juicio la solidez del vínculo matrimonial. Él se lamenta de ver su generosidad poco correspondida, malbaratada, y ella se acuerda, inevitablemente y jimplando, de un novio que tuvo, escritor didáctico, que le pasearon en la otra zona. Eso de la otra zona no queda nunca claro, mi madre está pez en geografía, nacional y de la otra, lo que se dice limpia. Es una buena mujer, a pesar de su inquina contra las chachas. Como no sean riojanas... A ver, ya acierta usted, la patria chica, los líos de apellido... Cuando la tormenta conyugal es muy gorda, mamá se encierra a meditar. Desentierra una frustrada vocación religiosa y se adormece con imprecisas imágenes de santidad, cipreses y olivos de Gethsemaní, alguna saeta, músicas de órgano. Acaba siempre cantando Noche de paz. Es una pena, una dolorosa pena, que una radio fenómeno, regalo por suscripción entre todos los cachorros... ¡Nosotros, los hermanos, hombre, también usted, quiénes van a ser sus

cachorros...! Hay que dárselo a usted mascadito, ¿eh, macho? Se la regalamos para celebrar los veinte años de no me acuerdo qué, la boda, el primer viaje al extranjero, una inundación que le valió salir en el Boletín Oficial, qué sé yo qué. Pues esa radio funesta le transforma la vida, ya ve, porque la obliga a ensayar ante el espejo, a solas, lo que ve bailar a los jóvenes en el cine o en la tele, lo que barrunta que hacemos en los guateques en mi cuarto, con los amiguetes de la facultad. Pobre mamá, con lo que tiene y cómo se aburre a lo largo y a lo ancho. Y de propi, se -99- mama una buena artritis, ande, para que vea. Una artritis de campeonato, se lo digo yo.

Hay días que, realmente, no sé... Yo comprendo que don paternóster se enorgullezca de mi historial brillante, mis matrículas de honor en quince o veinte cosas que no me importan un chino y de las que no sé ni torta. Pero que se emperre en casarme... También es manía, oiga, no me diga. A lo de Glorita, que va lo que se dice pipa de todas todas, mi padre se sonríe, se las da de picarón, me llama pirante y me propone algo que yo supongo sea cosa de su tiempo, entre adulterio y concubinato, o cualquier monserga de esas más o menos civilistas... Nada, es que no entiende que Glorita y yo vayamos juntos a... a... a donde sea, vamos, donde sea, y no traga que nos dé por hacer excursioncillas artísticas o de las otras, y que nos resulte agradable una tarde de sábado sin un duro, tumbados en la moqueta y oyendo a Bob Dylan o a Tom Jones. No le voy a contar lo que me pregunta, porque, se lo aseguro, no es condecorable, qué va a ser. Dese cuenta: mujer legítima la que él me proporcione, y Glorita, pues eso, con discreción y tacto, ¿eh?, y me guiña el ojo. No se pueden decir más gilipollecies en menos contexto, ni demostrar mayor ignorancia de la coyuntura socioeconómica, ¿no verdad, usted? «¡La madre de tus hijos...!» Oiga, eso, ¿se decía en sus tiempos? Pues estaban ustedes aviados, sí, ustedes los viejales, vamos, hombre. Habrase visto. Pues deje al papi y tome a la mami. Tururú y qué sopenchos. Le entra el telele cuando le digo que, como los padres de Glorita están fuera, de viaje, la voy a traer a casa, fíjese, a ver si no es más cómodo así que no andar llevando de un lado para otro los elepés, los güisquis, los pitillos... Desde hace unos meses, mamá, a consecuencia de lo que ella apoda mi libertinaje, pobrecilla, cómo le gustan las chorradas de ojos en blanco, ha subido unos grados en su dolor de cabeza y, inspirándose, creo yo, en el Espasa inevitable, ha -100- trasbordado de las jaquecas a la cefalalgia. Se echa de ver que sus compañeras de trajines se han debido quedar laminadas ante la palabreja, ella la repite mucho, se nota que le gusta. Pero, nada de eso, la cefalalgia de las narices se llama Glorita, si lo sabré yo. Y lo de Glorita va estupendamente, sin problemas, nos entendemos, vivimos, ya está. Punto. Ahora bien, yo reconozco que cefalalgia está más acorde con cigoñal, pistones, batería, todas esas triquiñuelas que mi madre, entre juego y juego, dice, y es verdad, que ha fundido en su último viajecito, casi siempre a inaugurar algo benéfico que no está acabado aún... Jaqueca, lo confieso, iba mejor con un triciclo.

A mí me parece que esta generación de triunfadores, ensordecidos por su trompetería, no nos ha visto crecer. No se han enterado de que estábamos ahí, haciendo ya algo más que bulto. Pagaban facturas, aflojaban monises de cuando en cuando y se daban por satisfechos. A mi padre no se le pueden suprimir sus conmemoraciones, se quedaría, no sé, así, como sin manos. Lelo. Y a ella... Bueno, si ella está convencida de que del Año Internacional ese de la Mujer saldrá un modelito nuevo, que será excepcionalmente barato, lo que, como es de cajón, hará que ella no lo compre, hasta ahí podíamos llegar... No da para más. En su pueblito, antes de la guerra, sus papaitos, ya sabe, héroes de Filipinas, la enseñaron a

taparse las piernas, rezar deprisa y un poquitillo de piano... Ahora fuma cuando juega a la canasta y hasta pide, displicente y todo, un coantró con yelo, pero, al volver a casa, pone lamparillas de desagravio y hace limosnas equivalentes, sobre todo si ha perdido. Háblela usted de autoestó, o de las canciones protesta: cefalalgia segura, toma. No, no nos han visto crecer. Han tenido tanto y tanto que hacer, a todas horas tan ocupados, tan atosigados por el futuro, tan obsesionados por llevar a buen puerto la revolución... Quizá por eso mismo - 101- no se han enterado de nada, han seguido contando siempre lo mismo, con variantes, claro, ya ve, mi padre y sus amigos de cena anual han llegado a confundir los éxitos y las derrotas de su guerra, de la suya, que lo que es ese temita a mí... Rayado, señor mío, muy rayado ya ese lompléi.

-102-

Entrevista

Pues sí, señor, yo, modestia aparte, he tenido que bregar mucho, lo que se dice luchar, vamos, cómo se lo contaría yo, que aquí no regalan nada, qué van a regalar, pues sí que. Pero la vida es dura, en eso estamos todos o casi todos de acuerdo, y yo tuve que empezar a espabilarme bien prontito. Figúrese que yo, en mi familia, pues qué le voy a decir, toda la vida de orden, muy conocidos en nuestra ciudad, allá arriba, junto al mar, no, por ahí no, algo más a la izquierda según se mira el mapa, o sea, ya en la esquina, ¿me entiende? Pero, hombre, ¡si es la mar de claro...! Eso es, ya veo que cae. Pues ahí. Ya ve, cuando se armó el jaleíto, yo me disfrutaba casi treinta años a cuestas, vamos, un crío, que mis padres apencaban con todo, eso sí, éramos gentes muy consideradas, entrábamos como Perico por su casa en cualquier oficina, ayuntamiento, gobierno, locales de los partidos políticos, Palacio Episcopal... Siempre, al verme llegar, se levantaban los porteros, sonreían de oreja a oreja: «¡Es el hijo de don Fulano...!»». Y todo lo que ya se va usted suponiendo. Quiá, hombre, quiá, yo estaba... ¡Cómo iba a estar yo allí en pleno verano, estaría bueno! Yo estaba viajando, me pilló la cosa en Madrid, con unos amiguetes, venga juerguecitas, revistitas en el Martín, guatequitos en casa de la Lola, una cubana que para qué, un rato cachonda y apretadita en carnes, con un séquito que no vea, mi madre, qué señoras, y - 103- venga cine, del fetén, La Plaza de Berkeley, y La kermés heroica, y Tiempos modernos... Casi nada, ¿eh? Igualito que ahora, no me diga. Bueno, también hubo que ver La copla andaluza y corear a Juan Simón, un enterrador que estaba muy de moda, a ver, eso del flamenco no nos era muy familiar a los de las muiñeiras, qué le voy a contar. Ah, aquel Madrid, qué pronto se cambió en algo triste, sucio, tanto más desagradable cuanto que el dinero se nos acabó y no había de dónde sacarlo. Ya se imagina usted el sobresalto, la alarma, que si la documentación, que si don Fulano ya no se ve por ninguna parte, y que si en el hotel hay demasiados responsables y comisarios, y hay que buscar otra casa, y a ver dónde se encuentra un carné, que lo piden por todos sitios, en las esquinas, y en La Granja el Henar, y en Aquarium, y donde quiera que fueses... Bueno, no le voy a dar a usted la murga con detalles que puede encontrar en cualquier periódico del tiempo... Más o menos,

el principio fue igual para todos. Y para que no fuese igual todo, ¡hombre!, había que salvar siquiera el desenlace dándole un aire lo más personal posible, ¿no cree?... Sí, hombre, sí, el desenlace, pues el pasefallo, vamos, ¿me entiende?, le digo que había que hacer algo: cambio de chaqueta, cosa bien fácil cuando andan desparramados la ingenuidad, el arrebató, el ningún quinqué. Lo cierto es que me supe acomodar, unos grititos oportunos en el comité de vecinos, unas intervenciones entusiastas, pidiendo la cabeza de no sé quién y, sobre todo, a ver quién no, denodada decisión de no pagar una gorda a los legítimos propietarios... Y ya está. ¡Si me hubieran oído en mi casa...! Pero mi gente estaba lejos y no podía escucharme y, en fin de cuentas, aquello era casi legítima defensa. Bien, desempeñé varios carguitos, me vi bien vestido y mejor comido... ¡Ah, usted no sabe qué a gusto caen esos adornitos cuando todos alrededor andan con harapos y se mantienen de seis u ocho lentejas -104- náufragas...! Le digo que entonces fue cuando yo me olí mis grandes cualidades. ¿Mis acompañantes...? Lo pasaron mal, según me enteré luego, que yo no volví a tropezármelos, a ver, eran gentes muy significadas, de dinero, señoritos, no se podía andar a su lado en el Madrid del asedio. Habría bastado, como pasó con uno de ellos, que se echara de ver que procedíamos de allá arriba, del norte, para que... Usted me contará. Así le fue. La verdad es que no puede quejarse: ahí está su nombre, enterito, en la pared de la iglesia de su pueblo, o sea, la gloria, vamos, la gloria sin comerlo ni beberlo. Qué se iba a figurar él ese final, si le aseguro que no daba una, un verdadero topo, si lo sabré yo, fuimos compañeros de colegio. El muy cacho tal estuvo a punto de... Imagínese, dió mi nombre como aval responsable. ¡Si yo me lo llevo a echar a la cara...! No, ya se habrá usted percatado de que a mí no se me nota el tonillo local, yo soy una persona instruida, qué ocurrencias tiene usted.

Prosperé, qué duda cabe. Ya le digo que aquella pobre gente no tenía mucho caletre. Me encargaron de algo, ya ni me acuerdo, unas cosillas comerciales más allá de los Pirineos, no se me cocían las castañas pensando en la hora de cruzar la frontera... Y ya se lo supone usted. ¿Cómo que no...? Oiga, me parece a mí que usted es algo... algo... así... Algo lento. O que le gusta que le regalen el oído, o hacerse pasar por uno de esos mangantes desagradecidos que siempre salen con que a ellos la guerra les trae sin cuidado... ¿Qué demonios le pasaría a usted por la mollera en un caso semejante, hombre de Dios? Darse el bote y tomar soleta deprisita. La primera noche en territorio franchute, después de una gran cena, escapé para el otro lado, con los machacantes acuñados y sin acuñar bien hundidos en la buchaca, y con todo el papeleo. Una gran baza patriótica, recapacítelo, aún habrá panolis que hablarán de traición y demás monsergas trasnochadas... -105- Una gran faena, sí, señor, una gran faena. Habría que oír a mis colegas de expedición cuando vieran, a la mañana siguiente, algo de resaca a rastras, que yo no estaba allí, y que llegaba la hora de comer y tampoco, y la de cenar y menos aún... Después, unos años por medio, también me pidieron árnica, pero, usted comprenderá, ¿para qué se va a ayudar a esos tipos alicortos, insignificantes, que se dejan engañar en un santiamén...? Nada, nada, ni hablar. No sé qué les pasaría. Sería una pena que supieran de mí, ¿se da cuenta? Yo salgo mucho en los periódicos, en la tele, soy una personalidad conocida. Pobrecillos, estarían ahora rabiando a todo rabiarse si me viesan en mi propio caldo, hay que evitar ese mal sabor de la envidia a la gente sin alcances... ¿Remordimiento...? No sea usted de su tierra. Se va usted a parecer a mi mujer, que, algunos días de invernara, se acuerda de mi historia, está escribiendo mis memorias, y me aconseja buscar a los que queden, quizá pudiera darles un puestecito de

sereno en una fábrica, o de portero en esos bloques que estamos levantando en la costa... Me he propuesto no dejarme ablandar, estaría bueno.

Porque volviendo a lo que estábamos, le diré que muy prontito fui en la otra banda lo que me correspondía por mi familia, mi preparación, mi rasgo hazañoso de decidir mi propio destino, pasándome con armas, bagajes, etcétera: elegí la Historia, qué le vamos a hacer. (Esa Historia, por favor, con mayúscula. Así). Tuve que aburrirme largamente escuchando rogativas, preces, rosarios colectivos, no digamos discursos, pero, en fin, el que algo quiere, algo le cuesta. Un cambio de chaqueta, aunque fuese, como en mi caso, un descambio, tiene sus peligros, sus exigencias. Acabado el barullo, ya fue todo más hacedero y fácil. Todo se nos abría a los que llegábamos de la mitad de arriba. De dónde va a ser, criaturita, de arriba, de la mitad norte. Nunca nos agradecerán bastante los de su pueblo de usted -106- nuestros sacrificios por adecentarles la casa, ¿no? Cuando llegamos, todo lo tenían ustedes manga por hombro, barricadas por allí, casas hundidas por allá, todo sucio, desmantelado, las gentes lloriqueando a moco tendido y hambrientas, mi madre, qué gazuzas se gastaban, y el tifus haciendo de las suyas. Hay que ver la que habían armado ustedes, hace falta humor, y, luego, dígame a santo de qué. Pues ahora, reconozca: ¿Dónde está eso? Ni rastro. Y ustedes, ¿han intervenido para remediarlo? En nada, no hace falta que lo exagere, en nada... Quizá para quitar los escombros, al principio, que luego... Es que si no se les dirige un poquillo y con mucho tiento... Pero una vez acallados, son ustedes la mar de dóciles y se les gobierna bien, menos mal...

Es mi deber no deslumbrarle. Además, ya le dije al empezar la entrevista, que yo soy hombre modesto. Le agradeceré infinito que insista usted mucho sobre esto, la idea que la masa tiene de un hombre de mi clase suele ser disparatada. Yo, siempre en mi sitio, nada de aparentar. Pero, a ver, la esclavitud de la fama, están acostumbrados a verme con el pecho repleto de medallas, soltando peroratas cuando me las imponen... «Mi frente no se doblegará jamás...». «La desastrosa coyuntura conflictiva de este mundo enloquecido, hora de traumatología en vivo, consciente, necesita de nuestras reservas espirituales, filón inagotable de...». «... A fuerza de quemar etapas hemos entrado en el entrañable túnel de la Historia, obviamente espinoso...». «... El mañana, si es que mis decisiones le toleran arribar, nos estará reconocido». Yo sé que entono todo esto a las mil maravillas, con el énfasis preciso que las dramáticas circunstancias imponen. Es, como si dijéramos, mi protagonismo cara al público, pero no me satisfacen nada, lo que se dice nada, los seres inferiores con la boca abierta. Aparte de que con la generalización de cierto estilo, hay que pagar cada vez más a los malditos que escriben las palabras rituales, hay una -107- gran competencia entre los diversos negociados. Por favor, ahórreme estos trances, me siento muy infeliz. Prefiero que usted haga una ligera información, ligeritaligerita, no es menester profundizar excesivamente, sobre mis numerosas aportaciones al bien común por la ancha geografía nacional. Hágame el favor de no olvidarse de eso de la ancha geografía nacional, ¿estamos? Lo considero vital. Así no se sentirá ningún español discriminado, postergado, etcéteraetcéteraetcétera... Ya hay bastantes murmuraciones por ahí. Ya sabe usted la mala uva que hay entre nosotros, o sea, cainismo. No deje de destacar, con un punto y aparte será suficientemente eficaz, mi interés por el estado sanitario de la colectividad: suelo proporcionar algo baratito en las corridas de beneficencia, o hacer donativos que no se reflejen en la macana esa de la porra, en la renta, esa complicación de todos los marzos, que, le aseguro, me va a crear un infarto de tamaño natural cualquier día, si lo sabré yo.

También presto, es un dato para el corazón, presto mi hija mayor para reina de juegos florales o de fiestas anuales de cualquier producto vegetal, caduco o perenne, fanerógamo o andrónico, da lo mismo... Si le puede servir, le enseñaré el álbum familiar, mírele, aquí está, más oportuno no cabe, ni que supiera que le íbamos a necesitar, vea, vea, piel de Rusia, iniciales en oro... Usted podrá ilustrarse y no se equivocará de fechas en su crónica, que eso queda muy mal en lo impreso y provoca conflictos entre las familias agraciadas. Hay siempre inquinas muy agudas en estas puñeterías de las mujeres, y Olguita, mi chica mayor, es muy soberbia. (En confianza, aquí, entre nosotros: igualita que su madre). También Chabela, la pequeña, tiene diecinueve años, ha sido reina de los Alfileritos toledanos, gran asamblea retrospectiva con miriñaques, coches antiguos, valsos y tangos con ochos lo que se dice bordados, impertinentes, manguitos, muchas plumas... Un buen renglón, pero todo -108- ese atuendo le va muy bien a Chabelita. Chabelita es una mozuela muy recatada, muy virtuosa. Mi fiel retrato, ¿sabe? A veces se pasa, y eso no me gusta. Por ejemplo, cuando quiso vestirse así para un paso del Ecuador de no sé qué murga técnica, de ésas de ahora, tan mal informadas, y no gustó: mi pobre Chabelita estuvo gemecando sin parar varias semanas consecutivas, incluidos domingos y festivos. Ni un viaje a París, ni varios modelos maxi, ni un mini nuevo... Nada. Se calmó algo cuando le traje la tuna a casa y le cantaron eso de... Eso, hombre, eso que canta tanto la tuna, también usted, no acordarse. Bueno, eso, ya está. Me preocupa la virtud extremosa de Chabelita, me parece que se me va a largar al poyetón y, la verdad, una chica tan dispuesta... Me aseguran que está bastante bien de ortografía, cosa rara en casa, pero, ¿me quiere usted decir para qué leche sirve la ortografía esa, ¡eh!, me lo quiere usted decir? Ah, pues entonces. Sería una pena, porque le juro que le dejo un buen pellizco, ya lo tengo arreglado. Quizá así su bobería no sea tan notoria. En fin, le pido disculpas: pero esta Chabela, con sus manías... Es que me hace perder la paciencia.

De todas formas, siempre una de mis chicas es buena tajada. Aparte de que lo son por sí, y por lo que engorda su fortunita, debo decirle que su educación ha sido muy por encima de lo corriente por estos pagos. Han salido frecuentemente al extranjero, tienen una gran cultura en materias especializadas, peletería, joyería, hípica y algún otro deporte refinado, han visto mucho cine porno, toma, claro, la igualdad entre los sexos, ya sabe, el fruto de la propaganda dirigida... En fin, me he separado una miaja de nuestra línea. Usted, si no recuerdo mal, quería saber la evolución de mi currículum, pero, en fin, téngalo en cuenta, mi modestia... Aparte de que eso ya lo tengo impreso, lo puede usted encontrar en cualquier quiosco de Sol, de Cibeles... La verdad es que la base de mi esfuerzo está en un quehacer muy elemental, -109- de primeras letras, vamos. Y audacia en dosis prudentes. Negocié con algunas cosillas, ya durante el lío, al volver a casa, creo que ya se lo había anunciado. ¡Hombre, que si ha pasado tiempo...! Figúrese, aún corrían los duros de plata, creo que también se lo he referido. ¿Cinco duros...? ¡Una fortuna! Se lo digo yo. Esos negocios ya le dije, me fueron situando, eran mercancías que era necesario agilizar, poner en órbita, a ver, piensos, terrenos, eso que se llamaba, no sé por qué, estraperlo, seguro que era una broma de los enemigos. No, no se apure, miro el reloj por hábito, por nervios, pero hoy le puedo dedicar el tiempo que haga falta, a condición de que usted sea imparcial en su crónica, no vayamos a... Hacía falta, para eso, ser muy decididillo, echado para adelante, por menos de nada te veías envuelto en un cisco de aúpa. A veces había propietarios desaparecidos, esas cosas que pasaban, ¿comprende?, y los herederos se veían y se deseaban para vender de forma legal, pero, era evidente, tenían necesidad de parné, que la barriga no carbura en

materia de éticas ni patriotismos. Había que ayudarles, era pura caridad. ¡La de solares en barrios céntricos que me vi obligado a chalanear, empujado por la pena...! Partía el corazón oír aquellas lástimas, oiga, créame, soy naturalmente sentimental. También compré casas hundidas por las bombas, se veía en seguidita que eran endeble y por eso cayeron a las primeras... ¡Cuidado que hacen trampas, eh? Ya adivina usted la cadena, no hubo quien parase, qué barbaridad, con razón dice el viejo refrán que el dinero busca el dinero. Que si inmobiliarias, que si petróleos, y aceros, y chismes eléctricos, y porcelanas... Crédito, crédito que uno tenía. Me animaba muchísimo aquello de la autarquía, hombre, que si animaba, pero el hombre propone y la Bolsa dispone: hubo que someterse a los achuchones de la convivencia multinacional. Todo, eso sí, excelente, hecho a conciencia. Yo, todo a conciencia. Hombre, también -110- con usted, algo se habrá deslizado, claro, tenga presente que el enredarse esos locos de por ahí arriba en una guerra larguísima nos puso muchos suministros en el alero. Pero, en fin, la cosa salió bastante bien, ¿no? Sí, es verdad, en eso del embalse se nos fue la mano, vamos, quiero decir... Ya, ya veo que usted me entiende. Oiga, me está dando en la nariz que usted me hace esta entrevista con información previa y algo enterado de temas que no le importan un comino, pero, en fin, yo soy una persona muy clara, creo en el papel de la información. Si el pantano no se hunde, el pueblo habría seguido tan atrasado y tan viejo, así tienen casitas nuevas, a la última, con baño, polideportivo y toda la pesca. Me intereso tanto por la información bien entendida que, si al año que viene logro armonizar mi horario, me matricularé en esa Facultad recién estrenada. Seguro que se me da pipa, como dice mi Chabelita. Así, una vez bien facultado... Podré promocionar mi cadena de discotecas, predicar las excelencias del juego y de los útiles de papel, las ventajas de talar los bosques... No, no ponga esa cara, a ver, si no hacemos eso, de dónde saca usted papel para tomar esas notas que está usted garrapateando. Es que se ponen ustedes imposibles de protestones, ustedes los jovenzanos. Es hora de que se empapen de que lo que más les conviene es obedecer y callar. A cambio de su trabajo, y dada la enorme extensión que ha tomado mi firma, le proporcionaré datos, estadísticas irreprochables de... de... Venga, pida por esa boca. ¿Enfermedades de moda? ¿Parapsicología? ¿Sepulturas familiares...? Mi mano y mi influencia se cuelan por los sitios más inesperados. Puedo proporcionarle cuadros antiguos, auténticos, ¿eh?, nada de timitos, cerillas extra, con el fuego de colores y el rabito de sándalo, visones, entresijos del turismo, relojes, vuelos chárter, camas supletorias, contratas de pavimentación, apartamentos -111- en régimen de la máxima libertad... Esto, por favor, no lo publique, puede acarrear disgustillos caseros, ea, la moralina... Hable usted de chocolatinas, colocación de chachas, aire y sol enlatados, postales de recuerdo, imágenes alusivas a las fiestas históricas. Si no le gusta esto... Bueno, no se quejará, yo estoy dándole facilidades. Usted me ha caído simpático, aunque se gasta usted cara de comer más que una lima y de no alcanzar el salario base. No tenga inconveniente en confesármelo, podré echarle una manita. Además, una persona sin salario mínimo no puede aprovecharse de varios de mis negocios, automóviles, copadoras, secretarias en buen uso, calculadoras electrónicas, teléfonos y radios viejas para decorar, son ahora muy solicitados por las nuevas clases acomodadas... ¡Hombre, tanto como burguesas...! No me hace tilín esa palabreja, tiene un regusto, ¿eh? Déjelo en acomodadas, o, si no, en directoras, queda mejor. ¿Cómo? Bueno, dirigentes. Si usted se empeña... No tengo nada que alegar. Eso, sí, de acuerdo. Son bastante ignorantes y poco de fiar, pues tienden a lamentarse con frecuencia y por todo cuanto ven. Naturalmente, eso está muy claro. Vaya fastidio, ¿ve?, ya está el teléfono gimoteando. Seguro que el criado de turno está haciendo quinielas, tengo prohibido que suene aquí el teléfono cuando estoy,

como ahora, posando para el futuro. Se calló. Si le decía que todo a mi alrededor ha de ser de orden, no faltaba más. Dentro del orden se prospera. Fuera del orden... ¡Huy, huy, fuera del orden...!

No se preocupe porque mire el reloj, es hábito. Ya le he dicho que me cae usted simpático. Haga bien eso, con agilidad, con buen estilo, destaque mi espíritu de entrega, mi humildad, mi desprendimiento. Si no queda mal, podré pagarle un crucero el verano próximo. Dígame, déjemelo por escrito, qué países le interesa conocer. Procure que sean de los que están en buenas relaciones con nosotros, no vayamos -112- a pringarla. ¿Cómo se atreve a dudar de lo que le estoy diciendo? Claro que le pagaré el crucero y, si fuese necesario, en un barco bueno, muy bueno, no en cualquier cascarón de nuez. Sepa usted que yo cumplo religiosamente mis contratos, no digamos mi palabra. Y la legislación social, vamos que si la cumplo, hasta ahí podíamos llegar. Sí, es verdad, algunos fulanos se espachurran en las obras, pero eso es cosa de ellos. Fuera de mis compromisos no me meto, hay que dejar libertad a la gente para que haga lo que quiera. Cada cual, de su capa un sayo, ¿no es así? Pues que lo sea. ¿Escuelas...? Ah, ya, sí, ya caigo. Dígame cómo lo tienen organizado en otras empresas, que, en las mías, modestas, ya se lo vengo repitiendo, aún no hemos tocado esa variante, no sé si son rentables siquiera... ¿Becas para la Universidad...? Ah, mire: en mi ciudad, allí, en el norte, no había Universidad y, en general, no era vista con buenos ojos, resultaba algo... Algo así. Bueno, ya sabe, algo, ¿eh? Pues eso. Ahora he oído que... ¿Qué he oído yo...? Ah, sí, es donde dicen que van a investigar no sé qué, habrá que estar atento, déjeme que lo apunte en mi agenda, mandaré algún enlace avispadillo, no sea que luego... Ya sabe usted, la competencia, la desleal competencia...

-113-

Conformidad, una gran virtud

Quite usted, hombre, quite usted, a estas alturas. Ha llovido bastante, ¿no? Ya me he conformado. La conformidad es una gran virtud. En una ocasión, se lo oí a un predicador de postín, alto, perfumadillo él, que cayó por el pueblo donde yo andaba... andaba... ¿Cómo se lo diré? ¿De descanso? ¿Vale de descanso? Pues eso, total, ahora que las cosas van a cambiar, no vale la pena recordar los campos, ni las rejas, ni los toques de corneta, para qué. Aparte de que yo tengo muy buena encarnadura y toda esa pringue se me ha olvidado. O creo que se me ha olvidado, que los hombres damos cada sorpresa... Hombre, claro, al principio sólo se piensa en la revancha, se la palpa casi, un acelerar los pasos en el patio, sin ver a nadie, un sorprenderte apretando los puños y sudando. Pero, luego... No hay vela que, ardiendo, no se consuma. Ponga, ponga usted que estaba de paro forzoso, tiene así más aire de preocupación social, ¿no le parece? Pues sí, sí, la conformidad, la resignación, tiene bemoles el asunto. Tres pares de bemoles. Y usted se gasta cada salidita de pie de banco que ya ya. ¿Por qué narices cree usted que me iba a entregar yo a aquel descansito, alma de Dios? Menudo descanso, que se me zampó tres añitos de alimentación dirigida y paisaje obligatorio. Claro que, en realidad, no me debo quejar, porque, anda, que a otros... Y que, ya ve, ni se acuerda nadie de ellos, no está su nombre en -114- las paredes, cómo va a

estar, ni tienen una calle en sus pueblos... Aunque, a lo mejor, ahora van y... Hay que ver cuántas vueltas da el mundo, ¿no verdad, usted?

No sé por qué carámbanos quiere usted saber cosas de mí, de mi historia durante casi cuarenta años. Fíjese bien, cuarenta años, toda una vida, así como suena, toda una vida. No me lo irá usted a discutir, que le veo quedarse pensativo, como si me fuera a explicar algo... Ya va siendo hora de que se paren a pensar un poquito en la serie de cosas que se jaló pateta en cuarenta años, ¿no le parece? Usted no tiene más que mirar un poquillo por el contexto, el contexto, como dicen ahora los tecnócratos, póngamelo con mayúsculas, mejor todavía en inglés, viste mucho, y si lo pone en inglés yanquiso, entonces ya el desiderátum, ¿estamos? Usted analice, no es menester un exceso de pesquis: unos tan orondos, opulentos, boyantes, ricaces, muy viva la madre que te parió. Otros, bueno, muy parecido lo de la madre que te parió, pero con otro verbo diferentillo... Cuarenta años, hora a hora, día a día. Ha sido un buen rato, déjeme que me lo vea por dentro... Esperanzas, ilusiones, proyectos, chácharas, instancias... Todo se fue a hacer puñetas, camino del más agrio desencanto. Menos mal que yo, ¿sabe?, siempre he tenido muy buen humor. Es lo que da mi tierra, buen humor. Con chistes, con pequeñas apostillas grotescas, con chinchorrerías graciosas, un dejillo húmedo en la voz de la broma, nos consolamos de tantas y tantas tollinas... De las jugarretas de la vida, de la hinchazón de los impuestos, de la poca seguridad de los seguros, de la incomodidad de los autobuses, de los olores del metro, de la consagración del baboso tontorrón... Es cuestión de levantar una miaja el hombro, a fin de que no esté arrimado permanentemente, y ya está. Mientras otros hacen la historia y se retratan para los libros que han de estudiar los chaveas en el bup, o en el cou, o como - 115- leches se llame eso, los de mi cuerda... Bueno, lleva usted todita la razón: ya no sé quiénes son los de mi cuerda. Unos la han diñado, otros fueron entusiastamente ayudados a espicharla, otros andan errantes por el mundo adelante, lejos... Y lo del color ya no vale, está pero que muy descolorido. ¿Usted me entiende? ¿O no? Ah, creía, porque hay cada mendrugo suelto por ahí... Pero, usted, ¿habrá ido a la Universidad, no verdad? Pues entonces... Le decía que los míos, o sea, a los que les cayó la china como a mí, nos hemos limitado a ir tirando, procurando arrimarnos a la pared lo más posible... No, no se crea, yo me las he ido arreglando y, la verdad, como no me gusta matarme a trabajar, ya me lo decían en casa, pues que no me ha salido tan mal... Ya ve, para empezar: mi enclaustración fue de tres años, ya se lo he dicho. Pues, empápese, tengo algún pariente que aún colea, ya ni nos escribe, qué va a escribir, pobretico, se ha quedado lelo del todo, y, cuando lo han querido mandar a casa, se vuelve solo a la gura, lo mismito que las bestias. Aparte de que ya no tiene dónde ir, que cuarenta años, ¿eh?... Y la familia cercana se volatilizó en cualquier tapia, y aparte de que está tuberculoso de aquí, de la pechuga, que nadie querría un huésped así, y aparte de que está in extremis de bolsillo, enfermedad aún peor que las febrículas y las toses, y aparte de que tiene unos reúmas que le han puesto los codos a la remanguillé, es que se nota que le ha tomado cariño a la querencia y gira sobre los talones al tropezarse con el primer bípedo que se cruza. Si cuando yo le digo que cuarenta años no son moco de pavo... Este pobretico que le cuento ya ni me conoce. Se me queda mirando, mirando, suspira, suelta una lágrima, grita un viva o un muera. Esa suerte tiene, como está oficialmente gilí, puede largar los vivas y mueras que le salgan de su allí, y eso que algunos de los vampiros que padece se cabrean que válgame Dios. Oiga, no me jeringue usted - 116- ahora. ¿De qué se van a cabrear...? De oírle, señor mío, de oírle. Claro que hay que reconocer que vaya deseos que vomita el... Se pone algo gamberro, lo que no me gusta. Yo,

esos vivos y muertas, créame, considero que no deben decirse más que en serio, eso es, en serio, vamos, ante notario, pero el viejales, ya se lo he dicho, está rematadamente agujereado, qué le vamos a hacer. Me dijeron que se le ha puesto así la azotea de tanto comer legumbres en régimen de dedicación exclusiva. A mí, no crea, y eso que fue muy poco tiempo, ¿ve?, me salió esta especie de sarna bajo el pelo, que me trae a mal traer, me pica y me llena de talento el cuello y las solapas... En fin, a veces, creo que la Susana no se casó conmigo por esta repajolera caspa. No, no; de donde se me ha caído el pelo no me sale caspa; es de aquí, del colodrillo... No sé si su pregunta es miel para sofocar el posible amargor. Si es así, gracias, muchas gracias, pero no hace falta. Sé que ya estoy calvorota. Y si lo dice por recochineo, allá usted: llevo ya tantos años aguantando chanzas toscorras, que ya... Llega usted tarde, mi amigo, y sin posibilidad alguna de acierto. Así que avergüéncese y sigamos. A lo mejor, los vivos y muertas del vejete son así, como mi caspa, algo que se cae del cuerpo, algo que sale del hondón de la cabeza, cascarilla del cráneo, repleto de sinsabores que no puedo pregonar... Pregúnteselo a algún mediquillo que conozca o que se le ponga a tiro, a ver qué se le ocurre...

Mire, tenga paciencia y no me aturulle. Respete los derechos humanos, caray, no sea usted de su tierra. Yo le iré diciendo cuanto haga falta, pero dentro del orden. Dentro del orden, como está mandado, ¿vale? Yo le contaré lo que haga falta de la Susanita, y de mí, y de todo lo que me pregunte y yo sepa. Ah, pero, ¿lo va usted a grabar? ¡Anda, qué chisme más bonito! Habla sólo. Se ve que es usted un tipo que se las sabe todas. Pero no me había dicho usted ni pío. Cauteloso, seguro que es -117- usted gallego. De todos modos, le agradeceré que me someta a censura lo que acabe usted por hacer, tengamos la fiesta en paz. No sea que a mí, que soy un bendito, se me escape algo que, sin importancia, pueda ser una ofensa para alguien, o una prueba de frialdad o desviacionismo... Yo, que conste, estoy habituado a moverme dentro de los cauces legales y sanseacabó. Pues estaría bonito. A mí me está dando el olfato de que usted querría que yo le repitiese una letanía de esas que usted escribe en los domingos de Ya, donde un tipejo indocumentado desembaúla su vida, que si hizo esto o lo otro, y luego se casó, y ganó dinero, y tomó el pelo a base de bien a todos sus compatriotas, saltándose a la torera toda norma decente. Ya ve usted, lo siento en el alma, pero no es ése mi caso. A mí, prácticamente, no me ha pasado nada. Habré tenido algo de todo eso, no digo que no, esos tiquismiquis con los que usted podría escribir un cuento, ganarse unas pesetillas y, hasta a lo mejor, es otra de tantas pestes heredadas de la bobería ambiental, acudir a un concurso, recibir un premio, hablar por la radio y salir en la página-balance de fin del año literario en las revistas ilustradas. Mire, un poquito de formalidad, ya está bien de mentira organizada, ¿no? A nadie le puede importar ya lo que a causa de la guerra me haya podido pasar a mí, ni a cualquier quisque. Solamente algún que otro empecinado rencoroso o mediocre, que ve sus prebendas en el alero, puede recurrir a esas memorias. No, yo he sido un pobre hombre, y si me hubiesen ido bien las cosas, quizá hubiese sido también un pobre hombre. Ya le he dicho al empezar, por si me buscaba usted como un sujeto con mucha garra para sus noticias, ya le he dicho que yo me resigné. Ah, la conformidad, qué bien le sienta no al que se conforma, sino al que la impone. Que venga Dios y lo vea. ¿Que quiere usted que le cuente lo de Susanita...? Se me fue la lengua al decirlo antes, no debí hacerlo. Es -118- malo escarbar en los recuerdos; a veces, el pozo se enturbia demasiado al revolver... Fíjese, eso se acabó como el rosario de la aurora, que no sé cómo es, pero, en fin, se dice, y ya se sabe el resultado: se acabó. No, nada de aquí paz y después gloria, qué va. Ya ve, lo que son las cosas: a mis años, al recordarla, aún se

me pone carne de gallina y percibo su olor en el aire, y oigo su risa cuando yo soltaba alguna patochada... Todo iba tan bien, maldito jaleo. Ya ve, sus padres eran muy buenos, muy píos, seguramente de veras, la cofradía esta, la hermandad aquella, y que si hay que acostarse temprano, y que si tú no te peinas para ese réprobo - rojillo - vago - piernas - incendiario - marmolillo - expresidiario... ¡Mi madre, qué cabeza le ponían a la moza! Y ella, un ángel del cielo de la mejor calidad, me lo repetía todito, mejor, me lo declamaba sin pestañear, no le faltaba más que subirse al balcón del Ayuntamiento para entonármelo desde allí. Mucho después me he dado cuenta de que cuando me decía que me estaba esperando, y que tenía la certeza de que yo reharía mi vida como una persona decente, digna de su apellido y de su lecho y de su dote y etcéteraetcéteraetcétera, lo que en realidad estaba haciendo era esperar, sí, pero a que saliera otro, como al fin sucedió, en figura de... Bueno, qué más tiene, el tipejo se encontró de golpe con todo resuelto, la casa, el capitalito, la amante, los escrúpulos suegriles, los negocios con trampa y cartón... Se casaron. Vi la boda de lejos, escondidillo, iba a hacer feo que allí, entre tanta piel costosa, tanto uniforme, tanto loro engualdrapado, tanta plástica abarrotada de bondades... Iba a hacer feo, le digo, que yo, exactamente lo contrario de lo que se oía, estuviera de convidado de piedra, a punto de convertirme en llamarada del infierno. Mire, mire, ¿no le dije hace un momento que se me pone carne de gallina al recordarla?... Estaba tan bonita, Dios, sus manos largas, los ojos claros, y aquel reír... Se -119- le podía perdonar su bobería, su cursilería, sus prejuicios... Sí, claro, viven no lejos de aquí, la veo algunas veces, ella disimula o por lo menos disimulaba al principio, yo exagero mi cegatosis... Está gordinflona, se pintarrajea, ha sido muy paridora, tienen un simcamil de un color malva que da dentera, y un chalecito en el Alberche, no se vaya usted a creer... Hay parné, toma, así, cualquiera. No, a los hijos no los conozco, no he querido, bueno, sí, creo que hablé una vez con uno, el segundo, más bizco aún que el padre, pero no he querido acercarme a lo que, ajeno, pudo ser mío. En esto como en tantas otras cosas, a ver qué vida. ¿Que si me siento solo? Está usted aviado, mi amigo. ¿Es que hay otra cosa en el mundo? Dígamelo, ande, le echaremos un galgo...

¿De mí? De mí más vale no hablar. Debe de ser una película muy sobada, que cada cual se ha resuelto como Dios le ha dado a entender, eso sí, sin ayuda alguna, sin apoyo, siempre en el viento, en el más negro desamparo. Nos encerrábamos en un ancho recelo, temíamos que, si anunciábamos que comíamos o que habíamos encontrado trabajo, nuestros propios amigos o correligionarios pretendiesen, con el pretexto de convidarnos a un chato, llevarnos hasta una esquina mal alumbrada o al puente más cercano, y, ¡zas!, uno menos. Y, al día siguiente, fingiendo caudaloso duelo, el fulano se presentase en el tajo a reclamar nuestra ración, nuestro puñetero empleílo. Yo veía muchas veces en sueños la puerta de mi refugio con un delicado: «Hoy no se trabaja por defunción de un subalterno». ¿Muy divertido, no cree? Tuve innumerables chapucillas, que si vendo pájaros en el Rastro, o recojo chatarra de los derribos, o salgo a las escombreras del tren a rebuscar carbonilla, o que si vacío de estiércol los corrales, y hasta llevaba las bestias hembras a los sementales, y saqué al sol a dos o tres viejos asquerosos, podridos de dinero, que estaban paralíticos -120- en una silla de ruedas, hasta que se los pulió la funeraria... En fin, no vea, qué trabajitos. Todos. En seguida se echa de ver, trabajos de esos que el padrón municipal que acabo de rellenar designa como de «titulación superior». Que venga Dios y lo vea. Muchos de esos quehaceres vistosos tuve que abandonarlos por la benemérita intervención de la ídem. Oiga, usted, ¿por qué pone esa cara? Encima de que procuro contárselo sin darle el coñazo... Usted vigile su chisme y dese un punto en la boca. Es política que da un fruto

fenómeno. ¿Sigo?... ¿Está enchufado ese cacharro?... No me vaya a salir luego con gaitas roncadas, hasta ahí podíamos llegar. Sí, ya sigo, ea, allá va, ¿alguna anécdota buena...? Hombre, sí, ésta: yo hacía un pobre tan típico, tan característico, que me llevaron, alguien gordo de veras debió verme en la calle con el carro de la basura, a la televisión, para representar de mendigo en no sé qué historieta de Dickens... ¿Sabe usted, camarada, quién fue Dickens? Ah, menos mal, es que como antes dijo que había ido a la Universidad y esos tipos no saben dónde tienen la mano derecha. ... Sí, me pagaron bastante bien: cinco duros en papel de vellón, una caja de mantecadas de Astorga y una botella de champán catalán. Era cosa de Navidad, ¿comprende? Estuve mucho tiempo parado en la cuesta, a la salida, en el paseo de La Habana, cambiándome de mano los regalos: izquierda, derecha, ahora en ésta, luego en la opuesta, sin atreverme a echar a andar, leyendo, y me reía con ganas al leerla, la etiqueta del champán, y no me decidía a caminar, que las botas tenían unos agujeros tremendos en la suela y yo no llevaba calcetines... Me había caracterizado muy bien, quite usted allá, y, luego, el billetito dichoso, El Banco de España pagará al portador... Madrid, a tantos de tantos... Venga a darle al billetito, que se ventilara, usted me contará, cómo esconderlo, no tenía forro en los bolsillos...

-121-

¿Es gracioso, no verdad? No, los palabros no los grabe, bórrelos, no creo que sirvan para gran cosa. Ya lo que viene después no es tan gracioso. Salí a flote, un discreto pasar. Para mí, de sobra. Ya lo sabe: soy un pobre hombre. Con los desperdicios, eso es, veo que está usted enterado. No, no le voy a contar cómo compraba y vendía, por la sencilla razón de que no me da la realísima gana. ¿Está claro? Tampoco le voy a contar el intrínquilis del proceso de mi desarrollo, estaría bueno. Pero ya ve que traicioné a mi causa entregándome a la nueva sociedad, cooperando a su levantamiento, o sea, vamos, a eso que apodan renta per cápita. Considere: llevo un solitario ya que no alianza, buen seiko, ropa aceptable, cartillita en la Caja Postal de Ahorros. Debo, en cambio, confesarle mis pequeños trucos, por si pueden servirle a usted, porque, reconozca conmigo, en este país nunca se sabe, y si nos da por volver a guisar la tortilla consuetudinaria, a lo mejor le toca a usted apechugar con algo parecido a mi currículum. No, no, nada de eso, no haga chistes baratos. Yo ya me hacía currículos antes de la basura, y antes de la reclusión, usted lo sabe muy bien, que por eso estamos hablando. No me pasaba como a muchos que brillan por ahí, tan pimpantes y confunden currículum con una marca de vaya usted a saber qué aparatos domésticos. A mí me lo va usted a contar. Y le repito que no me duele, ya no tendría sentido, que no me hayan dejado llegar a donde me encaminaba. ¿Es que alguien podrá devolverme esos años para empezar otra vez? ¿Valdría la pena, tan siquiera? Vamos, hombre, vamos, no me haga reír.

Le decía que yo he tenido truquitos para ir tirando. Uno de ellos, el más socorrido, era ir a consultar mi porvenir a los videntes. Me encontraban pobre, muy pobre, y siempre, seguramente por pena, me profetizaban laureles, viajes triunfales, alianzas poderosas, muchísimo dinero. Ya ve, yo me consolaba, me reía, podía mirar al cielo con tranquilidad, -122- y sacar el pecho, y pisar fuerte, a ver, el porvenir era mío... Si iba a alguna romería de ésas con apariciones y toda la pesca, solía pegarme a algún comedor de beneficencia, oía las conversaciones, cosechaba esperanza de todo cuanto oía, y me enteraba del revés de los periódicos... Le aseguro que era una experiencia maravillosa, que le recomiendo no se pierda. Yo aún me disfrazo muchas veces de pobretón, como en los días en que salí en la

tele, que, ahora ya pasado, espero elogio usted mi tacto, ya que me aguanté la honradez de contar quién era yo y por qué había estado guardadito, y, le iba diciendo, escondido en mi traje de harapos, acudo a casas de mediums, voy a ermitas milagreras, donde traspellados tunantuelos fingen comunicación con los cielos, o simplemente acudo a tachistas de precio módico... Sí, voy con frecuencia, hay que compaginar todo eso, el misterio, con las facturas, la artrosis, los arbitrios, la discursería providencial y demás monsergas... Yo necesito, lo voy a necesitar ya siempre, los diez o doce años que, todo lo más, me quedan que patear por estos andurriales, necesito, le digo, y algunas veces de manera angustiosa, una voz que me hable directamente a no sé dónde, aquí, en la cima de la pena escondida tantos años, y oírla predecir felicidades, generosidad, comprensión, qué sé yo, perdóneme, algo que me quite de en medio, aprisa y para siempre, tanta y tanta mierda como he tenido que llevar a cuestras... Ya le avisé que yo le chafaba hoy el trabajo, a la vista está. En fin... Anda, se le acabó la cinta, se gasta usted unos casetes que son una verdadera porquería, ¿estamos?... Así no se va a ninguna parte.

-123-

Comparar, comparar, otra versión de lo mismo...

Oiga, oiga, nada de malos humores, ¿eh? Aquí hay que estar contento, y ahora más, mucho más. Hombre, hasta ahí podíamos llegar, pues sí que. Después de años y años largos, que, vamos, que no ha sido mala longaniza, ¿no verdad?, y después de tener que ensayar la buena cara al mal tiempo toditas las mañanas antes de salir de casa... Ahora va usted y me sale con que si estoy triste, pues sí que no se gasta usted pesquis ni nada que digamos. Yo he estado contento toda la vida, ¿se entera? ¿Qué se iba a conseguir? Ya echará usted de ver, digo yo que lo verá, ¿no?, que soy hombre tirando a gordo, y los gordos, ya se sabe, son de buena pasta. Por eso son gordos. Si no hubiera sido por eso... ¿Usted cree que valía la pena lamentarse...? Al principio, cuando todo fue de mal en peor, aún era, por lo menos, explicable el refunfuño, la mala uva, el llegar a la noche a casa cabreado de veras... Pero apretaban, vaya si apretaban las clavijas, y había que vivir. ¿Que no marchaban los vientos como uno querría que hubiesen marchado, o como lo deseaban en casa, la abuela, las titas, el cuñado importante, que de todo hay en las buenas familias españolas? Bueno, qué le íbamos a hacer. Corrieron malos tiempos para todos, hasta para los cuñados pedantones, que con sus títulos, sus estrellas algunos, sus zarandajas todos, sus recomendaciones y amistades -124- y compadrazgos, se tuvieron que someter a la depuración, al medio sueldo, al menosprecio de los vencedores y, en fin de cuentas, al traslado a la quinta eso, fuera del mapa y a destiempo. Y chitón, ¿eh? Protestar, quién hablaba de eso, habrase visto. Pero qué ingenuo es usted. Yo, en cambio, con muy buen humor desde un principio, no tuve que digerirme tantos sofiones, a ver. ¿Y sabe por qué? Muy sencillo: con buen humor, sí, ya se lo he dicho antes. En la última verdad, a donde no me llegará nunca la broma, estoy convencidísimo de que, entre nosotros, de justicia, así, vamos, de justicia justicia, es que ni torta. Y así, tan persuadido, pues que nada me cogía de susto. Ganaba por la mano, ¿me comprende? No, mire, no, formalidad, no racanee: guárdese esa carita compungida para otro más tonto que yo. No pretenderá hacerme creer que usted confiaba en la

generosidad de aquellos tipos que venían de por ahí arriba, cuajaditos de medallas y protecciones celestiales, dispuestos a engullirse lo que toparan, como, en efecto, se lo engulleron. Déjese de cuentos: no había otra escapatoria. El hombre tiene mala levadura, ya lo dijo ese poeta que usted debe conocer, un americano de no sé dónde, Rubén... Rubén... Oiga, mi amigo, no se las dé, no me farde, yo también le conozco estupendamente y hasta me sé de memorieta alguna cosilla de él, sí, chamuyo de eso más de lo que usted se recela. Lo que pasa es que... A ver si me comprende. Es la costumbre. Yo no sé si para usted, es la primera vez que le veo, Rubén Darío es un antipatria = réprobo = saduceo que no debe ser citado delante de contribuyentes de buena clase... ¿Estamos...? Estoy tan escaldado que prefiero que sea siempre el interlocutor el que ponga la luz verde a las citas. Entre literatos, óigame, se zampa uno cada sorpresa... En fin, podemos seguir, que yo tengo que hacer bastante, es sábado, y los fines de semana, ya se sabe: jaleo, jaleo y jaleo. Nada más que jaleo. -125- Vea, vea, usted me preguntaba si mi vida me había acarreado amarguras... No, simplemente algo así, cómo se lo explicaría yo... Una desazón, un resquemorcillo al comparar la realidad con los ensueños, con los planes quebrados, ¿sabe?... No me gusta hablar de esto nunca, porque ¿a quién puede interesarle ya, como no sea a algún vejestorio aburrido, medio chocho...? Por eso le he colocado esas chorradas sobre Rubén, para ver si se le pasaba a usted el tiempo y nos quedábamos sin entrar en el grano, que, se lo aseguro, no es nada agradable, qué va a ser. Ha llovido mucho, claro, usted mismo lo dice, y lo que yo pude anhelar, ser o tener, o conocer, ya tampoco existe, que entre los países más normales aún han ido las cosas más deprisa. Volando, vamos, volando. Hasta la propia sangre de los sueños se quedó en humo, en soledad asombrada. Sin embargo... Espero que, por lo menos, usted comprenderá mis razones, las que me tengo, para no charlar de eso, de esa larga y baldía memoria. ¿Ve...? Ya no soy el mismo. Me lo noto hasta en el movimiento, súbitamente tembloroso, de la barbilla, de las manos... Se debe llevar a cuestras, o muy dentro, una llaga muy honda y alevosa, mal cerrada, que, a veces, como pasa con las lesiones viejas del pulmón, se entreabre, o, como los dolores del reuma, que se avivan con los ramalazos del tiempo. Le decía que se me abren las carnes al comparar... Observe, ahora, un fin de semana. Todo el mundo se fabrica proyectos apresurados, estruendosos, dos días, y, si hay puente, también el viernes al colete, y si encontraré un gilí que me haga el trabajo en la oficina, o en el taller, o donde sea, siempre un gilí, y, a ser posible, que pringue también el lunes, cuesta tanto levantarse tras el día de mar y la noche de discoteca y güisquelitos... Y la gente se embute en su simcamil, o su seat, o sus coñas, y se larga al mar Menor, o al mar Muerto, qué más dará, o a las playas de Valencia, con la suegra y todo, los chaveas apretados -126- atrás, y, ¡hala!, hasta donde el sueldecito tire, y a la paella, y, al regreso, a presumir un rato largo en el trabajo o en la barra de la cafetería... «Subí el puerto en tercera...». «Adelanté a un mercedes amarillo...». «Aquel vampiro era un grullo que no carburaba nada...». «El de la gasolinera se equivocó y me cobró doscientas pesetas de menos; salí pitando antes de que se diera cuenta...». En mi tiempo... Dios mío, qué cosas, en mi tiempo. Había que ir ahorrando a base de no tomar el tranvía, quincito por expedición, y conquistarse así una excursioncilla por mes, en tren tartana, cinco pesetas ida y vuelta en tercerola a Toledo, a intentar civilizarse, y embaular una merienda modestita que nos devorábamos en una tasca de las afueras, muy eruditos, fatigados, discutidores... Comparar, comparar... Estamos buenos. No es eso lo malo, sino el resultado, haberse metido en años sin tener ya el gozo de preparar la excursión, ni ahorrar poco a poco el dinero y contarlo y recontarlo muchas veces, pensando en el domingo ése concreto, en la compañía que podríamos conseguir en el viajecillo; sí, nos hemos quedado

sin todo eso, y sin tren ni coche conquistados, ni Toledo, ni rábanos, ni las pelus para presumir y comprar un mazapán pobretón de regalo para casa, sin la luz especialísima del regreso -¡no teníamos reloj!- desangrándose la tardecita en agujetas y halagos sobre los párpados... Ni tan siquiera sobrenada el carraspeo último, a media voz, ya las luces encendidas: El vino que vende Asunción, ni es tinto, ni tiene color... Y no veo por ninguna parte, hoy, cuando yo también hago un viajecito de esos que le he contado, que hay que hacerlos, señor mío, hay que hacerlos, que vivimos los españoles todos apiñados en un tic-tac concreto, por más que no lo parezca, o no quieran que lo parezca, que hay gente para todo... No veo, le decía, por parte alguna, aquella total alegría tumultuosa, que nos hacía millonarios, mejores cada domingo... Sí, sí, comparar. Quizá lleve usted razón, no será comparar, será -127- otra cosa. Mire, ya di con lo que es, pero qué bruto, cómo no se me habrá ocurrido antes... Fíjese, es exactamente como si uno estuviese enamorado. De vez en cuando, en tumulto y sin aviso, estás haciendo lo que estás haciendo, se atraviesa por delante una cara, una voz, un gesto... Y el recuerdo te distrae, te mimas, te hincha de latidos y, a la vez, te rodea de silencio, de agrídulce pesar, de amontonado viento... Sí, eso es, lo mismito que si uno estuviera enamorado. Y así, por fas o por nefas, toda mi vida, la vida que soñé y no ha sido, se me presenta de pronto, con sus aristas intactas, y ya no hay manera de acomodarla con el hoy, tan gris, tan perentorio, tan chato y tan distinto... ¿Que no entiende bien eso de estar enamorado? Ah, ya decía yo que usted... Pues joróbese, macho, usted se lo ha perdido. Yo, viejales y todo, aún me lo sé de carrerilla, lo tengo en la yema de los dedos: una sombra buena al lado, protectora, y un tacto, y un jadeo... Se echa de ver en seguidita que sólo desde el rincón del bolsillo vacío se palpan muchas cosas. Será, digo yo, que la pobreza... Ya ve usted, algo bueno teníamos que concederle...

No, no me salga por peteneras, también con usted. Si hablo, es porque usted me ha forzado. Si no le gusta lo que digo... Váyase a... En fin, ya sabe dónde. ¿Esperaba que le contase algo divertido, así, vamos, como se acostumbra ahora...? Venga, hombre, venga, bueno está lo bueno. Ahora, para pasar el rato, no hay más que observar a tantos y tantos que han sido tan rebuenos toda la vida, pero que, al trocarse los vientos, deciden solemnemente practicar esa bondad cuarenta años maniatada. Pues sí que estamos buenos, oiga. Ni siquiera el saberlo de antemano logra quitarme el asombro, ni cerrarme la boca. Dígame si no es para reventar de risa, como se lo vengo diciendo. Ya sabe usted que estoy contento, que no le pido a la vida más de lo que me ha dado. Confieso que, a partir de un abril ya muy atrás, todo ha sido para mí un auténtico regalo, una sostenida concesión. -128- Cesé en todos los derechos un día exacto, usted me contará. Inhabilitado para tal y cual cosa, responsabilidades por esto y por lo otro. Contaminado. Por eso, cuando alguien, como usted ahora, me bucea en la trastienda, me zafo lo que puedo. Con usted, la verdad ante todo, con usted es diferente. Parece que, por lo que veo, le interesa sobre todo eso, es decir, lo que pudo o no pudo condicionarme el jaleo. Si será usted de su tierra. Piense, sin ir más lejos, en todas las familias pasa, lo que ocurre cuando alguien se muere... Cierre la puerta, por favor, me van molestando las corrientes, y estos bronquios... Todos ustedes, los que andan jodiendo a más y mejor con la apertura, no saben cerrar una mala puerta, está comprobado. Y, don místico, es algo sencillo, ¿no?... Pues, entonces... Ande, cierre, cierre, que, a pesar de los pesares, me gusta la vida muchísimo, se lo vengo repitiendo, me gusta cada vez más, y tengo una mieditis de tamaño natural a los dolorcillos, la renquera, la tos, la ceguera, tengo un pavor atroz a la parálisis. Sí, claro, yo sigo diciendo parálisis, ¿qué pasa? Pues entonces... Le decía que piense usted en algo, por ejemplo, la muerte. Yo vi morir a mi

madre, tan mujer de su casa, aún muy joven, se pasaba la vida pendiente de todo y de todos, en la cocina, yendo a las novenas y a mil beaterías por el estilo... Era capaz de adivinarnos lo más escondido, por extraño que fuera, tan sólo con mirarnos, con oír nuestra forma de decir: Buenas noches. No tengo gana. ¿Qué me pasará que tengo tanto sueño?... En su entierro, un día de marzo, neviscaba, parece que lo estoy viendo, se reunió toda la familia, un familión, vinieron algunos de muy lejos, más de dos días de viaje, ya conoce usted esas caras de los trasbordos en la madrugada, con frío, suciedad de carbonilla, barbas crecidas, y una pena rebelde entre las manos... Hubo no sé qué personajillo en la presidencia del duelo y, ya ve si sería rumboso aquello, las viejecitas del asilo llevaban cintas sujetas de la caja y -129- lloraban a gritos, altísimo, parecía que las estaban pisando el rabo, tan hirientes eran los chillidos... Y la patulea de primos de aquí y de allá estuvimos sentaditos en un banco de la iglesia, los pies muy juntitos, así, empujones de cuando en cuando, avisándonos con el codo de imaginarios peligros, y tarreamos eldies irae, que nos lo sabíamos del cole, y nuestras ropas negras olían a tinte, algunas dejaban un garabato sucio en las manos o en el cuello, y mirábamos alelados el largo desfile de gente que saludaba a las personas mayores de la familia, todos con un gesto muy pariente, lagrimones fáciles, suspiros frecuentes... Era tan bonito, nos sentíamos tan en el centro del mundo... Se habían hecho esquelas, luego recordatorios, leíamos nuestro nombre una vez y otra, allí abajo, no se habían equivocado en el orden de los hermanos, y estábamos todos... Y misas, misas, muchas misas. Yo siempre he pensado que también a la muerte de mi padre o la de mis hermanos habría tenido derecho a disponer de algo parecido, ceremonia, reunión, compartida amargura... Una tarde atestada de lujos en el cielo, de brillos sobre el cementerio y campanas tristonas durante el funeral... Sí, sí, que me lo he creído yo eso. De algunos, hubo que ir a reconocer el cadáver de mala manera, quitando el escombros con uñas y pies, y con un asco infinito, y venga a pagar pólizas y dejarte vigilar por unos tíos con fusil, y sin poder rechistar, y no pudo hacerse entierro. Dios sepa cómo sonarían las paletadas de tierra en la caja o lo que fuera, todo reducido a una fichita, una cartulina así, pequeña, eso sí, muy ordenada, con números, fechas, siglas, la hora del ataque aéreo. Había incluso que hacer cola para pagarla. Y otros... Buenos, los otros... ¿Por qué se empeña usted en destapar todo esto? ¿Para qué repetirnos estúpidamente que aquello era una cruel parodia de la justicia, una guasa que...? Total: que tampoco tuvieron duelo, pésames, acompañamiento, coronas, ni gorigori apropiado, ni desfiló nadie a dar -130- la cabezada, pues sí que no habría hecho falta decisión ni nada, arranque, casi heroísmo. No, nadie quería que los vieran por nuestra casa, execrada, maldita, ya ve usted, temible gente de la cáscara amarga... ¿Es que no me ve?... Incluso los recordatorios de los aniversarios dejan en blanco nombres, motivos... ¡Se tardó tanto en poder siquiera recordarlos...! ¡Bah, quite usted, fuera, fuera toda esa mirada hacia atrás, fuera!

No, eso sí que no. De mi carrera, de mis cosas mías, no le hablo. No me gusta hacerme el ombligo del mundo, por la sencilla razón de que no lo soy. Pues estaría bueno. Sí, proclamo que me he tragado muy malos ratos, pero para mí me los quiero. Son míos y no le importan un carámbano a nadie. Así que... Prefiero hablarle de esas pijaditas anecdóticas para que usted, luego, solito, en su casa, tranquilo y con las cuartillas delante, pueda sacar la moraleja oportuna. Además, es donde mejor se pescan las diferencias, las distancias: en la muerte, las bodas, en las costumbres más trilladitas, hombre, qué me va usted a contar a mí. Figúrese, las bodas, las bodas... Usted conocía muy bien a Ricardín y a Lucita... ¿Se acuerda qué chiquilla graciosa...? Chatilla, pizpireta, ceceaba un poco, le gustaba imitar a

las artistas de cine y vestirse de drácula para asustar a los críos, resolvía el miedo en risas, besos, caramelos, cantaba Échale guindas al pavo por el hondón de la casa... Y Ricardo, con su moto, alocado siempre, su empleíllo en la Caja Rural, aquel pelo ceñido, inmóvil, brillante a fuerza de fijador... Ganaba doscientas cincuenta pesetas, cincuenta machacantes. Y tan felices, tan bonito, tan bonito, todo tan bonito, Señor, tan bonito y tan simplón, no me diga. Se casaron borrachos de ilusión, a fines del año treinta y cinco... También acudimos todos los parientes, estrenamos trajes nuevos, se habló de la boda y de los novios hasta aburrir a todo cristo, que si esto, que si lo otro, que si la madrina, que si las arras, en fin, no -131- vea... Se acarrearón claveles blancos a montones, que costaron un dineral, a ver, diciembre crecido, y en la puerta de la iglesia, víspera de la Purísima como era, ardió una hoguera tremenda, traían leña y más leña, sarmientos y más sarmientos, y muebles viejos, y trastos, y cajones, y todo lo que se quisiera hacer ceniza en un instante. Y los mozos solteros corretearon luego, descalzos, por encima de las brasas, y volvieron a pasarlas con los novios a coscoletas, cantando letras muy subidas de color, todas las mozas del pueblo gritando, fingiendo escándalo, divertidas, algo cachondilla la que más y la que menos, arrojando en carcajadas y carreras su pecho reventón... Tan claro y alegre todo, que no se notaba la helada, ni se oía el reloj de la torre, ni nadie se dio cuenta de unos tiros que hubo, a ver, los había cada lunes y cada martes y a todo rato, ya sabe usted, aquellos continuos tropiezos con la Guardia Civil. Y luego vino el viaje de bodas, los amigos en masa en el andén, venga a contar y contar la infinita bartulera, haciéndoles equivocarse al esconderles o cambiarles de sitio una bolsa, una maleta, la panzuda sombrerera, cada broma, Lucita miraba al suelo, Ricardín se sonrojaba... Y no podían disimular, ya en la ventanilla, que les habría gustado quedarse, ya sabe, la boda, todas ríen y la novia llora... Y mandaron tarjetas de lugares llamativos, Barcelona, Sitges, San Feliú de Llobregat, Andorra, y no sé qué latazo del Tremedal, que creo que cae por Teruel, usted sabrá, a mí ya no me emociona mucho la exactitud geográfica, aparte de que en estos años han dado la vuelta a todo, han disfrazado hasta los nombres, vaya usted a saber. En fin, una boda de veras, de dicha muy corta, ya se enteraría usted. Ricardín murió en... Sí, eso es, en la cuneta. Ni siquiera tuvo tiempo de incorporarse a filas... Ahora compare usted con la mía. ¡Con mi boda, hombre, en qué diablos está usted pensando! Ni que estuviese usted en Babia... Ya ve, yo me tuve que casar dos veces, ¿sabe?, -132- a ver, me casé o como se dijera, en pleno bollo, en el juzgado. No, qué va, aún había quien lo hacía por menos tiempo, era más fácil, una especie de boda a plazos, vamos, no sé si me explico. Pero usted me entiende. Y mi boda era formal. Un cura que teníamos escondido en casa se empeñaba en hacernos no sé qué, pero era tan soleche y cascarrabias que no le hicimos el menor caso... Luego, cuando todo acabó, bueno, lo de todo es un decir, allá nos llevó, a su iglesia de las Maravillas, una mañana de febrero, llovía si Dios tenía agua, y él ponía los ojos en blanco y nos echaba nuestro pecado atroz a la cara como si fuera barro en pellas, Señor, qué tío, qué lindezas nos encasquetó. Pero, claro, la familia de mi mujer... Bueno, que no hubo parientes, ni trajes nuevos, ni fiestas, ni quedaba ya gran cosa para quemar en ningún sitio... Nada de nada. A las siete de la mañana, casi quería clarear, se oyó, entre los latines, en un silencio de esos que pasan, el pregón de unos ganchos para la ropa, y se crecía a ratos el runrún de mi suegra, fue todo el órgano que hubo, que gemecaba y ponía, patética, la mano sobre la cabeza de mi mujer...: «¡Tú no naciste para ese desgraciado rojazo, hija de mi alma y de mi corazón...!» El aludido era yo, aquí presente, ¿se entera? Casi nada. Menudo piropo, en una iglesia y en el año... Bueno, entonces. La habría ahogado en la pila del agua bendita, aunque ahora me tuviese que arrepentir y me obligaran a escribir diez mil veces Eso no se hace. ¿Viaje de

novios, dice...? Pero usted está algo flojo de la tornillera, amigo mío. Viaje de novios, dice... De la iglesia nos fuimos cada uno a nuestro trabajo, que estábamos provisionales y sin depurar, y no había en casa una gorda y, en cambio, nos disfrutábamos cada agujero en las suelas... Ya le he dicho que estaba lloviendo a torrentes. Mi mujer no era ni su sombra. Tenía, eso sí, el brillo de los ojos que ha tenido siempre, y su voz tibia, compañera... Era mejor que lloviese, que estuviese diluviando. Así no supe nunca muy -133- bien si es que ella estaba llorando o era la mañana mojada, que le acariciaba a su modo las mejillas... Le he dicho que nos fuimos al trabajo y no es toda la verdad: aún nos quedaron ánimos para tomarnos un recuelo en un barucho de la Corredera Alta, y mientras lo tomábamos, sacudirnos de los hombros la pelusa del paño que nos pusieron, para velarnos, de mi hombro a su cabeza, debía estar apolillado. El cura, en fin de cuentas, no se portó mal: había estado escondido en mi casa toda la guerra, tenía que corresponder, nos pagó la vela... Sí, hombre, sí, la que se enciende en la mano. ¿Cómo? ¿Que usted no ha visto una boda así...? Pues, hijo, léase cualquier libro, o apúntese en ese galimatías de la general básica, pues estamos aviados... Bueno: al hacer recuento, allí, dentro del bar, olía a tabaco verde, nos echamos a reír. Desde entonces estamos contentos, créame, es la pura verdad. Todavía hicimos otra proeza: por la noche, era sábado y no había que madrugar al día siguiente, nos fuimos al cine, a ver Raza, una película muy... Pues eso, nueva; era caro, pero en el cine de nuestro barrio sólo echaban La hermana San Sulpicio, o Morena clara, ya no me acuerdo, ya no nos las sabíamos. Se estaba calentito en el cine, muy calentito. Nos quedamos a la cuarta pregunta.

Ya ve si vale la pena poner frente a frente estas tonterías. Le conviene estudiarlas solito, así verá cuándo hay de lo vivo a lo pintado. Todo lo fui aprendiendo de una manera y todo lo he ido haciendo con otra música y peor letra, qué le vamos a hacer. Sí, me estoy entristeciendo una miaja, usted tiene la culpa. Pero no se preocupe. Ya le dije que es algo así como estar enamorado: sale a cada paso el recuerdo dichoso, la ilusión, el desencanto, todo junto, no podemos frenar el gesto de la mano deshaciéndose en caricias. Yo me he dedicado estos años algo pasables a hacerme con una biblioteca de curiosidades etnográficas y folclóricas. De eso, aquí se sabe muy poco, es mejor, así no lo estropearán. Y no se -134- puede usted suponer lo bien que me lo paso leyendo las diversas formas de boda que existen, con rapto y sin él, por compra, por trueque y por traspaso o arriendo de la mujer... Pero en ninguna, esté usted seguro, en ninguna, por lo menos entre las que mis libros registran, se practican ritos como el de mi suegra, que era de órdago la pobretica. No, no le digo de dónde era: hay por allá muy buena gente y, además, en cuanto se dice algo de ese cariz, se enfadan las autoridades, que si el gobernador, o el penitenciario, o el jefe de Correos... Quite, quite, tengamos la fiesta en paz. Sí, claro, la diñó, rodeada de reliquias, recomendaciones y rezos, y sin parar de maldecirnos. En la variedad está el gusto, que dijo no sé quién. De los hijos... Ay, de los hijos... Eso es harina de otro costal. Han crecido, y como todo ha ido hacia mejor, que nuestro esfuerzo nos ha costado, no les hablo nunca de este pasado inexistente. No tengo derecho, reconózcalo. Ni yo, ni nadie, claro. Vivir mirando hacia atrás, derrotado o victorioso, qué triste ruindad. Mis hijos y yo nos hemos entendido ya desde un estado, el que sea, me guste o no, pero que estaba ahí, cerrado, y hasta encuentro tolerable que uno sea marxista y el otro... Bueno, no lo sé muy bien, es mejor dejarle, se viste de no sé qué y se larga por las cercanías los fines de semana, muy jefecillo él. Mira tú qué niñatos tengo. Al cabo de los años mil, vuelven las aguas y etcétera. Por si no lo sabe, mi querido amigo, hay quien dice que por aquí han evolucionado

mucho las cosas, mucho, ojalá sea verdad, que le aseguro... Por favor, no salga usted con este rollo en el periódico, haga cosas con porvenir, hágame caso y no sea tonto. Todo eso ya no sirve más que para avergonzar a los que lo sufrieron, créame, entierrelo. Ande, vamos a tomarnos un tinto y, luego, juntos, hagamos proyectos para un mañana próximo, será mejor.

-135-

Esta vida imposible...

¡Ay, Dios mío, y qué cosas nos quedan por ver todavía!... Yo creo que algo malo, muy malo, está corriendo por el mundo. Así, cómo le diría, pues suelto, corriendo por ahí, a lo loco, como los huracanes, los andancios esos que hay por América o por Rusia, que deben ser de aúpa... Ay, no me diga, doña Doloritas, no me diga, no tiene usted más que abrir un periódico. Todo va mal, todo manga por hombro, de un revuelto que para qué. Especialmente para nosotras, las señoras, es que no hay agarradero. Mire que lo de la pobre presidenta argentina, lo que le han hecho, pobretica mía, qué desventura, qué judiada. Ni despedirse de sus amigas le han dejado, sólo una criada, que seguro seguro que no tiene el suficiente cacumen para distraerla, considere usted, una chacha... Qué sola estará la infeliz, no vea. Se me abren las carnes de pensar en ella. Y seguro seguro que esos malvados que la han puesto en la calle ni le pagan siquiera los días del mes que le corresponden, eso que se le quite de la cabeza. ¿Usted no la había visto nunca por la tele? Era lo que había que oír. Un poco chillona, pero, a ver, eso también pasa aquí, y no tenemos presidenta que valga. Qué le vamos a hacer. Y eso que bien que nos movimos cuando el año ese faldero. Qué vamos a tener. Aquí, la que se atreve a presidir algo, ya se sabe, o el marido la estrangula o se la lleva la poli. De todas -136- todas. Y es porque ahora, con eso de vestirse en las rebajas, o en las oportunidades, o en los almacenes grandotes, todo tan repetido, hija, tan repetidísimo, pues que no nos distinguimos, no señora. Igualitas todas. Las mismas faldas, los mismos conjuntos, las mismas medicinas, los mismos perfumes y cremas. Todo lo más, así, alguna joya, pero, es lo que tiene, no te la vas a poner cada lunes y cada martes, sólo por ponértela. Distinguirse, hay que ver lo que cuesta distinguirse. Un riñón, un ojo de la cara. Y como los gobiernos han agarrado la perra con que no se gaste y que no se gaste, ¿estamos?... ¿Antes?... Quite usted allá, lo que era antes, pongo por caso, un veraneo. Ahora ya ve usted, se lanzan a la carretera y, ahí, al mismo salir de casa como quien dice, hacen así con el dedo y, ¡hala!, con el primero que pasa. Yo le tengo advertido a mi Carlota, que es un poco bobona, que no suba a ningún coche que no lleve una familia. Algo más seguro será, digo yo, que si se mete en uno en el que no vayan más que dos melenudos de ésos, que vaya usted a saber si son españoles siquiera, no digamos ya católicos, porque, es que, ya ve, se entera una de cada cosa... ¡Ay, no, no me cuente usted eso, que ya lo sé, ya lo sé! Y he jurado que no se habla más de ello en mi casa. ¿Se refería usted a lo de la carretera de Ávila?... Fíjese, en la carretera de Ávila nada menos, una ciudad tan religiosa, ¿eh?... Es que no hay respeto ninguno, ninguno, ninguno. Y no es ese caso sólo, qué va. ¿Usted no ha leído las estadísticas? ¡Ah, las estadísticas...! Ya, ya le pasaré algunas. Aquí nos mandan lo menos doce o catorce, a ver, de los sitios donde trabaja

mi marido, que, dicho sea de paso, es que no tiene un mal domingo libre, a ver, los negocios, doña Doloritas, los negocios... Y como en los negocios, en fin, qué van a hacer los negocios sin estadísticas, ¿no le parece? Ricardo, mi hijo mayor, es muy aficionado a las estadísticas y se las lee de pe -137- a pa, y se las aprende, y siempre anda tabarreando con ellas, ...Y yo creo que un libro que llega gratis no debe ser para ensalzarlo tanto, que ya le digo que va y se las aprende, pero, en fin, cuando Ricardo lo dice... Y Ricardo es una persona muy entendida, se parece a su padre y, claro, la que pasa. Todo el monte no es orégano: ayer, por poco tenemos un drama a la hora de cenar. Sí, señora, sí: un drama, así como suena. Fíjese que leyó en voz alta, en la mesa, lo referente a los objetores de conciencia, que, vamos, pase, porque, al fin y al cabo, son muy pocos en total, se ve que aquí andamos todavía muy mal de conciencia... Quiá, no señora, yo, Dios me libre, yo no creo en esas mangancias. La patria, ¿eh?, la patria, usted me contará... Donde esté la patria, vamos... A mí me parece que en eso, como en todo, es el relajo total de nuestros jóvenes... Porque no hay más que relajo, no le quepa duda. Mucho relajo. Usted compare: no quedan ya estudiantes destacados, no hay vocaciones, no hay... Bueno, no se impacienta, se lo iba a contar. Ricardito leyó una encuesta, o sea, vamos, los resultados de una encuesta, y en voz alta, y en la mesa, Dios mío, en voz alta, delante de sus hermanas mayores, que, bueno, son mayores, pero solteras, eso está pero que muy clarito. Bueno, mujer, ya voy... Leyó... Si se lo estoy contando, por favor, no me atosigue. Ya se los explicará usted en seguidita, mis temores, a ver, figúrese... Leyó... Acérquese, que se lo voy a decir al oído, que me da una vergüenza... ¿Eh?... ¡Ah, vamos!, antes tanta prisa para que se lo dijera, y ahora... Tanto horror. ¿A que se le ha puesto carne de gallina? Pues, amiga mía, hay que encarar la vida con decisión. Firmes, tenaces, pase lo que pase. Ya ve usted. Hubo que taparle la boca. Si ahora las niñas quieren hacer eso antes del sacramento, o sea, vamos, de las bendiciones, allá ellas, ¿no verdad, usted? Pero en nuestra clase... Y hablar de eso en esta casa... Pues - 138- ya ve usted: sale un cuarenta y cinco por ciento. Y las que faltan, están conformes con la innovación. O sea, que son las peores. Muy bonito. Antes... Ande, y nosotras aquí, en la higuera. Para esta perdición... Porque esto es una perdición, ¿no cree...? Ah, bueno, creía que usted iba a disculparlas, como hace Ricardito, que habla de casarse con una holandesa. No, no es luterana, ni es nada. Es... es... Bueno, eso, desenvuelta, ¿usted me entiende...? Ricardito dice, con una carota impresionante, que el melón y la mujer, a cala y a prueba han de ser. Digo yo que deben ser las malas compañías de la Universidad, porque aquí, en esta casa... En esta casa no se ha dicho nunca una cosa así. ¡Ay, si tiene que pasar algo malo, ya lo verá, nos lo estamos ganando! ¡Los españoles nos la estamos ganando, vaya si nos la estamos ganando, señora, si no hacemos otra cosa que provocar al Santo Cielo! Usted dígame, ¿qué hacemos? ¿Usted no va al cine? Pero, oiga, aquí me cuentan y no acaban. ¿Yo...? ¡Usted me ofende...! ¡Yo, ir a esos sitios yo...! ¡Aquí se lo digo y se lo repito, en esta casa que ha sido siempre un modelo de todo, se me escapan a Francia, y ahora a Lisboa, fíjese, a Lisboa, con la gente que manda allí en estos momentos, no vea! Bueno, hay que decirlo todo, el viaje a Lisboa es más barato y, luego, el cambio, pues que ayuda, hay que considerar los pros y los contras, ¿no verdad, doña Doloritas? Pues, cuando vuelven, por si fuera poco el no disimular, cuando hablan del asunto, lo hacen a medias y riéndose por lo bajines para que yo no me entere, pero, a ver, yo no me chupo el dedo. Yo soy bachiller, me gradué en las Esclavas, y no hice carrera universitaria porque, en la guerra, que me pilló en San Sebastián veraneando, me hice madrina del que fue mi marido, y ya, luego, para qué iba a estudiar, si, como decía mamá, hice una gran boda, vamos, que tuve suerte... Fuimos novios unos meses. Ay, sí, doña Doloritas, Goyo ha sido -139-

siempre muy decidido. Ya no me preocupé de mí, a ver, eso es para la gente que necesita trabajar, dejé todo, y me alegro, porque, ya ve, supongo que lo sabrá, que la Universidad... Bueno, lo que dicen de la Universidad... Seguramente tendrán que mandar contra ella unos cuantos batallones, a lo mejor quizá quizá la aviación, a ver, menudos son los estudiantes. Yo lo único que quiero es que ese día mis chicos estudiantes estén lejos lejos, aunque sea viendo esas películas porno, o pornas, o como Dios permita que se llamen, que yo hasta me limpio los dientes cuando tengo que aludir a ellas... ¿Oiga, usted conoce a ese Visconti, de que tanto hablan...? Ya ve, pues la diñó. ¿Qué debemos hacer nosotras en este trance...? Ay, no, señora, no, lo de siempre, no. De ninguna manera. ¿Pero usted no ha oído nada de esos dioses a medio vestir que andan por ahí tambaleándose...? Pues yo he visto una foto hace unos días, en una revista que trajo Solita, mi chica tercera, la que estudia secretariado, y no se imagina lo que había allí. Luego hablan del destape femenino. Tenía usted que ver cómo está la revistita dichosa de manoseada, pintarrajeada, suspirada... A ver, supóngase, todo el servicio ha andado pasándose de mano en mano, la cocinera, la planchadora, las doncellas, la peluquera, la puericultora... ¿Que no sabía usted que tenemos puericultora? Bien que nos cuesta, hija mía, que estas buenas señoras hay que ver cómo se las trajinan, total, para limpiarle los mocos al rapacín, y, a veces ni eso. Y luego hablan del pluriempleo. A ver, si no, cómo íbamos a poder pagarle al nieto la pedagogapuericultoradiplomadapolíglota con cara de viernes. Ah, y en sociología, que no está caída ella en sociología y sicología ni nada que digamos. Sí, tenemos un nietecito, de mi Alcázar, la mayor, ya sabe usted, un nombre poco frecuente, pero la historia obliga. En esta familia... Eso. ¿Que ahora se desayuna usted de la boda de mi niña...? Ya decía yo. Siempre -140- lo dije: Doña Dolores de Mayorgal no ha mandado ningún obsequio a la nena... Doña Dolores no ha recibido la invitación... ¿Ve...? Si ya se lo repetía yo. Pero, usted, tranquila. Eso tiene muy fácil remedio. Yo les preguntaré qué necesitan ahora, aunque, le prevengo, siempre están piando por algo, qué barbaridad. Mi yerno, se lo digo yo que sé muy bien lo que me pesco, es un inútil. De su suegro debería aprender, que, en fin, usted sabe lo que ha sido nuestra vida. ¡Qué esclavitud, Dios mío, qué esclavitud! Y estos niños, ahora nos salen con cada ocurrencia... Sí, sí, la pueri, le contaba, resulta carísima. A veces, no le digo más, me entran ganas de ponerme yo a cuidar al chico. Pero las obligaciones... Es un trabajo que, la que yo digo, un trabajo que requiere, ante todo, continuidad, continuidad, no se debe descuidar un instante al niño, bueno, qué le voy a decir que usted no sepa, los enchufes, las armas, los miradores, la lumbre de la cocina, el hueco del ascensor, los ventiladores, las aspirinas a barullo... ¡Dios mío, si todo está atestado de peligros atroces...! Y yo, además, tengo tantas incumbencias. Y mis dolorcitos, mis dolamas, doña Doloritas, mis dolamas, que, no se crea, paso unos días, sobre todo cuando cambia el tiempo. ... Fíjese, ahí es nada, tengo ahora, me la acaban de descubrir, artrosis cervical. De tanto leer... Es una cosa pero que malísima, ay, aquí, si parece que... Es algo espantoso, pero nosotras ya no tenemos derecho ni a estar malas, ya se sabe, todo el mundo, al oírnos andar con quejumbres, pues que recochineíto al canto. Nosotras pertenecemos a una casta extinguida, la raza de las Isabeles Católicas y de las Agustinas de Aragón. Si lo sabré yo. Me alegro de que esté usted de acuerdo conmigo, está claro, yo soy bastante más joven que usted, aunque me esté feo el decirlo, pero, en fin, pasado ya cierto límite... Sí, sí, nosotras estamos de acuerdo, pero, ¿sabe usted lo que me disparó Carlota el otro día? Primero -141- me dijo que pusiera la otra cara del elepé y, luego, que me conformase con ser de la dinastía de Juana la Loca, que también está, agregó con evidente retintín, acreditadísima por estos pagos... Y eso, decirme a mí eso... Yo, de lo que no ando

ya muy bien es de la vista. Pero fuera de eso... Ay, no, no, doña Doloritas, no me la disculpe, le juro que me lo decía con toda la mala intención de que es capaz, que lo es un rato largo, vamos, y gracias a que una no tiene ganas de armar gresca, ni soy vengativa, que si no... Por mucho menos, en Pamplona, mi suegro mandó a un batallón de trabajo a un sobrino carnal, y eso que estudiaba para arquitecto, ya ve usted. Pues, no, no se murió, bicho malo no muere nunca. Ahora está ricaz y todo, ahí tiene usted lo que son las cosas, han hecho monises a fuerza de levantar casas dirigidas en no sé qué sitio de por ahí adelante, muy lejos, por ahí, qué más da. Hombre, claro que en el extranjero, dónde iba a ser. ¿O usted se cree que se le puede aguantar aquí? Pues sí que. Sigue en sus trece, erre que erre, es de los que no quieren ver nada de nada, y nos niegan el pan y la sal a los pobrecitos que aquí, día a día, hemos luchado sin descanso. Porque, a ver, ¿me quiere usted decir cuándo descansa mi marido? Cuando no es en un sitio, en otro. Y siempre de aquí para allá. Y ellos, en cambio, los que se largaron, pues ya ve, hasta vienen de paseíto un año entero, todo pagado, y qué rumbo, y qué todo, y a pesar de eso, pues que siguen poniéndole peguitas a todo cuanto ven. Que si la libertad de asociación, que ya ve si no nos asociamos, pues que ya, que un jamón con chorreras; que la reconciliación, que verdes las han segado. ¿Los trenes de cercanías...? ¡Una mierda! Ay, perdóneme, doña Doloritas, quise ser muy fiel a lo que dice el tipejo, está visto que es un pecado hablar entre comillas... En fin, usted, tan comprensiva siempre... No me ha oído, Jesús, qué expresiones. Es que es un fulano... Ay, Señor, -142- cuánta ingratitud hay suelta por el mundo, ¿se da cuenta? No, yo no acompaño ahora a mi marido apenas en viaje alguno, veo que a usted no se le alcanza bien lo guerrera que es mi artrosis, hágame el favor, no es una artrosis cualquiera. Pero mi marido, que conste, va siempre muy bien escoltado y asistido. Y por donde va, las autoridades se desviven. ¿Usted no vio su última aparición en la tele la semana pasada? Oiga, doña Dolores, mi marido se gasta secretarias casi venerables, ya me encargo yo de la censura, qué se ha creído usted. Hasta ahí podíamos llegar. Si no conociera yo su propensión a la broma, ¿estamos?, pero cualquiera que la oiga... Le decía que yo ahora apenas puedo acompañarle, pero, de tarde en tarde, echamos una canita al aire. En cuanto se presenta ocasión. No, esta Semana Santa quizá vayamos al sur, a ver los apartamentos que tenemos por allí. Procesiones y garambainas de ésas, ya las tenemos vistas todas, incluso hemos estado un año por ahí, por... por... Sí, hombre, ahí, donde esos tíos que se arrancan tiras de la piel con unos cepillos de clavos y van, sangra que te sangra, detrás de un Cristo muy viejo, ¿no cae usted? Bueno, qué más tiene, el caso es que muy grandes deben de tener los pecados, uno no se golpea así como así para que le vean los turistas, digo yo, ¿no le parece? ¿Los apartamentos? ¿Usted no tiene apartamentos en la costa...? Son una buena inversión. Sí, claro, nunca llueve a gusto de todos, pero... Es que aquí la gente protesta por todo. Ya ve usted, ahora, venga manifestaciones y manifestaciones, con lo organizado que está todo y lo fácil que resulta quedarse en casa, pero es que, aquí, ya se sabe: ingratitud, ingratitud, nada más que ingratitud. No, ya le he dicho que no vamos a las procesiones de Sevilla, para qué, si, además, ya no son como antes, como cuando nosotras, ¿eh?... Ya le he dicho que con las nuevas costumbres no se distingue nadie. Y de propina, con la motorización, -143- yo no me explico por qué siguen cargando los santos a hombros, es un atraso, se tarda mucho y, luego, los extranjeros, que no pierden ripio para echarnos en cara nuestros defectos... Ya sabe usted que, en cuanto pueden, nada les engorda tanto como ponernos de hoja perejil. Y, ahora que caigo, no habíamos hablado de eso, dígame, ¿usted ha visto lo que pasa con el clero...? ¿Eh...? Vamos, hay cosas que no tienen nombre. Oiga es que le digo que andan peor que las jovencitas del dedo así. Del autoestó,

hombre, del autoestó, ¡también con usted! Y es que como le decía hace un momento, es que a este país no hay quién le reconozca. ¡Qué vueltas da el mundo, Facundo...! ¿No se acuerda usted del entusiasmo con que trabajábamos en todo, en roperos, en hospitales de vanguardia o de retaguardia, en todas partes? Yo estoy condecorada. Ya sé que también lo está usted, usted se portó admirablemente. Si usted no estuviese condecorada... Nosotros tenemos muy buenos amigos, yo haría que mi marido volcase toda su influencia para conseguirle una medallita... Pensionada y todo. Fuimos compañeras de sala, cómo se me va a olvidar. Tengo muy presente su conducta ejemplar aquella vez que remaneció por allí un herido, aquél, eso es, que era de los otros, ya veo que ha dado usted en el clavo, y que usted, a ver, era enemigo, se negó a cuidarle, natural, allá él con su conciencia. Hay algunos que ni aún viéndole las orejas al lobo, ¿eh...? Usted fue una heroína, doña Doloritas, un espejo de... Bueno, de todo. Punto. Supongo que usted sería citada en... ¿Ve...? Ya lo decía yo. De mí, qué le voy a contar que usted no sepa. Siempre he sido, usted me lo echaba en cara cada dos por tres, muy tímida. Muy callada. En mis turnos, además, sólo tuve gente así, simples heridos, soldados desconocidos, vamos, y no es chiste. Así que esté usted de acuerdo conmigo, el heroísmo, muchas veces, puritita chamba, a ver si no. Ay, hija, esto de chamba es cosa normal, ¿no cree? Cómo se nota que usted no tiene hijos en la Universidad. ¡Si usted oyese a mis hijos...! Ahora, una niña de familia bien, hasta con título, dice cosas que, antes, sólo los carreteros. Se lo digo yo. Claro que las adoban con palabras en inglés, que siempre resultan algo sentimentales y que, de propi, nadie entiende. Usted está lo que se dice fuera de órbita, mi doña Doloritas. De todas todas. ¿Sabe que ahora puede usted darse el lujo de tener incordios? Ande, haga usted una guerra como la nuestra, de cruzada, no le digo más, de cruzada, llena de arranque, que vaya prédicas para salvar la integridad de la familia, y ahora... Esto. Le digo que tiene que pasar algo malo, no hay otro remedio. Ya ve, mi propia hija, Carlotita, me dice, cuando pretendo encauzarla por la senda de nuestros sagrados valores, ¿no se dice así?, que estoy o que me pongo un rato cachonda. Y que lo que digo, aparte de ser un rollazo, es un puro cachondeíto. Y un coñazo. Y, bueno, no sigo. No le digo más, estas Navidades tuve que marcharme a descansar unos días a Sagaró, donde tenemos una casita, harta de oírla hablar de güisquelitos y de guateques y de ligues y de buás... ¿Usted sabe bien qué es un ligue...? Yo, la verdad, no sé dónde se acaba. Con lo que nos costaba a nosotras tener planes, y no piense lo que era el decirlo, que hay que ver cómo se ponían en casa. Fieras, talmente unas fieras. Y ya ve, era una tarde bailando, con buen fin, de seis a nueve, en Negresco, tres cincuenta incluida la consumición, que siempre convidaba algún amigo, un chico muy fino, con caché, estudiante de algo... Ay, era una costumbre bonita, doña Doloritas, claro que sí que lo era. Venga fostrós, venga guanestís, A París va papá en el rápido de Irún, no se sabe si a negocios o por ir al buen tuntún... ¿Se acuerda...? Se me van los pies. ¡Qué bien lo cantaba Miguel Ángel, mi primo registrador... Pobre, lo despacharon al comenzar la cosa. Entre paréntesis: lo tenía merecido, el muy... Pues, ¿y los tangos...? Allá muy lejos muy lejos donde el sol cae cada día un tranquilo hogar había y en el hogar unos viejos... Fíjese, eso lo cantaba yo siempre con Pedrito... Pedrito, ya ve, aún me acuerdo de él tanto, tantas veces, Señor, qué cosas, en lo que he venido a dar ahora... Creo que le ha ido bien, también está por ahí fuera... Habría sido tan diferente todo con él... Su vida y su encanto era una muchacha que huyó... En fin, doña Doloritas... Vaya, me llora este ojo, debe ser el asunto ese de las cataratas, hombre. Pues como le iba diciendo, que vivir para ver. Se impone, doña Doloritas, que hagamos una asociación, están de moda, y a luchar se ha dicho. No podemos consentir que nuestros esfuerzos en pro de una sana convivencia, de la exaltación

de nuestras envidiadas virtudes, se vayan a la porra. Estaría bonito. ¡Abajo la gimnasia, abajo las dietas... abajo las...! Tengo que vengarme de mis propias hijas, que, al ver la foto de mi boda, sin respeto al lugar, la Santa Cueva, ni al uniforme, ni a los abuelos, los cuatro abuelos, ¿se da cuenta, qué aberración?, me dijeron que estaba muy gorda, yo, su mami de su alma, y que vaya arponazo que me merecía, y que si todas las chavalas de entonces se disfrutaban esa cintura... Lo que oye, doña Doloritas, lo que oye. Por éstas. Una foto que salió en todos los periódicos. Y la que más, la más chinchorrera, la peque, la Carlotita, esa pazguata que está enamorada de un boticario enriquecido con una fórmula de barra de labios. Recapacite, consuélame, por Dios: en mi familia, tal oprobio, un yerno así, yo que estoy tres veces condecorada... No, no se apure, al paso que van las cosas, ya me he plantado con esas tres, qué va, cómo quiere que en estas circunstancias, con el cariz que van tomando los acontecimientos, me den otra medalla más. Como no armemos otra como la de marras, que no estaría nada mal, ahora tenemos experiencia, ¿no...? Ay, no, no tenga prisa, doña Doloritas, voy a ordenar que -146- le traigan una tisana. Una de varias yerbezuelas del monte, de su tierra, vea, tan mansitas, la veo algo excitada, siéntese, siéntese... Es que, a nuestros años, ponerse a recordar, a ver, la tensión, la aorta, no se deje atrás la artrosis, ¿no verdad, usted? ...una muchacha que huyó sin decirles donde fuera y esa muchacha soy yo... ¿A que se encuentra mucho mejor ahora...? Ya le dije que las dolamas, los alifafes, y luego, esta vida imposible... Dele a la televisión... Loca me llaman mis amigos que saben lo que siento y qué remordimiento... Anda, si ya se ha hecho de noche...

-147-

Bobamente feliz

Pues, mire usted, sí, yo no tengo que contarle nada importante, fascinador o divertido. Qué más quisiera yo. No soy como otras personas que remanecen por aquí, que siempre están llenando de sucedidos todos los días, que si desfiles de modas, que si subastas de arte o de fincas en las costas, y entrevistas con personalidades influyentes, de esas de la tele y las revistas ilustradas, siempre arrulladas por un halo de lujo y opulencia... Le digo que eso quisiera yo, y ya se imagina usted que, al decir esto, no hago más que repetir una frase hecha y desvalida; qué voy a querer yo eso, qué va, pues sí que sería buena vida ésa, la de un caniche lustroso, la de un derrengado mueble en venta, poco más o menos... Cuando los oigo, vienen por aquí de tarde en tarde, suelen traerles siempre a mis yernos, ya sabe, abogados de cierta fama, suelen traerles, le digo, asuntos que, bueno, basta con decirle que se largan con la cara avinagrada, muchos con el rabo entre piernas... Pues que parece, con tanta y tanta gloria como se disfrutaban, pobrecillos, parece que les faltara tiempo, horas, aliento, qué sé yo qué, para poder sentarse un ratillo en una terraza y ver pasar la gente, o ponerse delante de la tele a perseguir un concurso, tanta simpleza divertida como desatan, o para pasarse una tarde jugando a las cartas con un amigo convaleciente o jubilado, mientras afuera llueve o nieva, y hacerlo acosados por -148- el runrún de una casete, El pájaro de fuego, Matías el pintor o El retablo de maese Pedro, y seguirlos entre dientes, y, más adentro, los críos atosigan a fuerza de invernara por alcobas y pasillos, asaltando imaginarias fortalezas... Es tan hacedero, tan cercano, ese desprenderse un gozo adormilado

y tibio de los ruidos de la casa, todos dentro, todos seguros, consumiéndose el mismo minuto a la vez para todos, chicos y grandes y medianos... Y de mis viejas calamidades, ¿cómo se ha enterado usted, quién le ha ido con el cuento...? Yo no hablo nunca de esos tragos, a pesar de que si empezara... Nada. Créame que soy muy feliz, bobamente feliz, bueno, ¿y qué? Sí, feliz o, al menos, me lo creo. Quién iba a suponerlo, tan negro que se veía todo cuando pasó lo que pasó, ya ve usted, y ahora... Fíjese, cuando llegan las ferias, todo el año esperándolas, todos procurando acordarnos de todos, que si el regalito, que si las propinas o el vestido de estreno, que si los parientes que vendrán de fuera esos días... Pues yo... Ah, no sabe usted qué bien me sienta el griterío de la gente menuda, todos intranquilos, todos repasando una vez y otra sus ansias, sus pequeñas desazones, maquinando planes para gastarse las pesetillas reunidas. Suele venir la feria ya con el colegio amenazando y, a ver, que si los libros, que nunca sirven los del año anterior, que si los uniformes de las chicas, van a unas monjas y se fijan mucho en esa cascarilla, y que si el chándal para los chicos, dan demasiada tabarra con ese dichoso Contamos contigo, y todos tenemos que silbar esos himnos tan así, tan ya sabe usted cómo, a ver, se los enseñan y aunque nunca nos gustaron... Pero a la fuerza ahorcan, qué remedio, y tenemos que darles vueltas y más vueltas a los apuntes y a los mapas, y reconocer las fotos, y explicarles algo, los planetas, que nunca me sé bien el orden, y dibujar el corte de los volcanes y de las capas de la Tierra, e hincarle el diente a las clasificaciones de las plantas -149- y de los animales, y tener que pasar largas horas junto a la camilla, abandonando el punto, esos jerseys que no se acaban ni a la de tres, jerseys o bufandas, o guantes, o mantas, o toquillas, o patucos para ésta y para la otra que ¡ya! están esperando, y darles vueltas, y vueltas, y más vueltas a las hojas de los tiestos y a las flores, y ponerles al ladito, procurando no equivocarme, hasta ahí podíamos llegar, la coetilla oportuna, lanceoladas, dentadas, serradas, sentadas, palmatisectas... Y, compadézcame, no vea qué viajatas a esos terminachos si, a la vez, suena, estridente, en la radio un partido, con sus nombres, su caudal de gritos, pasajeros desencantos, arterías, palabrotas, empujones entre los partidarios de uno o de otro, que de todo tengo en el rebaño... Yo me aplico a lo mío, mirándoles, hay que procurar que el prestigio de la abuela recrezca, y comprobar si la flor de turno tiene o no sépalos, en fin, para qué le voy a contar, esta asustada aventura de tener que volver a hacer de pe a pa el bachiller, a los setenta y pico de años, sin exámenes y con cataratas, y, anda, que no han cambiado las cosas, ya no sirve casi nada de lo que yo aprendí... De ayer es la fecha, eso no se pregunta, hombre de Dios, eso no se pregunta. Yo, con el pertinaz hiato ineludible, me he quedado, como quien dice, variada al borde de la acera... Escúcheme... Todo se anima, de repente, cuando, ya empezadas las clases, hay que acudir al concurso de Historia y procurar que sean diferentes los trabajillos de los hermanos, no sea que el profesor se dé cuenta, dicen que es un plasta, ¿sabe?, y no estaría ni medio bien que la abuela... Pobre abuela, tener que aconsejar y escribir sobre el Alcázar de Toledo o sobre la caída de Barcelona, dese cuenta en qué lugar del pecho se me clavarán a mí esas redacciones, a mí, que, en fin, ya lo sabe... Huy, Dios, deje usted eso y tómese el trabajo de observar la gramática, ese monumental barullo de los semantemas y los estereotipos y - 150- las transformaciones... Pues arrímese a la geografía... ¿Usted se conoce bien bien, lo que se dice bien, el nuevo mapa de África...? ¿Sí...? ¿Con sus nombres y todo? ¿Y también se mueve a sus anchas entre cloroplastos y tautomerías...? Pues, hijo, ya puede usted darle gracias a Dios. Claro que, créame, yo también se las doy. Eso de tener a mis años la cabeza fresca y desenvuelta, sin telarañas... Dios ha querido que haga ahora lo que en su tiempo me correspondía y no hice... Y es que, estoy segura, no puede uno morir sin apurar lo que la

vida exige, sea cuando fuere. Y al tener que recorrerlo ahora, con prisa y a destiempo, con el pulso a lo loco, qué le vamos a hacer, le juro que se vive más hondamente, casi hasta los linderos del daño... Un daño que no sé... Pero, ya lo ve, las horas se van rellenando, sí, se van apretando, no les dejo resquicio ni fisuras, hay que aprovecharlas, sorberlas hasta la última gota... A veces, los chicos, ya cansados, cabecean sobre la mesa, que apenas les quedan arrestos para esperar la cena, y entonces se oye el tictac del reloj más duro, más agresivo, una fiebre crecedera, usted me entiende, y aprovecho entonces ese respirillo para darme yo en el libro nuevo el repasón que me urge, me conviene ir por delante de los deberes... Bueno, ya no hay deberes, lleva usted razón, pero, en casa, nosotros... Nosotros hemos tenido siempre deberes inacabables, afrentosos deberes, es cosa que les debe pasar a todos los vencidos... ¿Sabe?, al principio, yo ponía a mis pequeños a estudiar, a pintar, a dibujar, a recortar muñecos... Era un sumergirse en un pozo de ruidos y ajetreos para no oír siquiera nuestra propia zozobra, la única, la nuestra, la mía, la que nos obligaba a taparnos los oídos, a cerrar los ojos y esperar, temerosos, la llamada del timbre, quién será, escalofríos por su incierta amenaza, qué más querrán ahora y todavía... Mire, no se lo puede usted figurar, no, cómo sonaba el timbre de la -151- puerta sobre aquella soledad del espanto y de las lágrimas. Quizá así tampoco se dieron cuenta los chiquillos, quién lo sabe, de los ruidos que llegaban de la calle, tiroteos, cañonazos, canciones de guerra y de venganza bajo los balcones, con charanga y vivas y muertas, o, fíjese, aún se me pone carne de gallina, el llanto interminable en el piso de al lado... No pregunte, no, ¿se supone por qué...? Por eso los ponía a recitar, a ver estampas, a clasificar lo que fuera, moverse, gritar, jugar al moscardón, cambiar de sitio los cachivaches... Sin descanso apenas, la cuestión estaba en no hablar directamente, en no dejar asomarse a los labios lo que tan adentro nos roía. Ayudé así a olvidar, estoy segura. Y, ahora, leo las lecciones de los hijos de mis hijos en esos feos tomazos, me los aprendo, así no me pillan desprevenida. Luego, los voy despertando poco a poco, sin regañarles, y los llevo a la mesa con el truco de que su madre les ha hecho algo extraordinario de postre, una compota, un dulce, unos helados... Pretextos no faltarán: cumpleaños, buenas notas, un catarro curado, unas noticias de buen temple... Es tan fácil, Dios mío, levantar una ciega esperanza, una alegría porque sí...

Sí, claro, atina, atina usted. Es en las ferias cuando todo se agrava, cuando se acercan, insidiosas, las ausencias. Sí, es verdad, por mucho que uno se embarque en lo nuevo... Todo ayuda, ahora usted mismo lo está haciendo con su curiosidad, todo empuja a remover el rescoldo de los años mal vividos, sí, qué duda cabe, sí, se levantan en apiñados clamores. Sin embargo, ya le he dicho que yo me considero feliz. Me encanta cizañar en la mesa, charlo del circo que han puesto por ahí, por donde fuere, tendrá tantas y cuantas fieras, y unos volatineros como nunca han venido, y focas, y elefantes, y esos perritos de lanas, blancos, que bailotean con atrevidas piruetas, tanto que nos gustaban cuando chicos, siguen igualitos, incansablemente repitiéndose... -152- O también se piensa en el cine, la sesión infantil, Tarzán dando bramidos, o los dibujos de Disney o del que sea, y estar allí, en el cine, contenta y como ausente, lejos y cerca, aprovechando lo oscuro y las carcajadas para mimar algún recuerdo, otras tardes y otras películas, muy lejos, mucho, y sentir en la mano el peso y el calor de otra mano que, ya hace mucho, sí, mucho, ¿eh?, y no saber si es hoy con los nietos o entonces con él, si Tarzán o la Greta, Cristina de Suecia, Gran Hotel, y el pequeño se me duerme en el regazo, ¿será esta tibieza creciente su mano que pretende buscar la mía y acariciarme?, difusa ternura que me humedece los ojos desde el tiempo y desde la oscuridad, otra vez unos labios me rozan cobardes la oreja, aprieto al niño para

despertarme yo y estoy aquí con Tarzán, debe ser Tarzán eso que veo tras el velo de agua y pena en vilo, sí, es Tarzán, o los Ciento un dálmatas, ya no hay Greta ni Claudette Colbert que valgan, en qué sinuoso escondrijo, pobrecillas, refugiarán su destierro, mi dolida memoria... Y me topo con la mismita luz al salir, siempre la patulea orinando en el escalón del arroyo a ver quién llega más lejos, todos reviviendo la película, los duelos, las peleas, los tiros, los arranques valerosos, esa cuerda floja entre la verdad y la mentirijilla... Sí, volvemos despacito a casa, nadie puede presentir desde qué distancia yo regreso, quizá compremos aún algo, un periódico, unos pasteles, unos recortables para la chiquitina que se quedó encerrada, ya adivina usted, siempre hay una varicela, un sarampión, una tos rebelde, quizá derrochemos todavía un ratito en los caballitos o en la noria, viéndolos pasar una vez y otra, imposible reconocer lo que la pianola o la radio chillotean, debe ser una canción nueva, qué mala jugarreta el papelín oficial quitarme mi enchufito de director general, yo ya hace mucho que no canto... De recién casados, a él le gustaba oírme cantar De los cuatro muleros, mamita -153- mía, que van al río, ya ve, qué cosas, ¿no cree?, me coreaba silbandillo... Ya. Le estaba hablando de los niños. Regresábamos. Toda una curiosidad en carne viva, escaparates, autos, gentes, perros, tenderetes, capricho va capricho viene, y otra vez el comentario, y las risas, ya habrá caído la noche, entrar en casa, yo no miro nunca el casillero, quién me va a escribir a mí, qué salidas, ande, calle, calle... Ya siempre así, todos los días la misma ilusión intacta. ¿Ve? Para muchos, quizá no tengo derecho a sentirme así, cómo diría yo, alegre, y el caso es que no es alegre la palabra justa, qué va a ser, bueno, no sé si me explico. Lo que quiero decirle es que no, no me acuerdo, quién lo iba a decir, ¿verdad?, pienso que ya no sé ni siquiera si a él, de haber vivido con nosotros, le habría complacido esta vida, entiéndame, cambiamos tanto, era tan joven, fue tan violento el desgarrón... Solamente puedo suponerme cómo habría pegado la hebra a la hora de comer, cómo habría desenvuelto bromas y chascos con sus hijos, sus hijos que no le recuerdan, que no saben cómo era, y eso que repiten, y no saben con qué fidelidad, su mirar pícaro de reojo, su gesto despreocupado de hombros, su fruncir de labios, eso sí, ya con un eterno deje de tristeza... Yo no conozco otra vida, solamente esta espera interminable con voces cariñosas cerca. ¿Otras voces? ¿Las del rencor? Claro que las hubo, aún las hay, lea un periódico, ande, pero, en este país, ¿a quién no..., me quiere contar? Sería una tontería estar aún pendiente de ellas. No, no me venga con esa letanía de la injusticia, es una bobada, un hablar por no callar. Estoy harta de oír que él no se metió en nada, que por qué... No sé si se metió o no en algo, en algo de lo que los que mandaron luego quieren considerar como delito; allá ellos y con su pan se coman su inquina, pero hoy sé que hay que meterse, hay que tomar partido en la vida, aunque luego no se saque de ella más -154- que el perderla por esa decisión limpia. Sí, claro, le mataron, pero mi reacción no importa. No importó a nadie entonces, calcule usted ahora. Lo que puedo asegurarle es que nadie puede poner en duda la legitimidad de mi pena, de mi pena de entonces, ni la de mi felicidad de ahora, tan viva y verdadera. Legitimidad, y que no se habla de eso ni nada en estos días, dígame. En fin, ¿ha mirado usted la cartelera...? Los lunes cambian los programas en el barrio, habrá que discutirlos con los nietos, porfiar, avenirse a razones. No, váyase tranquilo, no me ha despertado nada, menos aún herirme. Al notar a los míos cerca, le juro que siento cómo se me borran las arrugas, me corre mejor la sangre, tengo, fíjese, tengo hasta ganas de mirarme al espejo. Lo que no sé si han hecho alguna vez mis hijas, mis hijas que no recuerdan a su padre... Adiós, adiós, déjeme, siento haberle defraudado, ya le dije que yo no tenía nada importante que contarle, ya se lo dije lo primerito, al empezar, no había hecho

usted más que entrar por esa puerta, sentarse y preguntar, lápiz en ristre, es usted muy terco, mucho, vaya si lo es...

-155-

Chucho, el memorioso

No se puede usted figurar, señor mío, qué memoria tenía. No se le escapaba detalle. Ya al mismito llegar nos dejó boquiabiertos. Figúrese, hacía ya veintitantos años que se había marchado, casi treinta, era un chiquillo, lo que se dice un chiquillo, diez y ocho años, pelirrojo, espigado, lleno de granos, ojeroso siempre, allá él, eso son cosas que pasan, y, luego, tan buenecito siempre, que preguntaba muy seriecito a las señoras de la tertulia de la abuela: «¿Cómo está usted, doña Presentación?». «Su marido, doña Cristeta, ¿está ya más animadito? Ese mal de piedra, ¿se larga?». «A ver, con sus mimos...». Todas las mujeres aquellas le adoraban, ninguna se atrevió a decir contra él esta boca es mía cuando la historia de la ocupación, que si había hecho esto o lo otro, que si había destripado a tantos y a cuantos, que si se había incautado o dejado de incautar de... Ya ve, imposible creérselo, si era, ya se lo vengo diciendo, un alma de Dios. Si algo hizo, sería jugando. Así que, nada más aparecer, todos caímos en la misma: Tan bueno, tan modosito, tan servicial, que llevaba las maletas siempre, obstinándose en ayudar cuando nos íbamos de viaje, y nos escribía las cuentas de la casa cuando había alguna dificultad, y sin cobrar nada, siempre sonriendo, y de ortografía... El no va más. Y nos abrochaba la espalda de los vestidos a todas, temblando, y nos alisaba las arrugas... No, no, nada de malo, eso son habladurías - 156- y malquereres, se lo digo yo. Y lo que es de memoria... ¿Chucho?... Menudo memorión. Ya, ya le voy a contar el regreso, si es que puedo, que nos ha dejado a todos de una pieza lo que ha pasado, tan contento que venía, ¿eh?, quién lo iba a decir, figúrese... Nos habíamos puesto todos en la ventana grande del salón, a esperarle. Nos dijo que nos había reconocido a todos, pero yo no estoy muy segura, hace mucho que se fue y hemos cambiado de lo lindo, ¿no es verdad, usted?, hombre, que si hemos cambiado, a mí no me va usted a camelar, que nadie como yo sabe dónde me aprieta el zapato. Que la artrosis, y las canas, y las arrugas, y los alifafes de todos los colores... Sí, usted es muy bueno, como lo era él, pero lo que no tiene remedio no tiene remedio, ea, si lo sabré yo. Pues, mire, se nos quedó mirando al llegar a la puerta y nos dijo, de buenas a primeras, todos allí amontonaditos, esperándole a ver por dónde estallaba, que parecíamos el Entierro del Conde de Orgaz, que si nuestras cabezas en fila y tal y tal y tal... Eh, ¿qué le parece? Siempre fue un chico muy leído. No me diga, Chichinina, la más joven, que ya estudia segundo de Artes Finísimas, pues que no se explicó por qué nuestras cabezas allí, en posición de firmes, alineadas detrás del cristal, podían evocar el entierro de ningún conde. Es una inculta, es que vaya Universidad. A lo mejor, le molestó lo del Conde, porque ella está ahora muy progre y, a ver, la aristocracia... Es lo que tiene, que no gusta a todos, qué va a gustar. Pues que el Chucho llamó a la puerta, o no llamó, que ya no tengo presente el dato, nos ha hecho dudar la poli con tanto preguntar y preguntar... Lo seguro, la fetén, es

que le encontramos al abrir acariciando el llamador y diciéndole en voz baja: «Treinta años pulsándote...» y entornaba los ojos. No era tan sentimental, y por un llamador, muchísimo menos. No le habíamos conocido nunca una flaqueza así, tan eso. Bueno, es que han sido treinta años, hijito, -157- y ya cincuentón, y soltero, a lo mejor, ¿eh?, usted me entiende, pues que se ablanda la mollera, vamos, que se hace yogur. Ya sigo, no se impacienta. Pues que nos besó a todos, nos reconoció a todos, uno por uno, y a cada uno nos preguntó algo que tenía que ver con nuestras manías, nuestras debilidades. Lo cual que fue muy poco discreto, se ve que viene de un país de esos donde vaya las cosas que sueltan. Una es una señora, aunque me esté mal el decirlo. Y aunque una haya hecho lo que cada hijo de vecino, pues que no está bien que te lo recuerden, vaya con el zagal, oiga, se lo podía haber tragado. Me lo recordó mientras me sujetaba la barbilla, fue un detalle, menos mal. ¡Yo qué me iba a acordar de eso, pues sí que! Además, que, entonces, yo era solamente una doncella, y punto. Una doncella de adentro, de la señora. Así que... La que disfrutó de veras fue la Chichinina, una frescales, que, como ha nacido después, pues que no le pudo recordar nada. Solamente le preguntó si su padre seguía tan gilí y tan marica como antes, ya ve qué manera de presentarse, pero, a ver, como traía mucho parné, pues que todo era pero que muy gracioso. Reconoció los retratos de la familia, el sitio por donde antes salía la chimenea de la estufa, y notó que teníamos calefacción, y televisión... Por cierto: volvió a emocionarse con el pañito de crochet que teníamos encima del aparato, y recordó las tareas de la abuela Úrsula, que hacía aviones de ganchillo, recubriendo un huevo vacío y poniendo encima un muñequito desnudo, de los que salían en las casillas de los cines o tocaban en el chupen de las rifas, en las verbenas de barrio. ¡Qué memoria, señor mío, qué memoria! Se acercó a donde estuvo el tarjetero de su hermana Luisilla, la que se murió de un berrinche al enterarse de que su novio, un militar la mar de bizarro y un poco bizco, estaba casado en Almería con una señora de no mal parecer y riñón bien cubierto. Usted quizá la conoció: Luisilla fue la primera campeona -158- de natación que hubo en España. Luisilla pidió que se envolviera su cadáver en la bandera nacional y le pusieran al féretro las insignias del arma de caballería. Eso se llama fidelidad y, si me aprieta, heroísmo. Pues que el Chucho, le digo, iba preguntándolo todo, reconociéndolo todo... Recordó las postales de Luisilla, con sus brillos y sus versos de felicitación, y recitó dos o tres, dejándonos apabulladitos. Tenía usted que haberle oído, mojada la voz, los ojos en el techo: Por la mañana temprano cantaban las codornices... Le sentó muy mal que el tío Roque, ya muy mayor, estornudara en ese crítico momento. No, hombre, no, el estornudo no tiene importancia. Es que se hizo pupa en la hernia, y comenzó a quejarse, y hasta que se calma... Chucho reconoció la pipa del abuelo, que estaba en una vitrina, y el abanico de su madre, que estaba en la vitrina, y las primeras notas de su bachillerato, que estaban en la vitrina, y los primeros gemelos de persona mayor, y el primer cuello postizo, piqué almidonado, que gastó... Pues, no, ya ve, se columpia usted, eso no estaba en la vitrina, eso estaba en el cajón de su mesita de noche... También se tropezó con la primera novela pornográfica que le pilló su hermano Miguel, que en paz descansa. Ni se puso colorado tan siquiera. Aquello me planteó a mí alguna duda, mire usted que no ponerse colorado... Por muy tal que sean esos países donde ha estado estos años, yo creo que el respeto a su casa familiar, que estaban sueltos, como él decía, sueltos por los rincones, todos los lares y penates y pesares de todo tipo, lo menos, ¿eh?, lo menos, un poquito de vergüenza, amigo mío... Digo yo, vamos, que ahora... Acariciaba todo lo que se le ponía delante: el piano, y revolví entre las partituras, y el aparador y todos sus cacharros y el cajón de los cubiertos, y el perchero, menos mal, siempre hemos pensado en tirarle, ya ve de la que nos hemos librado, y volcó el saquito de

los botones, tantas veces que -159- jugó con ellos de chiquitín, a ver, ahí no ha tocado nadie, ya ve, con lo bien que dicen que pagan todas estas escombreras para el cine, que las necesitan para ambientar... Según cuentan, que yo no digo más que lo que oigo... Entró en las alcobas y se asomó a la terraza, y a la cocina y abrió los armarios... Y todos detrás de él, contemplándole en silencio, algún lagrimón que otro, y las tías viejas suspiraban, y los más jóvenes no dejaban de observarle la ropa, las maneras, las joyas que llevaba, se echaba de ver en seguidita que era un tipo de posibles, que no venía a pedirnos nada, y eso tranquilizaba, ¿no verdad, usted? Preguntó si seguía saliéndose la cisterna del retrete, ande, nadie se acordaba de eso, y era verdad, sí, siempre estaba glúglúglú... que era una lata, y fue a mirar detrás de la ampliación de boda de sus padres, donde al parecer, escondía sus ahorrillos... Lo cual que, como no encontró nada, vaya miradita que nos echó. Yo deduje que, en estos años, le ha brotado piel de capitalista. Paseó los ojos por la biblioteca, que era lo más fácil de reconocer, porque la gente que se quedó aquí, con eso de meter las perronas en las urbanizaciones y en las acciones y en chorras así, pues que no han comprado un maldito libro más, así que eso no tuvo el mérito que tenía, por ejemplo, recordar dónde dormían las criadas antes, y de qué color se les ponía la colcha, y dónde tenían la llave de la luz o el cerrojo... Por cierto, ahí tiene usted el cambio: no decía llave, sino interruptor, y llamaba a la cremallera del anorá que traía algo así como relámpago. La Chichinina se lo aprendió en seguidita, en un abrir y cerrar de ojos. Es chica muy lista. Para mí que quería pescarlo. Pues le ha salido bien. Redondo. Si de la escapada final ella tuvo la culpa, que le cizañó, hombre de Dios, eso no me lo quita nadie de la cabeza. Podía haber disimulado, ¿no verdad? Pues que todito estaba ya reconocido, incluso dijo que le resultaba familiar lo que veía nuevo, -160- que, a fuerza de pensar en ello y en nosotros, había estado siempre aquí y, para adobarlo bien, soltó alguna que otra patochada contra los politicastros causantes de su prolongada ausencia, acompañando sus palabrotas de un concienzudo volver cara a la pared algunas fotos que se veían por aquí y por allá, en fin, compréndalo, los de aquí, pues eso: inauguraciones, solemnidades, aniversarios, patatínpatatán. Es gente que ha figurado mucho y, aunque hace aprisa lo necesario para reformarse... En fin, todo no se puede lograr de la noche a la mañana. Bueno, como usted ve, sólo le quedaba dar una vuelta por el desván... Ya había bebido de lo que se había preparado en bienvenida, a manera de un mate de su estilo, que él nos había enviado hace un par de años, una bombilla colonial, de plata repujada nada menos, no se vaya usted a creer... La envió con un amigo suyo, cónsul depurado, cesante, amnistiado, reingresado y gorrón... Habría bastado con el correo, ¿no? Pues ya había probado los bizcochos, el ron, la mistela, el güisqui nativo, se zampó una ración de chorizo de no te menees, y un caviar soviético pura sangre que no vea, y, en fin, para qué le voy a contar. Hasta había escuchado el Habla, pueblo que todos, también agrupados ante las cortinas nuevas, recién compradas en las liquidaciones, cantamos llenos de un universal espíritu fraterno pro-reconciliación. Así se expresó don Juan Manuel, el señor casado con la Carola, la hermana mayor, ya viudo de ella y vuelto a casar con una Delegada nacional de no sé qué... No se extrañe, vienen poco por casa, es natural, no era su nido. El primo Fede, que ha sido funcionario de una de esas cosas que van a desaparecer y que anda metido en mil negocijos, estuvo mucho más claro: «Hay que olvidar todo, Chucho; pelillos a la mar, tienes que asociarte conmigo, vamos a dismantelar la sierra de...». Así, cantando, ordenaditos y pendientes de la situación, nos sacaron una foto. Ya se la enseñaré. En color, -161- hombre, también con usted. Fue entonces cuando Chucho, que decía que sí a todo, decidió irse al desván con Chichinina, que fue quien le metió los perros en danza. Se intercambiaron cigarrillos, intentaron bailar una cosa de esas

sueñas un tanto así, así... Bueno, así, y en una de éstas, que si me acerco que si te alejas, que Chichinina apretó a correr escalera arriba, hacia el desván... Y él detrás. Nosotros nos quedamos con la boca abierta, porque todos más o menos sabíamos a qué demonios iba él al desván in illo tempore, corriendo detrás de las amiguitas de Chonita... No, hombre, no, Chonita es la madre de Chichinina, sí, ésa que está... Oiga, no me deja usted hablar. Eso. Cuando estábamos mirándonos, se oyó el monumental portazo. ¡Patapún...! Hasta la lubina fría, encima de la mesa, levantó las nalgas, intrigada. Sonó a modo, a hueco, a catástrofe, vamos, a catástrofe catastrófica. Catastrofísima. Yo no estoy de acuerdo con la policía, ni con el forense, ni con Chichinina... Con nadie. Para mí, no ha pasado más que una cosa bien sencilla. A Chucho se le había olvidado que la puerta del desván era muy bajita y, a ver, corriendo y algo rijosillo... La familia, conmovida, ha decidido, por mayoría estrictamente democrática, no fregar jamás el dintel, ya incorporado a la familia con la sesera de Chucho, el memorioso. Y con la frustración de Chichinina, la progre, que ha jurado guardar luto riguroso durante dos meses. Sí, sí, ella es muy terca; si no guarda luto, otra cosa hará. En esta familia le digo a usted que no nos privamos de nada. Ay, menos de la pasta del Chucho, que se ha quedado para no sé qué partido político de esos que... Cuando se llevaron el cadáver, todos éramos, una vez más, y no es carambola, el Entierro del Conde de Orgaz, en la ventana, juntas las cabezas, achuchadas las narices contra el cristal, la misma expresión de pena en los ojos, en las manos, en el bolsillo... Usted me contará, así, de pronto, vernos privados del apoyo de -162- un exiliado en la familia, considérelo, un pariente en primer grado, con lo que ahora se lleva eso... Y que no le tenían ganas, ni nada que digamos, por aquí, sus amiguitos de hoy, que muy solemnemente, le habían perdonado las requisas, y las detenciones, y las violaciones, y qué sé yo cuántas perrerías más. Ah, claro, y los incendios. Ahí tiene usted lo que son las cosas, sea usted generoso para esto, ¿eh?... Si ahora va a resultar que este Chucho era un desagradecido, ya lo verá, ya...

-163-

Museo local

Ustedes tienen que contemplar ante todo esas bóvedas. Son importantísimas. Hechas con plementos, como dicen los entendidos. No, complementos de esos de los sueldos y así, no. Plementos. Se llaman plementos. Mire usted: cada triangulito de esos que usted ve ahí arriba, que no tienen trabajo ni nada, no se crea, los hacían herejes condenados a trabajos forzados, pues que cada uno de ellos es un plemento. Fíjese: de oro. Cuánto valdrán. Nadie lo sabe, a ver, ahora... Esas esculturas que hay en las ventanas, ¿ven?, parecen de piedra, pero no son de piedra. Son de madera pintada. Afortunadamente, al parecer de piedra, los rojos no se atrevieron a llevárselas. Por el peso. Porque, ¿sabe?, los rojos fueron unos señores que anduvieron por aquí hace ya muchos años, figúrese, yo estaba soltero y mozo, y ya tengo nietos, bueno, no le voy a explicar por qué tengo nietos, que si se enteran aquí... Hay cada paternóster por esta casa, y, claro, a ver, con las costumbres de ahora... Vamos, que los niños no vienen de París ni muchísimo menos, sino de la clínica del Seguro... Pues le iba diciendo que esos señores rojos, que serían unos que se vestían de encarnado, digo

yo, pues que se llevaban todito, por lo visto. Ahora, que aquí no faltó nada, ¿eh?, aquí todo el mundo era muy honrado. Además que tampoco está tan mal que se lleven algo, usted me contará, con lo que cuesta limpiarlo. Ya ve, ahí -164- tiene usted: hace ya tres años que quitaron la reja del Altar Mayor para poder hacer la Misa del Gallo, en la tele. Y, hasta ahora, sin devolverla. Ahí está, muerta de risa, en un sótano. Porque aquí, en esta Catedral, tenemos muchísimos sótanos. Y nada húmedos. Por algo son de la Catedral. ¿Conoce usted el Convento de las Madres? Ahí los tienen lo que se dice chorreando. Descuidadas que son las mujeres. A la vista está. Pues le decía que ya ve usted lo de la reja. Eso no está bien. Aparte de que la reja es también muy importante y muy vieja, que todos los turistas preguntan por ella, incluso los que no la vieron antes, pero es que, lo que pasa, viene en las guías, y, aunque las guías mienten mucho, ellos van y preguntan por la reja. O sea, que la reja, pues a ver. Y lo malo es que antes, cuando la reja, podíamos sacar una propinilla abriéndola para los fulanos esos de por ahí afuera, los extranjeros, que querían ver bien los santos del retablo. Pero ahora se nos cuele todo Dios sin necesidad de llaves. Ya ve usted lo que nos trae haber quitado la reja. No, qué va, eso no se vio en la televisión, estaría bueno. Aparte de que dígame usted a mí para qué carámbanos dan la Misa del Gallo por la tele, si en ese día todo el mundo está en casa solamente a comer y a comer y a comer, y nada más que a comer, y la mitad del personal anda trompa perdido, con una curda de campeonato. Pero, lo que tiene, hay que dar la impresión de que la Natividad, la familia, los rezos... Pero aquí no preocupa nada de esto, se lo digo yo, que veo pasar por aquí a muchísima gente, gente de todos los colores. Bueno, ¿ha mirado usted ya bastante estas bóvedas? ¿Se ha dado cuenta de que son de oro? Mire, allí, en el techo: de oro. Nada menos. Pasen a esta Sala. Ésta es la Sala tercera. ¿Ven? Una, dos y ésta, la tercera. Aquí hay mucha pintura antigua. Del siglo XV. Aquí, todo lo más joven es del siglo XV. Casi nada, menudo montón de años. Porque estamos -165- en el XX, ya ven. Hay muchos cuadros, se ve que entonces tenían más tiempo para pintar que ahora. Sí, este cartelito dice de dónde lo han sacado. Aquí tuvimos un obispo que la tomó con traerse las cosas de los pueblos, se ve que también tenían humedad, como las Madres. Bueno, las Madres, pingandito, se lo digo yo. Pero ya verá usted, ya, como se les ocurra reclamarlo. Vamos a tener otra guerra civil. Aquí viene mucha gente que dice que el obispo hizo muy bien, porque, a ver, no se va a gastar tanta gasolina en ir, por ejemplo, a Matambres, que no vea lo escondido que está, con cada barranco, y unas cuevas pinas, así... Y luego, que no hay carretera, ni tienen agua corriente, ni cuarto de baño, ni nada, vamos, de nada. Y no se van a ir estas pobres gentes que se traen estos coches tan bárbaros, que vienen de Nueva York y de más para allá, a ese pueblo. A ver, se incomodan, y, claro, mejor está el cuadro aquí. Lo que no me aclaro yo es cómo sabrían ellos que existía ese cuadro allí. Debió venir alguna vez en los papeles, ¿no cree? Los franceses, buenos son los franceses. Ésos van a donde haya que ir. Y los ingleses también. Pero, los españoles... Oiga, los españoles no tienen ni idea de lo que hay en esta Catedral. Es una pena, ¿no verdad, usted? Es que no han debido ir a la escuela ni la mitad. Eso sí, se dan una importancia... Todo lo miran de costadillo, se lo digo yo. Eso son cruces procesionales, como su propio nombre indica. Plata repujada y dorada. Siglo XV. Ya les he dicho que aquí todo es del siglo XV. No, eso pone del XVI, pero debe ser una metedura hasta el corvejón. Esos libros son los que empleaban para cantar el Oficio Divino. Yo me sé algunas letras, ¿quiere que se las cante? Bueno, bueno, no se ponga así. Si precisamente hemos hecho el museo para que los turistas puedan ver los tesoros sin molestia alguna. Porque esto son tesoros. Eso es la Custodia, también con usted, hombre. Viene en todos los libros. Puede -166- usted comprar uno muy detallado a la señora que hay en la puerta, sí,

donde han sacado el billete. Es mi mujer, para servirles. Atiende por Antonia. En el libro hay fotografías de todo esto que ustedes admiran aquí dentro. Si compran varios o si son de un colegio, se hace un descuento. En el libro viene cómo se desmonta la Custodia, porque han de saber ustedes que el autor, un tal Arce, o Parce, Farce, esperen, voy a leerlo bien... ¿Lo ve, lo trae la cartela?... Arfe. Eso, siempre me trabuco, es que los nombres extranjeros, ¿no verdad? Pues, bueno, se desarma toda, y lo escribí, ya ve usted. Tiene muchos miles de tornillitos chicos, y de tuercas, y de pamplinas. Y las campanitas suenan. ¿Oye? En cuantito se zaranda una pizca, ¡tilín! ¡tilín! No la desarmamos a los turistas porque la visita duraría muchísimo, pero basta con que sepan que se puede desarmar. Esa bandera es de la batalla de Las Navas de Tolosa. Aquí hemos tenido muchas batallas gordísimas. Yo, debo confesarle, no he estado en ninguna, pero varios señores de la localidad, sí. Y cuentan y no acaban. En esas batallas, ya ve, la de siempre. A la Catedral, una bandera. Y a callar. En cambio, los señores, anda que no tienen sueldos, prebendas, carguitos y así. Ni nada que digamos. Y es la que yo digo. Por cuatro cochinas perras tiene uno que explicar todos estos cacharros cien veces al día a una sarta de ignorantes, hombre, por Dios, es que no hay derecho. Porque todos ustedes, los turistas, son una recua de ignorantes, que no tienen conocimientos, ni ortografía, ni patriotismo. Mejorando lo presente, natural. Ésa que mira usted ahora es de otra batalla, ya le he dicho que aquí hemos tenido muchos fregados de éstos. Mejor será que lo lea usted, porque parece que usted no me hace caso. Además, es una tontería que usted escriba las cosas que le estoy diciendo, porque todas, con datos de precios, horas de trabajo, nombres de patronos, enlaces y comisionados, y hasta el mote del canónigo -167- listero, vienen en el libro que le puede vender mi señora, o sea la Antonia. La Antonia es muy buena mujer, pero tiene las piernas mal. A ver, es ya viejales y no puede dar vueltas y vueltas al Museo repitiendo lo mismo: «A la derecha, cuadro de la Anunciación, siglo XV...». «Dalmática de influjo morisco, siglo XIII». «Encima de la puerta, cuadro del Greco, un pintor que hacía las caras muy largas. Este cuadro es mejor que los de Toledo, por eso está en nuestra Catedral...». No, todo esto es muy cansado para la pobre Antonia. Además, ¿sabe?, a su padre, que ya palmó, a dos hermanos y a no sé cuántos tíos, en fin, casi una esquila, los acusaron de revolucionarios, ya no me acuerdo cuántos años les salieron, y ella no puede ver con buenos ojos eso de que todo se lo llevaron sus parientes y tal y tal y tal, y que, luego, todo esté aquí, y que el libro siga repitiendo lo otro como si tal cosa. La Antonia es una persona muy encaprichada con la exactitud y la verdad. Pero, lo que yo le digo, es que hay que tener paciencia, Antonia, que ya verás cómo muy pronto serán otros los que carguen con el mochuelo ese del robo. A ver, dígame, si no. Antes eran los franchutes de Pepe Botella los que se habían alzado con el santo y la limosna. Luego, los carlistas. Digo yo que aquí siempre se están llevando las cosas, vaya país, ¿no cree usted? Pero la Antonia, pues que no me hace caso. A veces, hasta llora, ya ven ustedes, hasta llora. Se ve que, además de sus muchas virtudes, tiene sentimientos. Ahora deben ustedes admirar esas bombas tan pulidas, tan cuidaditas. Cayeron encima de la Catedral cuando el jaleo, pero, ya ve, no explotaron. Intervención de lo alto. Suerte que hubo, que si no... No habría ahora museo, no estarían ustedes aquí, no tendrían que oír eso de Las Navas de Tolosa, no habrían tenido pretexto para escaparse de casa esta tarde, no... Bueno, no quiero ni pensarlo. Claro que, a lo mejor, tampoco la Antonia estaría tan mal de las piernas, -168- tantas vueltas como ha tenido que dar la pobre a esta Catedral tan fría... Muchas gracias, el Señor se lo premie, veo que ustedes han comprendido la separación que hay entre el precio del billete y nuestro trabajo. Si supiera cuánto hemos tenido que sacudirle a la memoria hasta aprendernos los siglos esos de las

cartelas... Por aquí, por aquí está la salida. Muchas gracias, muchas gracias... A ver, Antonia, venga, échame otro grupito...

Nota editorial

Las narraciones contenidas en este volumen aparecieron, en su primera versión, de la siguiente forma: Soltero, soltero, en Papeles de Son Armadans, núm. 183 (LXI), junio, 1971. En el suplemento dominical de Ya, salieron Todo puede lograrse (12 enero 1975), Me gustaba cantar (16 marzo 1975), La Ramitas (27 abril 1975), Un solo deseo (6 julio 1975), Si viera cómo cansa (3 agosto 1975), Hemos ido creciendo (19 octubre 1975), Entrevista (14 diciembre 1975), Conformidad, una gran virtud (22 febrero 1976), Comparar, comparar (4 abril 1976), Esta vida imposible (16 mayo 1976) y Museo Local (16 enero 1977). Chucho el memorioso figuró en el suplemento dominical de ABC correspondiente al día 22 de mayo de 1977 y, finalmente, Bobamente feliz apareció en Ínsula, número 365, abril 1977. Todos los títulos renacen aquí con notables enmiendas y adiciones.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo